

MUERTE EN LA HABITACION SILENCIOSA



JAY BENNETT

**ACOSADO POR TODOS,
GANGSTERS Y POLICIAS.
LOGRA DESCUBRIR
AL CULPABLE.**

Lectulandia

Conlon, expulsado de la policía tras disparar de manera accidental sobre un amigo, recibe la visita de Helen Mathews, una prostituta, que le pide ayuda para librarse de una acusación de asesinato: uno de sus clientes yace muerto en su habitación. Conlon la oculta e investiga los hechos, lo que le llevará a enfrentarse a la policía y a los gánsteres que controlan Coney Island.

Lectulandia

Jay Bennet

Muerte en la habitación silenciosa

ePub r1.0

Ablewhite 23.11.15

Título original: *Death is a silent room*
Jay Bennet, 1965
Traducción: María Lourdes Pol de Ramírez

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Guía del lector

En un orden alfabético convencional se relacionan a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

Altman (Sarah): Esposa de William Conlon.

Angie: Pistolero al servicio de Cardell.

Cardell (Vincent): Jefe de los bajos fondos de Coney Island.

Conlon (William): Ex agente de policía.

Davies: Pobre ratero de estaciones y aeropuertos.

Elizabeth: Hermana de Stella Marsh.

Frank: Empleado diurno de un hotel.

Grimes (Dave): Compañero que fue de Conlon.

Lentz (George): Amigo de Albert Marsh.

Lewis (Harold): Propietario de una zapatería.

Lil (Wallace, Lilian): Amiga de Helen.

Marsh (Albert): Hombre de negocios, asesinado.

Marsh (Stella): Bella esposa de Albert Marsh.

Matthews (Helen): Mujer callejera, ya madura.

Philips: Capitán de policía, jubilado.

Rogers (Tommy): Empleado nocturno, junto con Frank.

Scofield (Richard): Teniente de policía.

Walters: Capitán, sucesor de Philips.

I

Sentado en el porche presentía la tormenta, después de un día opresivamente caluroso sin apenas movimiento de brisa. El cielo aparecía cargado de negras y pesadas nubes. Muy pronto estallaría la tempestad.

Conlon prendió una cerilla, que llameó en la oscuridad antes de apagarse. Pensativo, chupó de su pipa. En el interior de la casa oía los suaves movimientos de Sarah, que se disponía a descansar. Conlon supuso que serían ya las once. El día estaba prácticamente concluido.

Con perezosos movimientos se levantó de la mecedora. Luego permaneció un momento en pie tratando de identificar los crujidos que rompían el silencio nocturno. Al fin caminó lentamente hasta el extremo del pórtico. Desde allí vería los fuegos de artificio en la noche del martes de Carnaval.

Se mantuvo silencioso, con su recio cuerpo ligeramente inclinado hacia delante. Sus ojos grises miraban añorantes, cuando captó la muda presencia de Sarah a su lado. Tras leve suspiro de satisfacción por sentirla cerca de sí, la rodeó con su recio brazo derecho.

—Se hace tarde, Conlon.

—Sí.

Conlon la besó suavemente el pelo, y ella acarició la mano que la ceñía. En pie, juntos, miraban más allá de la bahía el estallido de luces en el encapotado firmamento. Los cohetes esparcían su verde resplandor antes de morir tras el fragor de sus explosiones, semejantes a una salva de cañonazos en un distante frente de batalla.

—Se divierten de veras —dijo Conlon.

—Siempre lo hacen la última noche.

—¡La última noche!

Conlon guardó silencio; pensaba en las veces que ellos habían paseado por las calles de Coney Island los martes de Carnaval. Su mente derivó hacia el recuerdo del goce que le producía ver los felices rostros de la gente, los estallidos, los confetis en lluvia de papel y el deslumbrante colorido de las tracas. Siempre había esperado aquello con la ilusión de un muchacho. Pese a ello, esta vez, aunque vivía a solo quince minutos en coche, no había ido. De hecho llevaba cinco años sin poner pie en la isla, y, lo que era más descorazonador, no volvería a ir jamás.

Otro estallido de color iluminó el firmamento para caer luego hecho copos. A este siguió un prolongado estruendo de cientos de explosiones luminosas que dieron paso a la negrura de la noche. Conlon sintió temblar a Sarah y apretó más su abrazo.

—¿Qué te ocurre, chiquilla?

—Nada —Sarah alzó la cabeza y le sonrió—. Me has cogido de sorpresa; no lo esperaba.

Conlon le alborotó el pelo.

—Eres una niña.

—Una vieja niña.

—Te conservas tan joven como el día en que te conocí.

—Cumpliré cincuenta el próximo martes, Conlon.

—No lo creo.

Los faros de un coche barrieron la calle solitaria y el porche quedó iluminado un instante. Conlon observó los delicados rasgos de su rostro pequeño. El coche se alejó y ambos volvieron a quedar sumidos en la oscuridad.

—Nunca tendrás cincuenta, Sarah.

—No mientras sigas hablándome así.

Se puso de puntillas y le besó la mejilla antes de volver al interior de la casa.

Las pupilas del hombre taladraron la oscuridad tras ella mientras pensaba en los años vividos a su lado. Años felices, pese a la falta de hijos. En aquel remoto día del primer encuentro, supo que era la mujer predestinada a ser su compañera. Sarah Altman, de Chicago, empleada en Nueva York, y William Conlon, carpintero, hijo de un irlandés, no tardaron en casarse.

Conlon sentóse de nuevo en la vieja mecedora y volvió a encender la pipa. Su fuerte pelo gris refulgió brevemente. Otra vez los recuerdos del pasado vinieron a su mente para hacerle pensar en el día que ingresara en el ejército. Pero allí las cosas no fueron de su agrado, y sin consultar a Sarah decidió buscarse empleo en la policía. Ella no tardó mucho tiempo en averiguarlo, y, sin embargo, de sus labios jamás brotó un reproche.

Un viernes, ya anochecido, ascendió las escaleras hasta su apartamento y vaciló en el rellano antes de abrir la puerta. Sarah se hallaba en la cocina, junto a dos candelabros de plata, cuya luz hacía brillar el negro pelo de su cabeza inclinada. Él se le acercó silencioso, y le rodeó los hombros con uno de sus brazos.

—Dios te bendiga, Sarah.

Las velas se encendían siempre los viernes por la noche, mientras estuvo en la policía.

Los dientes de Conlon mordieron fuerte la boquilla al recordar aquel viernes, el último pasado como agente de policía. Ante él apareció la sonrisa del comisionado, mientras leía las inexorables líneas del acuerdo que lo destituía como agente del cuerpo de policía de Nueva York, con pérdida de los derechos pasivos.

Y había sucedido unos meses antes del retiro. Solo unos meses más y él y Sarah se hubieran ido a St. Petersburg, a pasar el resto de sus vidas allí. Ya tenía concertado un empleo como guarda de un banco; alquilada una casita..., pero aquellos planes se desvanecieron antes de ser una realidad.

Conlon, sumido en la oscuridad del porche, se pasó una mano por el rostro. ¡Prefería olvidar!

Sin embargo, el olvido no es patrimonio de la voluntad.

—Son las once y media, Conlon.

—No tardaré mucho.

—Me voy arriba.

—Bien, querida.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Sarah.

Oyó los pasos que ascendían las escaleras y volvió a encontrarse solo en el silencio de la noche.

La jefatura de policía de Coney Island se hallaba en una vieja mansión en las afueras. Era un vetusto edificio de madera de tres pisos. Conlon hubiera podido describir hasta en sus más ínfimos detalles la sala donde se pasaba lista, como también las demás estancias de los dos primeros pisos. ¡Había estado en ellos tantas veces durante los largos años de profesión! En cambio, el tercer piso jamás fue usado.

Fue allí donde se fraguó todo. Nadie ascendía la escalera para subir a él, y hasta el capitán Philips tuvo la intención de alquilarlo, si bien su indolencia no le permitió considerar seriamente el asunto.

«No sé qué daría porque lo hubiera hecho», se dijo Conlon.

Grimes había ingresado en el cuerpo casi al mismo tiempo que Conlon, y como él, había sido un policía bonachón, cumplidor, pero sin ambiciones profesionales. Quizá por ello fueron buenos amigos durante muchos años.

¡Solo que hubieran transcurrido unos meses...!

El capitán Philips procuraba tenerlos alrededor de la «casa».

Un día subieron al tercer piso a jugar a los naipes y beberse unas latas de cerveza. Nada de malo. El juego era un pasatiempo inofensivo sin ningún interés crematístico. Además, no eran grandes bebedores y la cerveza resultaba económica.

El capitán Philips lo sabía, pero jamás se opuso. Ellos no molestaban a nadie, ni causaban daño alguno.

Solían subir siempre a última hora de la tarde, poco antes de acabar su turno. El lugar era ideal. El antiguo propietario del edificio había aislado los pisos, y, así, el tercero resultaba ser una especie de escondrijo. Nadie oía nada desde abajo. Allá arriba, una habitación grande y un cuarto de aseo: semejaba un apartamento privado.

Un apartamento privado: esa había sido la denominación usada por los periodistas y también la repetida en el juicio, hasta casi enloquecer a Conlon.

Fue un jueves por la tarde. El capitán había mandado a Dave en busca de café y Conlon decidió esperarlo arriba para jugar unas partidas. Mientras permanecía allí, se le ocurrió que podía limpiar el revólver.

Y tal como lo pensó, lo puso en práctica. Sentóse en una silla y colocó el revólver encima de la mesa. Luego se dirigió al lavabo, abrió el armarito donde guardaba un frasco de líquido limpiador y algunos pequeños cepillos. Entonces el subconsciente pareció gritarle que se olvidara del arma.

Pero regresó a la mesa y empezó la limpieza. Estaba a punto de concluir cuando

decidió abrir una lata de cerveza.

«Sigo recordando incluso los pequeños detalles —pensó Conlon—. Hasta el pequeño desgarrón de la alfombra, con sus cabos retorcidos».

Luego de beberse unos tragos de cerveza, dejó la lata sobre la mesa y cogió el revólver. El cañón relucía mientras daba vueltas al cilindro y lo cargaba cartucho a cartucho. Finalmente, el arma se quedó quieta en su mano.

Cuando se puso en pie para volverla a su funda, oyó los inconfundibles pasos de Dave.

«¿Por qué no me quedé donde estaba? ¿Por qué salí a su encuentro? ¿Por qué?», se preguntaba ahora Conlon.

Su pie tropezó con el rasgón de la vieja alfombra y el revólver se disparó con un ruido ensordecedor. Vio cómo se torcía la sonrisa en el rostro de Dave y se oyó a sí mismo gritar: «¡Dave!».

Dave se cayó de espaldas y bajó rodando los peldaños, uno a uno, hasta quedarse quieto en el último.

Conlon se levantó de la mecedora y caminó arriba y abajo del pequeño porche con el cuerpo empapado en frío sudor. ¿Es que nunca remitiría la tortura del amargo recuerdo? Había sido un accidente y Dave no murió. Sí, un accidente, y Dave se hallaba restablecido. Tanto era así que desde entonces, hacía cinco años, vivía en la costa, gozando de los baños de sol.

Sin embargo, nadie creyó que fuera un accidente. Como una jauría de lobos hambrientos cayeron sobre Conlon intentando destruirlo. «Un policía borracho había matado a su mejor amigo: no hay tal accidente cuando un hombre está embriagado —gritó el fiscal una y otra vez—. Sus pantalones y camisa estaban mojados de cerveza. Sus ojos velados. Sus...».

Conlon se detuvo y se llevó las manos a los oídos para detener las palabras. ¡Le habían crucificado! Despiadados, le dejaron sin una sola posibilidad de defensa. Afortunadamente, la evidencia tuvo por base el supuesto y no el hecho real. Y el jurado lo halló culpable solo de ataque con arma de fuego. La sentencia quedó en suspenso. Su historial estaba limpio, y el juez opinó que el departamento de policía se encargaría del castigo.

Así fue.

Lo habían convertido en un ser desnudo y desgraciado: en un paria. Veinticinco años de vida profesional se perdían en un tornado de iras. Todos le rechazaban; incluso sus amigos más antiguos. El capitán Philips, obligado a jubilarse, no quiso recibirlo cuando fue a suplicarle perdón.

Los compañeros de promoción le odiaban por el escándalo que había suscitado. La primera medida del nuevo capitán fue cerrar a cal y canto la escalera para bien de todos. Luego empezó a regir a los hombres con mano de hierro. Los días fáciles del capitán Philips se habían evaporado para siempre. Y solo Conlon tenía la culpa.

Nunca más pisó la isla. Incluso cuando le ofrecieron empleos allí, renunció a

ellos. ¡Jamás volvería a poner pie en la isla! Al menos no por su voluntad.

Todos sus esfuerzos por hallar un nuevo trabajo resultaron baldíos. Finalmente se decidió por su primitivo oficio: carpintero. Esto le proporcionó un medio de vida y le ayudó a olvidar un poco. Volver a trabajar con sus manos fue un sedante para su mente atormentada.

Conlon miró de nuevo hacia la isla. El firmamento se iluminó de pronto con el último estallido de color. Se estrujó las manos mientras contemplaba aquel brujo espectáculo y solo se relajó cuando la negrura de la noche volvió a rodearle.

Entonces penetró lentamente en la casa.

II

El timbre resonó en toda la casa sumida en la oscuridad. Conlon se sentó en la cama. Al repetirse el sonido su mano alcanzó la mesilla de noche y encendió la lámpara.

—¿Quién puede ser a estas horas? —preguntó Sarah.

—Lo ignoro.

De nuevo el timbre volvió a sobresaltarles. Conlon se puso un batín y bajó las escaleras.

—Cuidado, Conlon.

—No temas —respondió él, camino de la puerta principal.

Conlon, a través del cristal de la puerta miró a la oscuridad del porche, y vio una silueta en pie.

—¡Conlon! —gritó la figura.

Se trataba de una mujer.

—¡Conlon, se lo suplico; déjeme pasar!

El ruido que hizo el pomo de la cerradura al ser girado sonó en toda la casa. Conlon abrió la puerta y miró a la mujer.

—¡Estoy en un apuro! —dijo ella—. Déjeme pasar, por favor.

—¿Qué clase de apuro, Helen?

—¡Por favor...! —suplicó angustiada.

Pero él se quedó bloqueando la entrada, mientras un sexto sentido le gritaba: «¡No la dejes pasar!».

Entonces se oyó la voz suave de Sarah, tras él.

—Es Helen Matthews. Déjala entrar.

La vacilación de Conlon se diluyó en un suspiro, y se apartó de la entrada. Helen pasó al vestíbulo. Tenía el rostro muy alterado, y sus ojos abiertos y suplicantes.

Conlon cerró la puerta. El viento arreciaba en el exterior. «No tardará mucho la tormenta», pensó el hombre.

—¡Necesito ayuda! ¡Necesito ayuda! —repitió Helen.

Tenía la voz ronca y sus manos temblaban mientras abría y cerraba los dedos.

—¡Sarah, necesito ayuda!

Conlon echó las cortinas y luego encendió una lámpara. El rostro de Helen aparecía descolorido y viejo, y su rubio pelo, marchito y sin brillo. «Parece una muñeca vieja», pensó Conlon.

—¿Qué ocurre, Helen?

Esta se apartó de Sarah y miró a Conlon.

—Me persiguen.

—¿Quién?

—La policía.

Los ojos grises de Conlon brillaron severos y los músculos faciales, suaves y de expresión cariñosa, se endurecieron. Incluso su voz se tornó áspera al decir:

—¿Por qué viniste aquí?

—Es el único sitio donde pueden ayudarme.

—¡No puedo ayudarte!

—No tengo a quien acudir.

—Y yo soy el menos indicado. ¿Te has vuelto loca? ¡Solo me falta verme enfrentado a la policía! Con ello me arruinas al mismo tiempo que tú.

Helen empezó a llorar. Su vestido lucía pequeñas lentejuelas, que la hacían aparecer aún más patética y diminuta. Se trataba de una mujer callejera, a quien él conociera en sus rondas. Ambos se habían otorgado un amable trato.

Mientras oía sus sollozos, recordó que de entre sus amistades ella era la única persona que no le abandonó en sus momentos de apuro. Y también la única en venir a consolar a Sarah.

Pese a ello sentóse en un extremo penumbroso de la sala, y rehuyó los ojos de su esposa para no ver el mudo, aunque expresivo lenguaje de su mirada. Los sollozos dejaron de oírse y el silencio se hizo opresivo.

El viento azotaba las ventanas que temblaban como temerosas de su furia. Finalmente, Conlon miró a las dos mujeres y preguntó en voz baja y cansada:

—¿Por qué te persiguen, Helen? ¿Qué has hecho?

Esta miró a Sarah, temblándole el labio inferior.

—¿Qué es ello, Helen? —preguntó cariñosa.

—Yo... yo no hice nada. ¡No hice nada! ¡No hice nada!

—¿De qué te acusan? —insistió Sarah.

—Helen, domínate. Debes decírnoslo —apremió Conlon.

—Pensé que podía ayudarme. Estaba segura. Por eso vine. Ahora temo que estoy perdida. ¡Desamparada!

Sarah rodeó a Helen con sus brazos, cuyos ojos aparecían llenos de lágrimas. Conlon sintióse profundamente conolido.

Odiaba el sufrimiento. Siempre había socorrido en la medida de sus fuerzas a la gente apurada. Tenía un corazón lo suficientemente compasivo, incluso para ayudar a un criminal. Hasta el capitán Philips dijo una vez que era demasiado blando para ser policía.

Las manos de Conlon apretaron los brazos del sillón, se levantó lentamente y abandonó las sombras.

—Te ayudaré —dijo quedamente.

Esperó en silencio el impacto de la cruda verdad.

—Me buscan por un asesinato.

Conlon percibió el respingo de Sarah, y sus ojos se concentraron en el semblante de Helen. La misteriosa voz del subconsciente seguía gritándole: «Lo sabías, Conlon, desde el instante en que ella penetró en la casa. Lo sabías».

Tal vez la sospecha tuviera por base la experiencia de los muchos años vividos en la policía. O quizá lo intuyó al recordar tantos rostros aterrados, pero culpables. También podía ser el instinto de policía.

—¿Lo hiciste?

—No. No. ¡Le digo que no lo hice, Conlon! Usted sabe que no lo hice.

—No sé nada, Helen.

—Me conoce.

—Sí. Te conozco.

—¿Mataría yo? ¿Mataría yo?

Conlon la miró sin contestar. Detrás de ella su propia sombra se proyectaba en la pared. Helen se volvió suplicante a Sarah.

—No lo hice. Se lo juro. No lo hice.

—Te creo.

—Pero nadie más me creerá, Sarah. Me quemarán por ello. Sé que lo harán. Ni siquiera me permitirán la oportunidad de defenderme.

—No lo harán si eres inocente.

—¿Le dieron a Conlon una oportunidad? ¿Se la dieron?

Este se acercó lentamente a ella.

—Conforme. Dime qué sucedió.

Helen deseó llorar otra vez, pero advirtió la mirada dura de Conlon y se contuvo. Su voz entrecortada no fue interrumpida por ninguno de ambos esposos.

—Cuando regresé a la habitación, estaba muerto. Lo vi sobre el lecho, con las manos fuera. Había un revólver en el suelo. El cadáver tenía la cabeza algo fuera de la cama.

Helen extendió sus blancas manos en un intento de imitar la cabeza doblada sobre el borde de la cama. Pero las blancas manos parecieron intuir lo absurdo de su propósito y cayeron lacias. Su rostro seguía envejecido, con apariencia de máscara. De pronto sus labios se abrieron y empezaron a moverse otra vez.

«Nunca imaginé que fuera tan mayor —pensó Conlon—. No tiene más de cuarenta y, no obstante, se la ve muy vieja».

—Lo miré por un momento y salí corriendo de la habitación. No sabía dónde ir ni qué hacer. De un modo mecánico me dirigí a la calle y me confundí entre el gentío. Solo deambulaba mientras los fuegos de artificio explotaban rabiosos.

La tez suave y tersa de Sarah, como contraste, ayudaba a mostrarla más vieja aún.

—Lo conocí en la avenida Surf dos noches atrás. Pasé algún rato con él. Parecía un hombre acomodado, tranquilo y buena persona. Imaginé que no surgirían inconvenientes. Ayer y anteayer matamos un poco de tiempo juntos. Hoy volví a encontrármelo y me acompañó a mi habitación. Antes compró una botella de *whisky*. En realidad no se trataba de un borracho habitual. Sencillamente, era un bebedor pacífico.

Su voz se hizo un murmullo.

—Era un bebedor pacífico —repitió.

Las palabras rompían el silencio de la noche mientras la mujer del vestido de lentejuelas permanecía inmóvil.

—Después de un rato recibí una llamada telefónica de Lil. ¿Saben quién es Lil? Conlon no respondió.

—Se hallaba en el vestíbulo del hotel y quería que bajase a verla. Parecía exaltada por algo. Fui a su encuentro, pero ella no apareció. Pasados unos minutos regresé al ascensor y subí de nuevo a mi aposento. ¡Entonces lo hallé muerto! Su reloj de pulsera había desaparecido. Era un reloj de oro. También había desaparecido su sortija con un diamante, y la cartera. Lo dejaron limpio.

Los ojos de Helen relampaguearon al suplicar.

—¡No lo hice! Yo no birlé nada a nadie en mi vida. ¡Jamás! Admito que en días estrechos pensé en hacerlo. ¡Pero no lo hice! Tal vez no me atreví temerosa de que me cogieran. Quizá... —Sacudió la cabeza y se encogió de hombros—. No lo sé.

El viento sopló con mayor fuerza y la casita pareció estremecerse.

—Conlon, ¡me quemarán!

—Si no lo hiciste, no te quemarán.

—Hay demasiadas evidencias en mi contra. ¿Es que no lo advierte? Dirán que lo maté para robarle.

—Desde luego, Helen.

—Sé que todo me acusa. No hay nada que pueda ayudarme. Además, me buscan ahora.

—¿Cómo lo sabes?

—Estoy segura.

—¿Por qué?

—Habrán encontrado ya su cadáver. Hace dos horas que salí de allí.

—¿Cerraste la habitación al irte?

Helen asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué sospechas que lo han encontrado ya?

—Yo... yo pensé que...

—Me inclino a creer que aún sigue allí, si todo ha sucedido como dices. ¿Hay alguna razón que justifique la entrada de alguien en tu habitación?

—No.

—¿Tenías alguna cita para más tarde?

—No.

—En tal caso la puerta sigue cerrada y nadie sabe lo que hay detrás de ella. En una noche como esta, cuando la isla vive la locura del martes de Carnaval, nadie se preocupa de lo que ocurre a su alrededor. Eso hace que el tiempo juegue a tu favor.

Conlon, mientras razonaba, sintió una extraña sensación, como si de repente empezara a vivir de nuevo después de aquellos interminables cinco años.

—¿Cómo llegaste aquí?

—¿Cómo?

—¿Lo hiciste en coche?

Helen sacudió la cabeza, y los ojos de Conlon relucieron mientras le sonreía.

—Cogí el metro y después un autobús. Este me trajo al puente de la bahía, y desde allí vine a pie.

—¿Notaste la presencia de alguna persona en la calle cuando entraste aquí?

—Es ya medianoche, y a esta hora no se ve a un ser viviente en los alrededores. Este barrio parece olvidado; es un rincón del mundo.

—Eso mismo pienso yo —respondió Conlon, que sonrió a su esposa antes de insistir—: ¿Estás segura de que nadie te ha visto?

—Lo estoy.

—¿Pasó algún coche?

Helen sacudió negativamente la cabeza.

—¿Estás segura?

—No había nadie en las calles. ¡Nadie! Tuve la sensación de caminar por un cementerio. Creí que jamás llegaría.

Conlon replicó, después de un blando suspiro:

—Pero llegaste.

Oían las ráfagas de viento y la lluvia en las ventanas de la casa. En el patio había un olmo y una de sus ramas golpeaba el tejado. Conlon pensó enojado: «¡Un día cortaré esa condenada rama!». Sin embargo, sabía muy bien que nunca tocaría aquel olmo, plantado hacía años con la ayuda de Sarah.

—Presiento que será una hermosa noche —dijo—. Ahora ve con Sarah a la cocina y toma café mientras me visto.

Helen no se movió. Su pequeña figura tenía la tristeza de la soledad y el desamparo.

—Hubiera preferido mantenerlo alejado de esto, Conlon. Pero no tenía a quién recurrir, ni tampoco una puerta donde llamar.

—Ve a la cocina —repitió Conlon en voz más suave.

—Gracias.

Contempló a la mujer que seguía a su esposa en la estancia a oscuras. De pronto se encendió una luz y las dos figuras cobraron vida y fueron reales para él. Escuchó sus movimientos y el tono bajo de sus voces. Sus palabras daban la sensación de brotar en la lluvia.

Conlon se encaminó a las escaleras que llevaban a su dormitorio, y estas le recordaron las otras que conducían al tercer piso del cuartel de la policía. La última vez, sus pies las subieron peldaño a peldaño hacia su perdición.

III

Condujo el coche por la carretera interior de la isla, y tan pronto consideró que se hallaba lo suficiente cerca, detuvo el automóvil en una calle solitaria e hizo que Helen se tendiera en el piso entre los asientos posteriores y el respaldo de los anteriores. Luego continuó a través de la lluvia hasta divisar las luces del hotel Caliph, en cuyo momento volvió a detener la marcha para, sin mover la cabeza, decir a la mujer:

—Ahora escúchame, Helen. La lluvia nos favorece. No hay nadie en las calles y son cerca de las dos de la madrugada. Así que la hora y el tiempo están con nosotros, y creo que semejantes aliados nos acompañarán un rato. En realidad, es cuanto necesitamos esta noche; un poco de soledad. Mañana será otro día y también otro dolor de cabeza. ¿Entendido?

—Sí, Conlon.

—Voy a conducir hasta la entrada de servicio del hotel. La calle está a oscuras y es seguro que a nadie se le ocurrirá permanecer allí. Dejaré el coche y subiremos por la escalera de servicio a tu habitación.

—¿A mi habitación?

El terror se hizo patente en la trémula voz de Helen, mientras Conlon la observaba fija y duramente.

—¡Subirás conmigo, Helen!

—¡No puedo! ¡No puedo!

—Entonces baja del coche. Estás de nuevo en la isla. ¡Quédate en el lugar de donde viniste!

—Por favor.

Conlon miró enfadado las luces del hotel, que espejeaban en el asfalto barrido por ráfagas intermitentes de lluvia y viento.

—Me asusta verlo otra vez allí, Conlon.

En el extremo opuesto de la calle se alzaba solitario y majestuoso el hotel, y, más allá, el océano embravecido que alzaba su siniestro golpear por encima del viento y la lluvia.

Conlon volvió a oír la voz de Helen.

—No me dijo que me traía al hotel. No me dijo eso.

—Es en el hotel, en tu habitación, donde está lo que nos importa.

—Pero la policía...

—¡No hay policía!

—¿Cómo lo sabe? Pueden aguardarme allí, para detenerme.

—Si deseas que te ayude, has de seguir mi juego. No hay otra alternativa, Helen.

Aguardó callado la respuesta de ella, pero esta no se produjo. Minutos después sus grandes manos se cerraron sobre el volante.

—Tú lo quieres —dijo—. Sal del coche. ¡Y de prisa!

—Yo... yo haré lo que usted diga.

Las grandes manos se relajaron y la mirada de tedio volvió a ser triste.

—¿Hasta el fin, Helen?

—Sí.

Conlon suspiró suavemente, y su pie presionó el acelerador. El coche se lanzó raudo a la tempestuosa noche.

Pensó en Sarah, tal vez sentada, sola en casa, si bien unida *in mente* a él. Recordó su mirada tranquila cuando se dispuso a salir, y le pareció oír las palabras que no dijo, aunque sabía que estuvieron en sus labios: «Ten cuidado, Conlon; pero ayuda a esta mujer que fue amable contigo».

La pequeña luz roja en la entrada de servicio fue creciendo y Conlon disminuyó la marcha mientras sus ojos escrutaban la calle a través de la lluvia. Pero solo vio círculos de luz alrededor de los faroles y pozos de negrura entre ellos; el brillo de las aceras desiertas y la enorme forma del hotel.

Apagó las luces del coche y condujo lentamente hacia la puerta. Y a escasos pies de distancia, paró el motor, y el vehículo se detuvo silencioso en la oscuridad, justo fuera del alcance de la luz roja.

—Bien. Nos separan unos pasos de la puerta. ¿Dispuesta?

—Sí.

—En marcha, pues.

Conlon descendió del coche y se apresuró a resguardarse en el umbral. Helen le siguió pisándole los talones. Su rostro se volvió de color rojo al pasar por debajo de la luz.

—Está cerrado con llave, Conlon.

—Lo sé.

Mientras introducía la llave en la cerradura pensó irónicamente en las noches de ronda durante el invierno, y cómo solía deslizarse dentro y calentarse. El gerente le había dado la llave. Y cosa extraña, la conservaba, cuando se había deshecho de todo cuanto le recordaba el pasado.

Penetraron en el interior. La lluvia y el bramido del océano quedaron atrás, y ellos se sumieron en la silenciosa penumbra. Conlon miró los serpenteantes peldaños de piedra bordeados por la baranda de hierro gris.

Habló en susurro:

—¿El octavo piso, verdad?

—En la 821.

—¡Uf!

—Cerca del final del pasillo.

—Quítate los zapatos.

—¿Por qué?

—¡Quítatelos!

Vio como se agachaba para sacárselos, uno después del otro. Cuando se enderezó,

aparecía baja e insignificante junto a su propia mole. Entonces sintió el deseo de rodearla con uno de sus brazos y consolarla como si se tratase de una niña. En vez de ello sus manos alcanzaron los zapatos.

—Hubieras hecho ruido en los peldaños de piedra.

Helen alzó la vista y asintió lentamente. Conlon observó un momento la lúgubre escalera.

—Arriba —invitó.

Iniciaron el largo ascenso de peldaños. Conlon iba detrás de Helen, sin hacer ruido. Una vez en el cuarto piso, le tocó un brazo para detenerla. Luego se acercó a una ventana y la abrió. El ruido de la lluvia y el océano penetró en la ventana.

Los ojos de Conlon taladraron la oscuridad hasta captar la forma inmóvil de su coche. Parecía acurrucado en la noche, como escondido.

La respiración de Helen se hizo audible tras él. Entonces volvió a cerrar cuidadosamente, y el silencio imperó alrededor de ambos.

—Vamos.

Los pies femeninos, enfundados en medias, subieron veloces los peldaños. Conlon, mientras la seguía, se preguntó si ella temería más a la escalera solitaria o la habitación.

De nuevo hicieron un alto en el sexto piso, con el fin de que Helen recuperase el aliento. Conlon, apoyado en la pared, contempló el lacio pelo rubio que enmarcaba su rostro delgado. No pudo evitar el pensamiento de duda en cuanto a que algún hombre la hallase bonita.

Tras leve indicación suya, reanudaron la marcha. Conlon miró por el hueco de la escalera y vio las pequeñas bombillas encendidas que colgaban desnudas, con su luz mortecina. Entonces se imaginó ver un gran bulto azul y el brillo dorado de botones: un policía junto a la puerta, recuperándose del frío bajo la lluvia. Y aquel policía, él, pensaba en lo bien que estaría en su casa, en la pequeña cocina, hablando con Sarah.

Conlon endureció las mandíbulas y apartó sus ojos del hueco de la escalera. Una vez en el octavo piso se detuvieron delante de la puerta del pasillo. Helen alzó sus pupilas para mirarle temerosa. Conlon la apartó y su mano empezó a girar lentamente el pomo. La puerta se hallaba cerrada con llave.

—Conlon.

—Tranquila. No temas.

—Pero...

—Quieta —susurró enérgico.

Entonces se sacó una llave del bolsillo de la americana y la introdujo en la cerradura. Un débil «clic» rebotó en las paredes de piedra y se perdió en la quietud. Conlon aguardó un instante y luego abrió poco a poco la puerta y se asomó al pasillo.

Bajo el lúgubre destello de las luces, las puertas aparecían en silenciosa hilera, brillantes sus placas numeradas. La alfombra gris se extendía ante ellos.

—Ponte los zapatos.

Helen, nerviosa, no pudo evitar que se le cayera uno e hiciese ruido. Conlon se agachó raudo y, tras recogerlo, se lo puso en la mano.

—Cálzate —apremió.

La sostuvo por un brazo y el contacto de la piel le transmitió su frialdad.

—Ahora camina hacia tu habitación como si nada sucediese. Iré detrás de ti.

—Conlon, no puedo.

—Tienes que hacerlo.

—¿Y si apareciese alguien en el pasillo ahora?

—Entonces penetras en tu habitación y yo me encaminaré al ascensor, para volver a los pocos minutos.

—Yo...

Conlon la empujó, y ella continuó hacia su aposento. Entonces cerró la puerta del pasillo y la siguió. Mientras caminaba sintióse frío y tenso, temiendo que alguien abriese una puerta y saliese al pasillo. Tenía la impresión de quien pasa por encima de una cuerda tirante y está a punto de caerse.

Helen se detuvo ante su habitación y Conlon se apresuró a situarse junto a ella, cubriéndola con su enorme cuerpo.

—Pon la mano en el pomo. Cógelo bien. Es preciso que tus huellas dactilares queden claramente impresas.

Las asustadas pupilas de Helen se alzaron hasta él mientras su mano se cerraba sobre el pomo.

—Abre. ¡De prisa!

Al hacerlo, la empujó dentro.

—Cierra, pero hazlo de modo que tus huellas vuelvan a quedar nítidas.

La puerta se cerró, y ambos se quedaron quietos en la antehabitación. La luz encendida los iluminaba. Helen se apoyó en él, que respiró aliviado y le sonrió.

—¿Quedaron encendidas cuando te fuiste?

Helen asintió.

—Lo suponía. Imagino que lo dejaste todo como lo hallaste. Lo único que hiciste fue cerrar la puerta.

—Tuve la suficiente serenidad para cerrar antes de irme.

Seguía apoyada en Conlon, que le acarició el pelo, y dijo:

—No hay peligro de momento. Tranquilízate. Sé que es duro para ti, y también sé cómo te sientes, pero has de dominarte si quieres escapar de esto sin un rasguño.

—Estoy asustada, Conlon. Siento deseos de chillar.

Este miró el rostro femenino, cuyos ojos castaños se abrían desmesuradamente. Le sonrió.

—Mírame bien. ¿Qué ves?

—Parece que nada de esto le preocupa. Me da la sensación de ser una pared de piedra.

—¿Una pared de piedra? —Conlon se sonrió—. Te diré algo sorprendente,

pequeña: estoy tan asustado como tú misma.

—No lo creo.

—Ocurre que lo disimulo, eso es todo —y con brusca transición de voz, añadió —: Manos a la obra, quédate aquí hasta que te llame.

Conlon se giró y entró en la habitación.

El muerto yacía espatarrado sobre la cama, su cabeza algo fuera, como ella había dicho. La coronilla de su calva relucía al ser tocado por la luz. Sus gruesos brazos desnudos colgaban, pero los dedos no rozaban el suelo. A escasa distancia de ellos había un revólver.

Conlon miró silencioso aquel cadáver, y su mente recordó otros muertos vistos durante los años que perteneciera a la policía. Los primeros le causaron impresión, especialmente el de un niño que jamás pudo olvidar. Luego los veía como simples figuras de arcilla. Para él —eso ocurre a todos los profesionales—, un muerto se parece a un hombre que emprende un viaje.

Se acercó al lecho sin tocar nada. Sus ojos trataban de captar los más pequeños detalles. Cómo el cuerpo desnudo presionaba la sábana, muestra evidente de haber caído de golpe. La huella de la cabeza en una almohada, que seguía en su sitio, daba la impresión de que el difunto se hallaba acostado en el momento de ser sorprendido y que trató de incorporarse. En ese instante le alcanzaría la bala y su cuerpo debió de torcerse para quedar atravesado a lo ancho de la cama.

Conlon se agachó. Entonces pudo ver una mancha de sangre. El proyectil había penetrado a la altura del corazón. Luego el asesino sabía cómo usar un arma. Se enderezó para observar la habitación. La cortina de la ventana aparecía corrida. Había un tocador, un taburete, una lamparilla y mesillas de noche que flanqueaban el lecho.

Aquella habitación era idéntica a las de otros hoteles del país.

Conlon pasó por delante de la cama y penetró en un diminuto cuarto de baño. No tocó nada. Tuvo gran cuidado de que su cuerpo no rozase ningún objeto. El cuarto de aseo aparecía limpio y sus azulejos relucían. Las toallas colgaban de los sujetadores.

No vio nada anormal y regresó a la habitación. Sus facciones acusaban un tremendo esfuerzo mental. Sintióse tentado de recoger el arma del suelo, pero el instinto le hizo rechazar la idea.

—Helen —llamó en voz baja.

No hubo respuesta.

—¡Helen! —repitió más autoritario.

—¿Qué?

—Entra. Te necesito.

—Por favor...

—¡Entra!

Conlon la observó mientras avanzaba, tratando de no perderse las reacciones que se reflejaban en su rostro. Vio cómo se detenía en seco, muy abiertos los ojos; el labio inferior le colgaba y su respiración era agitada. De pronto inició la retirada.

—¡Quédate donde estás y míralo! —ordenó.

Helen acusó un estremecimiento, pero se detuvo. Conlon retrocedió unos pasos y estudió las dos figuras. Ella intentó apartarse de nuevo, pero la voz imperiosa de Conlon la contuvo.

—¡Sigue mirándolo!

Una palidez cadavérica se había apoderado del rostro de la mujer, y pequeñas gotas de sudor resbalaban desde su labio superior. Estas brillaban como las lentejuelas de su vestido. Las venas de sus manos parecían hincharse.

—Sientes ganas de chillar, ¿verdad?

Helen, inmóvil, no respondió.

—Ganas de chillar y huir —añadió Conlon.

La respiración de Helen se hizo entrecortada. Sus ojos miraban fijos las manos del muerto, que parecían ansiosas de recoger el revólver caído en el suelo. De pronto, su voz ahogada, rota, resonó en la habitación.

—¿Por qué me hace esto, Conlon? ¿Por qué?

—Quiero apartar de mi mente la última duda. No deseo jugarme la libertad, quizá la vida, por un asesino.

—No lo hice.

—Mira.

—No puedo soportarlo.

—Sigue mirando.

Helen empezó a temblar. Las gotas de sudor caían entonces por todo su rostro. De sus ojos brotaron lágrimas. El cuerpo del muerto ofrecía un pálido resplandor. Conlon seguía mirándola sin piedad.

—Más cerca —dijo.

—¡Conlon!

—¡Más cerca!

—Acudí a usted en busca de ayuda y solo intenta sacarme las tripas.

—¡Más cerca!

Ella le miró desesperada, pero el rostro de Conlon permanecía duro y frío. Entonces se acercó unos pasos más al cadáver.

—Agáchate y coge el arma.

Helen cerró los ojos un momento, en acopio de fuerzas. Luego se arrodilló, y, al recoger el revólver, le tembló en la mano.

—Sujétalo bien, pon el dedo en el gatillo y apunta a él. No te detengas a pensar. ¡Hazlo!

De repente avanzó hasta ella, dominándola con su estatura.

—¡Hazlo, Helen!

Lentamente apuntó el cañón a la cabeza del muerto. Había desesperación en sus ojos y también entrega; como si estuviera cansada de luchar.

—Sigue apuntando como hiciste al matarlo.

Helen abrió los labios para protestar, pero no le salieron las palabras. Aun así, mantuvo el arma junto a la cabeza. De pronto el cañón se inclinó hacia abajo y el revólver escapó de su mano.

La desgraciada empezó a tambalearse.

—¡No me cree! ¿Qué importa ya todo esto?

Entonces se cayó sobre la alfombra. Sus rodillas cedieron también y quedó tendida en el suelo. Sus sollozos eran entrecortados y apenas audibles.

Conlon, en pie, suspiró profundamente. Luego se arrodilló y dijo amable:

—Tenía que asegurarme.

Helen seguía sollozando como si su corazón se rompiera. Conlon le ayudó a ponerse en pie y la sostuvo.

—Sarah te creyó en el acto. Pero yo no soy como ella. No hay tanta generosidad en mí. Había cosas que me preocupaban. Pequeñas cosas de las que tenía que liberarme.

—No lo hice. ¡Se lo juro!

—Lo sé.

—No hubiera acudido a usted de haberlo hecho. Aún no he descendido tan bajo.

Conlon dejó que ella mantuviese su cabeza contra su pecho hasta que cesó de llorar.

—Vuelve a coger el arma —invitó.

Helen se apartó de él, sobresaltada. En sus pupilas había temor. Conlon se sonrió.

—El tercer grado ha terminado, Helen. Ahora tiene que ayudarme.

Los ojos de la mujer siguieron fijos en su rostro. Entonces le acarició el pelo.

—Por favor, pequeña.

La voz suave de Conlon ahuyentó el temor de sus ojos, y, decidida, se arrodilló, cogió el arma y empezó a entregársela.

Él sacudió la cabeza.

—No. Quiero tus huellas en el revólver; no las mías.

—No lo entiendo.

—Haz según te digo, Helen. Ahora abre el cilindro, y enséñamelo.

Quiso obedecerle y, lentamente, abrió el cilindro del revólver. Conlon vio cómo apartaba sus ojos del muerto.

—No se levantará, Helen. El asesino hizo un buen trabajo.

Una ráfaga de viento y lluvia golpeó la ventana. Helen se estremeció y el arma acusó su miedo.

—¡Quieta!

—¿Cuánto rato estaremos aquí?

—Unos minutos —respondió Conlon, mientras estudiaba el revólver.

—Tengo la impresión de que ha pasado un año desde que llegamos.

—¿Era suyo, verdad?

Helen asintió.

—Lo supuse. El asesino no sería tan necio que se dejara atrás su arma. Claro que siempre cabe esa posibilidad. Una de las balas ha sido disparada. Se trata de un «Smith and Wesson» del treinta y dos.

—Me dijo que se dedicaba a negocios de joyería, y por eso iba armado.

—Ya.

—Lo tenía sobre la mesilla de noche.

—¿Llevaba mucho dinero encima?

—Mucho. Unos quinientos o seiscientos dólares.

—¿Te lo enseñó?

—Sí. No temía que le robase.

Conlon apartó la vista del arma y miró el inerte cuerpo espatarrado sobre el blanco lecho. Había silencio en la habitación, excepto el insistente choque de lluvia contra la ventana. Sus oídos captaron el amortiguado ruido del oleaje.

—El revólver no le sirvió de nada.

—No. No le sirvió —repitió ella.

—Muy bien. Cierra el cilindro y déjalo sobre la alfombra, tal como estaba.

Helen no disimuló su alegría al obedecerle. Conlon la sonrió, pesaroso de haberla sometido a aquella tortura. «Pero tenía que hacerlo —pensó—. El riesgo es mucho y necesitaba estar seguro».

—Veamos sus ropas.

Conlon se dirigió al armario. Helen, más tranquila, le siguió.

—Abre la puerta.

Ella giró el pomo y la puerta quedó abierta. Conlon observó el contenido del armario. Había tres vestidos y un traje de caballero: el traje aparecía pulcramente colgado. También una camisa blanca y una corbata, y, en un gancho, unos pantalones cortos rayados. En el suelo, emparejados, se hallaban los zapatos.

«Un hombre ordenado —pensó—. Casi demasiado».

—¿Son tus vestidos?

—Sí.

—¿Paga Cardell la habitación?

—Sí.

—¿Cada mes?

Helen asintió. Conlon pensó un momento en Cardell, presente en todas partes, especialmente donde hubiera dinero a ganar. Vincent Cardell era el jefe de Coney Island.

Los músculos de Conlon temblaron en su rostro, mientras sus gruesos labios formaban una línea dura. Al fin apartó a Cardell de sus pensamientos.

—Veamos qué hay en la americana. Registra todos los bolsillos.

Helen lo miró vacilante.

—Hazlo.

—Está bien.

Mientras la mujer registraba los bolsillos de la americana, Conlon volvió a inspeccionar la habitación. Todo aparecía en orden, sin el menor signo de lucha. El asesino había entrado, hecho el trabajo velozmente y desaparecido con la misma prontitud.

Sus ojos se detuvieron en la diminuta radio que había sobre la mesilla junto al taburete.

—¿Funcionaba la radio cuando saliste de la habitación?

—¿La radio?

—Estabas con él y Lil llamó desde el vestíbulo. ¿Recuerdas si al irte funcionaba la radio?

Helen permaneció pensativa. Su mano derecha aguantaba un sobre blanco y una funda de gafas, de piel. Al fin asintió.

—Sí. Yo escuchaba la radio sentada en el taburete. Él se hallaba en la cama.

—¿Tocaba fuerte?

—No demasiado.

—¿Qué escuchabas?

—Sencillamente música.

—Ahora piensa detenidamente. Cuando regresaste a la habitación y le viste muerto, ¿funcionaba la radio?

—No es necesario que lo piense, Conlon. Recuerdo que la oí desde el pasillo antes de abrir la puerta.

Conlon le cogió el sobre y la funda de gafas.

—Registra los bolsillos otra vez. Sacude los pantalones cortos y la camisa. Todo cuanto llevaba.

Mientras obedecía, él examinó el sobre blanco. Iba dirigido a Albert Marsh, Hunt, Connecticut. Sacó la carta:

Apreciado Albert:

Espero verte durante tu próximo viaje de compras a Nueva York. Telefonaré a tu hotel y concertaremos una entrevista. Sé que los negocios han sido flojos estos últimos meses, pero he hablado con varios comerciantes del ramo y todos esperan una fuerte y provechosa alza. Tengo la impresión de que nos aguardan unas navidades estupendas este año. No seas remiso en las compras. Siempre has seguido mi consejo y nunca hubo error.

Tienes un buen y sólido negocio en Hunt y tu crédito es óptimo. Eso favorece cualesquier operación.

Ven y compra, Albert.

Afectuosos saludos para Stella.

Sinceramente,

GEORGE.

Conlon examinó el membrete. George Lentz, 883, Maiden Lane, Nueva York. Volvió a poner la carta en el sobre. Se trataba de un comerciante en joyería y diamantes establecido de antiguo.

Pensativo, introdujo de nuevo el sobre en el bolsillo interior de la americana. Luego examinó la funda de los lentes.

—¿Dices que estaba a toda marcha?

—¿El qué?

—La radio.

—Sí.

—¿Música?

—Sí.

—¿La misma emisora?

—Creo que sí.

Conlon miraba la funda mientras hablaba. Leyó el nombre del óptico grabado en ella. John Barton, Waterbury, Conn.

—Cuando la puse anunciaron media hora de discos de Benny Goodman —añadió Helen—. Y era una vieja canción de Benny lo que radiaban cuando entré.

—¿Te gusta Benny?

Helen tenía una llave en la mano, provista de un disco de plástico. Indudablemente, se trataba de una llave de hotel.

—Me gustaba su música cuando era más joven.

Conlon se sonrió y tendió su mano para cogerle la llave.

—¿Y ahora?

Helen se encogió de hombros.

—¿Qué puede importarme ahora?

El viejo policía la miró sosegadamente, y luego leyó el nombre grabado en el disco: «Hotel Baxter, Nueva York».

Un hotel grande y bien reputado, a una manzana de casas de Grand Central Station. Sí, además de buena reputación, era tranquilo. Albert Marsh parecía llevar una vida pacífica.

—Bien. Lo hallaste muerto y la radio funcionaba a todo volumen. ¿Qué hiciste?

—Marcharme; eso es todo.

—Vaya, vaya.

—Pensé que era mejor marcharme de aquí cuanto antes. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Conlon se guardó la llave.

—¿Has encontrado algo más?

—No; es todo cuanto hay en sus bolsillos.

—Mira la etiqueta de su chaqueta. Léemela.

Helen volvió al armario. Pese a estar más tranquila, su rostro mostraba gran preocupación. Conlon escuchó las ráfagas de lluvia.

—Cranston. Waterbury.

—Cranston, Waterbury —repitió él, grabándolo en su frente.

Hunt no debía de hallarse muy lejos de Waterbury; quizá era una pequeña ciudad

cercana.

—¿Y la corbata?

Helen la sostuvo sobre un dedo, sintió la suavidad de la seda y la dejó caer.

—Cranston.

—¿Y la camisa?

Conlon se agachó para mirar debajo de la cama y no vio nada.

—Del mismo lugar.

—Ahora los zapatos.

Mientras Helen cogía uno de los zapatos y lo examinaba, él se preguntó cuántos años tendría. Era difícil saberlo. Esta clase de mujeres se marchita demasiado pronto, dando la impresión de que los años se queman. Recordó a una que se había abandonado hasta el punto de no teñirse el pelo. Y solo tenía treinta y tres años.

—Harold Lewis, Hunt, Connecticut —dijo ella, que volvió el zapato a su sitio.

—Barton, Cranston y Lewis. Tres nombres a recordar.

Ella empezó a cerrar la puerta del armario, pero él se opuso.

—Déjala abierta.

—Ya he registrado cuanto hay.

—Lo sé.

Conlon metió la cabeza en el armario, entrecerrando los ojos. Luego se volvió a ella.

—Coge la americana y pantalones y tíralos al suelo de cualquier manera.

Helen se quedó perpleja.

—Vamos. Hazlo a conciencia. Como si tuvieras prisa, pequeña.

Observó los movimientos de Helen mientras obedecía. Después le dio unos golpecitos de aprobación.

—Es el toque preciso.

—No lo entiendo.

—Ni lo intentes. Ahora muéstrame dónde estuviste cuando lo hallaste muerto.

Conlon se apartó a un lado y esperó a que ella se situara. Vio como sus manos empezaban a temblar otra vez, y que sus labios se estremecían.

—No temas.

—Me gustaría salir de aquí, Conlon.

—Pronto nos iremos. Ahora concéntrate y procura revivir con detalle el mal instante en que lo descubriste. ¡Inténtalo!

—Lo haré —dijo Helen, con un hilo de voz.

—La radio funcionaba a toda marcha. Piensa: ¿la cerraste?

Ella le miró desesperada y suplicante.

—Conlon... no recuerdo qué hice.

Este sacudió la cabeza, pertinaz, y le oprimió una mano.

—Vas a recordar. Tienes que recordar. Es condenadamente importante el saberlo.

Helen intentó liberar su mano. Su rostro acusó el dolor que le producía.

—Me lastima.

—Quiero hacerlo. Así olvidarás tu temor y recordarás. ¡Inténtalo!

Pero la respuesta fue un movimiento negativo de cabeza.

—Recuerdas haber cerrado la puerta, ¿verdad? ¿Qué más hiciste?

—Por favor, déjeme ir.

—Estuviste en pie aquí. La radio funcionaba a toda marcha, crispando tus nervios. ¿La apagaste? ¿Lo recuerdas?

—¿Para qué necesita saberlo? ¿Por qué es tan importante? No puedo recordarlo. ¡No puedo!

Conlon la soltó y ella empezó a frotarse la muñeca enrojecida.

—La radio estaba cerrada cuando llegamos nosotros —explicó—. ¿Quién la cerró? ¿Regresó el asesino y la apagó? ¿Entró alguien más, vio el cuerpo tendido, apagó la radio y luego se fue? ¿Comprendes ahora cuán importante es para mí el saberlo?

—Sí —susurró Helen.

—Trato de intuir las ideas del asesino. ¿Qué le obligó a regresar? Si fue otro, la cosa es distinta. No obstante, de ser otro, ¿por qué no avisó a la policía? ¿Por qué apagó la radio? —Se apretó los puños y añadió—: Sí, realmente el asunto cambia de aspecto de ser otro el que lo hizo.

—Lo he olvidado, Conlon. Ignoro lo que me pasa.

Este abrió los puños y su voz adquirió de nuevo matices amables.

—Lo sé, pequeña. Sé muy bien lo que sucede en estos casos.

Se apartó de ella y volvió a repasar la estancia, fijando en su mente todo detalle importante.

—Bueno, será cuestión de irse —dijo.

Los ojos de Helen empezaron a iluminarse, haciendo que su faz, triste y delgada, apareciera casi grotesca. Los ojos eran lo único que tenían vida en ella. El resto de su cara solo era derrota y preocupación.

—Lo dejaremos todo patas arriba —Conlon señaló la silla—. Derríbala; pero no hagas ruido.

—¿Por qué?

—Hazlo.

Helen puso la silla de lado en el suelo.

—Ahora la lámpara. Colócala junto a la silla, como si hubiera sido derribada en la lucha. Da un puntapié a la pantalla. ¡Muy bien! Rompe la bombilla. ¡Pisa fuerte! No temas.

Helen se quedó con el pie encima de la bombilla.

—Hará ruido, Conlon. Pueden oírlo.

—No hay nadie en el pasillo y las paredes son gruesas. Mantén el pie encima y pisa de golpe. Amortiguará el sonido. ¡Vamos! Solo es una bombilla, pequeña.

Helen volvió a mirarle, pero la firmeza y decisión de su gesto le forzó a pisar con

energía. El ruido amortiguado rompió el silencio en la habitación y diminutos cristales se esparcieron por la alfombra.

—Buen trabajo. Ahora tira las almohadas por el suelo.

Para evitarle dudas e indecisiones, la cogió de la mano y la llevó hasta el lecho. El vestido de Helen rozó los pies del muerto; y durante unos minutos se olvidó de respirar.

—Pronto habremos terminado —dijo Conlon—. Tira las almohadas.

Helen las cogió precipitadamente y las arrojó al suelo. Luego se volvió para apartarse, pero él le bloqueó el camino.

—Arruga la sábana.

La obligó a quedarse junto al cadáver hasta que hubo acabado.

—Bien, ya está hecho. Ahora salgamos.

Se disponían a marcharse cuando se le ocurrió otra idea. Miró el reloj de pulsera de Helen.

—Tu reloj.

—¿Mi reloj?

—¿Cuánto te costó?

—Veinte dólares. ¿Por qué?

—Veinte dólares para tu defensa. Tíralo al suelo.

—Supongo que no tengo otra opción —dijo Helen.

—No la tienes.

Lo hizo. El reloj cayó sobre la alfombra.

—Recógelo y tíralo cerca de la silla.

Obedeció casi enfadada.

—Veinte dólares no se ganan fácilmente —dijo Conlon.

Helen no contestó.

—Tienes que sembrar para recoger, Helen.

Abrió la puerta y se asomó fuera. El pasillo estaba desierto. Bajaron veloces hacia la puerta de servicio.

Cuando alcanzaron el coche, aún llovía copiosamente.

IV

Conlon guio el coche a través de la persistente lluvia, serio y pensativo. Helen viajaba tendida en el suelo del coche, sin decir nada. La noche los rodeaba.

—Regresemos a casa —dijo Conlon de repente.

—¿A su casa?

—Solo un rato. Luego te llevaré a un sitio donde podrás quedarte hasta que seas libre otra vez.

—¿Volveré a ser libre, Conlon?

Él no contestó durante un rato. Conducía mirando fijamente delante. Los faros taladraban la hosca noche. Al fin respondió:

—Si continuas haciendo lo que yo te diga, tendrás una oportunidad. Eso es lo que todo el mundo pide. ¡Una oportunidad!

Apretó el volante y pensó en que él no la había tenido. ¿Es justo crucificar a un hombre por un accidente? ¿Declararlo culpable por una evidencia circunstancial? Su camisa y pantalones estaban mojados de cerveza, había gritado el fiscal. Luego era un borracho. Desde luego, eso resultaba innegable. Incluso él mismo había admitido que subió a beber y que no era la primera vez que lo hacía allí arriba.

«Tropecé y la lata de cerveza cayó encima de mí. Por eso se mojaron mi camisa y pantalones. ¿Por qué no me creen? Es cierto que mi aliento olía a cerveza. Admito que bebí; pero no estaba borracho. ¡No, en modo alguno!».

Hubiera sido fácil comprobar que no estaba borracho. Pero no quisieron. La evidencia circunstancial les bastó. No había necesidad de más comprobaciones.

Pensó en la habitación del hotel y se sonrió. Tendrían elementos sobrados para montar una acusación tan grande como una torre. Sí; resultaba curioso ver hasta donde llegaba con la pobre Helen.

Scofield se encargaría del caso. El detective teniente Richard Scofield, la mente privilegiada del grupo.

«Veremos cómo luce sus dotes magistrales», pensó.

Las manos de Conlon volvieron a presionar el volante hasta que sus nudillos blanquearon. Luego suspiró larga y lentamente, y se relajó.

—¿Formaste equipo con Lil alguna vez?

—A veces.

—¿Cuánto hace que la conoces?

—Unos años.

—¿Te vio con Albert Marsh?

—La otra noche, cuando paseábamos por la avenida Surf, entre el gentío.

Delante vio las luces del puente de la bahía que se mecían sobre la superficie del agua. Pensó en las veces que había estado junto a la baranda, en las frías y ventosas noches de invierno. Solía ir a pescar acompañado de Dave Grimes. Eran solo dos

policías que pasaban el rato decentemente. Apenas se hablaban entonces, pues lo primordial era la pesca. En todo caso se dedicaban una sonrisa de felicitación una vez cobrada la pieza.

»—Tienen hambre —decía Dave—. Tanta hambre que son capaces de morder trozos de papel. No hay tiempo ni de cebar el anzuelo. Seguro que si pudiera bajar al agua saltarían a mi mano. Parecen ansiosos de ser izados.

»—Tendremos pescado hasta Pascua, Conlon.

»—Lo celebraremos juntos en mi casa, Dave.

»—Me encanta la idea, Conlon. ¿Sabes una cosa? Me sentí pesimista cuando me hablaste de venir a pescar aquí. Bueno, tampoco te creí hace años. Entonces me dijiste que ibas a casarte con Sarah. Recuerdo que aún no habías ingresado en la policía.

»—Yo también me acuerdo, Dave.

De eso hacía mucho tiempo. Toda una vida de por medio.

La lluvia golpeaba las ventanillas del coche mientras cruzaban el puente. Conlon mantuvo sus ojos al frente sin mirar la baranda. Su boca parecía reducida a la mitad de su tamaño.

—¿Llegamos ya, Conlon?

—Pronto, Helen.

—Siento el cuerpo encalambrado.

—Lo sé, pequeña.

—¿Tendremos tiempo para una taza de té? Creo que me sentaría bien.

—Tendremos tiempo.

De pronto giró hacia una de las silenciosas calles laterales.

Las casas mostraban sus ventanas oscuras azotadas por la lluvia. El viento doblaba los árboles que parecían sacudir las gotas de agua en sus hojas, bajo un cielo negro y turbulento.

—¿Sabía Lil que estabas en la habitación con Marsh?

—Ella supondría que me hallaba arriba con alguien.

—Vaya, vaya.

—Suele darse bien la noche del martes de Carnaval. Usted lo sabe.

—Desde luego.

—Siempre hay uno con ganas de divertirse.

Y como si la última frase hiciera eco en su mente, repitió:

—Ganas de divertirse.

Conlon encendió las luces de ciudad y condujo más despacio, atento al suelo encharcado.

—Estaba a punto de abandonar esa vida —dijo ella—. Y ya ve, ahora precisamente ha tenido que ocurrirme. Nunca tuve una oportunidad de ser decente. Incluso mi niñez estuvo envuelta en el lodo de un mundo al margen de la sociedad. ¡Ni entonces tuve una oportunidad!

Los ojos de Conlon se llenaron de lágrimas contenidas. No dijo nada. Fue ella quien añadió:

—Una noche mi padre golpeó a mi madre hasta casi matarla. Estaba borracho y le pegó sin piedad alguna. Así eran las cosas que rodeaban mi infancia.

Conlon divisó el bulto de su casa al final del bloque. Dejó que el coche avanzara lentamente, apagadas las luces. Sus ojos permanecían fijos en la oscura forma.

—Tengo una hija en la costa. Pensaba dejarlo todo e irme con ella. Tiene dieciocho años y vive sola. Siempre que pude le mandé algún dinero.

—¿Sabe la vida que llevas?

—Lo ignora. Se lo giro a través de la oficina de correos de la calle Treinta y Cuatro. Ni siquiera sabe dónde vivo.

—¿Qué supone que haces?

—Me cree casada y que mi marido desconoce su existencia. Y esa es la única razón, para ella, de que nunca la invitase a visitarme.

De repente se encendió una luz en la cocina de la casa.

«Sarah me aguarda», pensó Conlon sonriente. Luego giró el coche hasta situarlo delante de las puertas del garaje.

—¿Cómo es que vive sola?

—Su padre murió hace un año.

—Comprendo.

—Él se la llevó cuando era una niña. El Juez se la dio en custodia al separarnos.

Conlon se volvió a mirarla. Su rostro brillaba pálidamente en la oscuridad.

—Siéntate y estírate un poco. Luego entraremos.

—Gracias.

—¿Sabía Cardell que pensabas en marcharte?

—No. Ya sabe usted cómo es.

Conlon asintió.

—Antes de permitir que se marche una de sus presas le exprime hasta el último dólar. Así es como opera.

—¿Cuánto se lleva?

—El cincuenta por ciento, y dice que es generoso. Piensa que nos hace un gran favor.

—¿Lo engañaste alguna vez?

—Hubiera hecho méritos para terminar en el fondo de la bahía, en un baúl lleno de cemento. No, Conlon. Siempre le di su parte.

—¿Sabía lo de Marsh?

—Claro que sí. Es obligado informarle de cada trabajo que se hace.

Los ojos de Helen brillaron en la oscuridad. Conlon captó el amargo destello de sus labios. Ella añadió:

—Le telefono antes de empezar el trabajo.

Conlon escuchó la lluvia en el techo del coche.

—¿Dijiste a alguien que pensabas en marcharte?

—No.

Durante unos minutos guardaron silencio.

—¿Sabe alguien que tienes una hija?

—¿Cree usted que estoy loca?

—¿Hay posibilidad de que la policía pueda averiguarlo?

—¿La policía?

El temor apareció en su voz.

—Vives en el hotel de la avenida Surf. Registrarán tu habitación. ¿Dejaste algo allí? ¿Alguna carta de ella? ¿Algo que delate su existencia?

—No hay nada allí.

—¿Ninguna foto? ¿Jamás te mandó una fotografía?

—Una. Cuando se graduó en la escuela superior.

—¿Dónde está?

—La llevo en mi bolso. Nadie la ha visto. Estoy segura de eso.

—Dámela.

Helen le miró a través de la oscuridad, con súplica en sus ojos. Conlon sabía cuánto significaba para ella; sin embargo, insistió:

—He de guardarla yo, Helen.

—Es lo único que tengo de ella, Conlon. Rompí todas sus cartas, incluso los pequeños recuerdos de cuando ella era niña. Me desembaracé de todo. Destrocé mi corazón. Solo conservo la fotografía de una niña en uniforme de colegio.

Conlon apartó sus pupilas de los ojos suplicantes, y cerró sus oídos a la voz que le torturaba.

—¿Ni siquiera puedo tener eso? —preguntó Helen.

—No.

—¿Por qué?

—Voy a ocultarte en un sitio donde nadie te encuentre. Mientras tanto intentaré aclarar este embrollo. Pero si la policía o Cardell te cogen, estamos perdidos.

—¿Cardell?

—Tengo el presentimiento de que su nariz se halla en algún sitio. ¿Estás segura de no haber dado una pista a Lil, de haberle dicho alguna palabra que le hiciera intuir tu propósito de abandonar a Cardell?

—Ya dije que no.

—¿Pero, estás segura? ¿Puedes jurarlo? Sois amigas y pasáis muchos ratos juntas. Hay mil modos de dárselo a entender.

Helen permaneció sentada en silencio; era una figurilla perdida en la oscuridad.

—Ya no estás segura, ¿verdad? Puede ser que un día te sintieras a disgusto y le dijeras algo. No es fácil guardarse dentro una cosa así. Tarde o temprano aflora a nuestros labios.

—No estoy segura —respondió Helen.

—Eso imaginé. Cardell puede apoderarse de la foto, cosa que me haría enfermar.

Conlon advirtió las manos blancas apretando el respaldo del asiento. Los dedos se hundían en el fieltro. Esperó a que hablase, pero solo aquellos dedos hablaban de su temor.

—Si Cardell descubre a tu hija, ¿imaginas lo que hará? La situación se volvería tan penosa para mí, que no dudaría en tirarte a las fauces de su odio con tal de salvarla a ella.

Helen prorrumpió en agudo grito:

—¿Para qué me necesita Cardell?

—Lo sabes —dijo Conlon—. Dame la foto.

Seguidamente oyó el ruido del cierre del bolso y notó que le ponía la foto en la mano. Entonces dio la luz del tablero y acercó a él la cartulina. Vio un vivaracho y pequeño rostro, enmarcado de suave cabello castaño. Los ojos mostraban una sonrisa amable y atractiva.

—Es muy linda —dijo.

—Es cuanto tengo.

—No es poco.

Encendió un fósforo y prendió fuego a la fotografía.

—¡Conlon!

Helen prorrumpió en sollozos. Conlon mantuvo firme la cartulina en la llama hasta quemarse los dedos. Entonces la tiró a la lluvia.

Ella dejó de llorar. Y el viejo policía se excusó.

—He sido cruel contigo esta noche, pequeña. Creo que esta fue la mayor de mis crueldades. Pero no había otra opción.

Alargó el brazo y acarició la inclinada cabeza.

—Dios sabe cuán maltratada has sido en esta vida, Helen. Quizá sea esta la última prueba. Ahora ve en busca de Sarah. Tengo que hacer algunas cosas en el garaje antes de entrar en la casa.

—¡Era lo único que tenía de ella! —exclamó Helen.

Ambos descendieron del automóvil y mientras Helen se dirigía a la casa, Conlon se mantuvo a pie firme desafiando la lluvia hasta que oyó el suave abrir y cerrar de la puerta.

Finalmente, calado, abrió de par en par la puerta del garaje. Ya dentro, encendió su linterna y la dejó en el suelo. Luego trabajó veloz y metódicamente, y muy pronto acabó de revisar una escalera compuesta de varias secciones. Luego salió al exterior y desmontó el portaequipajes situado en el techo del vehículo, separando las tazas de succión o ventosa que lo afianzaba. De nuevo en el garaje observó las secciones de la escalera, y su cabeza se movió afirmativamente: necesitaría aquello para el trabajo que debía realizar.

La última vez que lo necesitó fue para cubrir el tejado de su casa. Pero entonces el sol resplandecía en un día claro y brillante. Sarah le gritaba desde abajo que tuviese

cuidado.

El recuerdo le arrancó una sonrisa. Luego llevó las secciones al coche. Cuando las hubo guardado sus ropas aparecían empapadas y lacio su espeso pelo gris. El agua corría por su cara. Se pasó la palma de la mano por ella, miró la escala y se sonrió quedamente.

—Muy bien —susurró.

Halló a las dos mujeres sentadas a la mesa de la cocina hablando en voz baja. El cálido y casero olor de café saturaba la estancia y por un momento se olvidó de la noche y su fúnebre secreto. El rostro ansioso de Sarah se volvió a él.

—Estás mojado, Conlon.

—Estoy mojado.

—¿Dispones de tiempo para cambiarte?

—No, Sarah.

Ella asintió lentamente. Sus dulces ojos oscuros seguían fijos en el esposo. Este advirtió indicios de plata en el pelo de Sarah. «¡Quédate joven, Sarah! —se dijo a sí mismo—. ¡Quédate joven!».

—Necesitaré una caja de cartón, Sarah. ¿Puedes ir al sótano a buscarla?

—Sí, Conlon.

La observó mientras caminaba hacia la puerta del sótano y descendía, llenando sus pupilas de la grácil ligereza de su cuerpecillo. Luego se dirigió a uno de los armarios y empezó a sacar latas de conservas, que ponía sobre la mesa.

—Acaba tu bocadillo, Helen.

—No... no tengo apetito, Conlon.

—Haz un esfuerzo. Necesitarás esa comida dentro de ti.

—Pero...

—No hay peros. ¡Hazlo!

Conlon cogió el bocadillo a medio consumir y se lo dio. Helen alzó la vista y, repentinamente, se inclinó y besó su mano mojada. Fue un beso precipitado, como el de un niño. Él se apartó con gesto de malhumor, si bien por dentro se hallaba emocionado.

Sarah trajo la caja de cartón y Conlon puso las latas en su interior. Después buscó un abrelatas en el armario.

—Lo olvidaba —dijo sonriente.

Por vez primera aquella noche, Conlon vio una sonrisa en el rostro de Helen.

—Te habrías comportado como un hombre —dijo Sarah, que se rio.

—Justamente como un hombre —parodió Helen.

La sonrisa abandonó su cara, y volvió a mostrarse triste y desgraciada.

—En marcha —ordenó Conlon.

Cogió la caja de cartón y esperó a Helen junto a la puerta. Ella abrazó en silencio a Sarah, y salió a la lluvia hasta el coche.

—Te esperaré, Conlon.

—Intenta dormir.
—Te esperaré.
—Eres tozuda. Nunca cambiarás.
—Lo aprendí de ti.
—Conforme.
—Cuidado, Conlon —dijo ella de pronto.
Sus ojos se encontraron un instante.

V

Ya en el automóvil, Conlon pidió a Helen dos llaves: la de su habitación, y la correspondiente al buzón alquilado en la oficina de correos. Se las guardó en un bolsillo y preguntó:

—¿Qué nombre usas en correos?

—Carol Cobb.

—¿Es el que tu hija pone en el sobre al escribirte?

—Sí.

—¿Cuándo recibiste su última carta?

—Un mes atrás.

—¿Le contestaste?

—Sí.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace dos semanas; un domingo.

—De acuerdo.

Hizo retroceder el coche hasta sacarlo a la calle. La lluvia salpicaba entre las hojas movidas por el viento.

—Agáchate y no te muevas.

—¿Será largo el viaje?

—No.

—¿Estaré allí mucho tiempo?

—Solo Dios lo sabe, Helen.

El coche hendió raudo el corazón de la noche. Los ojos de Conlon relampaguearon con fiera decisión al pensar: «En cierto modo me gusta lo que haré. Y me gusta locamente».

Apartó la idea de su cerebro y se concentró en el trabajo que le aguardaba. Sería sencillo si lo hacía rápida y pulcramente. De hecho, no admitía ni la más ligera vacilación. Todo el secreto radicaba en hacerlo sin pensar en las consecuencias.

—No olvides lo que voy a decirte, por tontas que te parezcan mis palabras. Grábalas en tu cerebro. Pueden significar tu vida.

—Sí, Conlon.

Este vio el puente y pisó a fondo el acelerador. El coche lo cruzó como una exhalación, quedando borrosas las luces de los postes. Luego volvió a aminorar la marcha y dijo:

—Recuerda esto: en ningún momento has de perder la fe en mí. No me verás hasta que haya terminado este asunto.

—¡Conlon!

El temor se hizo patente en su voz. Conlon trató de ignorarlo y añadió en tono duro:

—Ni a mí, ni a nadie. Vas a estar sola.

—¿Cuánto tiempo?

No contestó a la desesperada pregunta, sino que habló como si ella no hubiera dicho nada.

—Sola sin ver ni hablar con nadie. Hazte a la idea de que vas a ser una ermitaña. En realidad, serás eso, Helen. Ni siquiera tendrás el consuelo de ver a tu carcelero. Prepárate a vivir en la más dura soledad.

Helen no dijo nada. Y Conlon supo que el terror se había posesionado de ella.

—Cuando detenga el coche, saldrás de él sin decir una palabra. Ni una. Yo tampoco hablaré. Quiero un silencio absoluto. ¿Entendido?

—Haré lo que dice, Conlon.

—Mejor que lo hagas. O seremos cogidos antes de empezar. En tal caso, todo habría concluido, y nos veríamos de espaldas a la pared.

Las luces rojas de los ferris iluminaron la noche y Conlon llevó su coche fuera de ellas, por una calle flanqueada de solares. Los faros alumbraron la basura depositada en ellos y arrancaron destellos en botellas rotas y latas.

—Regresamos a la isla —informó Conlon.

—¿A la isla?

—Eso mismo. Ahora escúchame.

—¿Por qué a la isla, Conlon? —preguntó, alarmada.

—Préstame atención. Mañana te buscarán por todo rincón. Volverán la ciudad al revés, y cuando no te encuentren en ella, ampliarán el radio de sus pesquisas. El único modo de engañarles es llevarte donde no se les ocurrirá buscarte. Y eso es lo que hago.

—¿Dónde está ese lugar?

—Pronto lo sabrás.

Conlon detuvo el coche al final del largo bloque. Al pararse el motor solo oyeron la lluvia y las ráfagas de viento que barrían la calle.

Sentado en la oscuridad del vehículo, el ex policía observó el gran caserón, sintiendo una extraña sensación. Dos ventanas aparecían iluminadas tras las cortinas, y el resto del edificio se hallaba en tinieblas.

—Puedes mirar —dijo a Helen.

Conlon captó primero su rápida respiración y, luego, el silencio de su contención.

—Comprendo lo que piensas —exclamó él.

—Conlon, ¿es el edificio de la policía!

—La parte de atrás.

—¿Qué se propone?

Conlon se limitó a escrutar la oscuridad y el resplandor de las ventanas iluminadas en el ala izquierda del edificio, en el primer piso.

«Tal como imaginé —se dijo—. Todo sigue igual que en los viejos días durante la noche».

Consultó su reloj y se sonrió tenuemente. La hora era entre ronda y ronda, cuando los hombres relevados descansan.

«Solo he de procurar mantenerme alejado de la luz de la habitación donde se pasa lista y trabajar en el lado contrario. La lluvia y la noche están conmigo».

—Quédate aquí y mantén la calma.

—Conlon.

Pero ya había salido del coche y armaba las secciones de la escalera. Luego se cargó el conjunto que hizo balancear su cuerpo. Sus dedos se agarraron como garfios a los peldaños y empezó lenta y pesadamente a caminar por el mojado campo.

Acusaba el peso a través de su aliento que salía suspirante de sus labios contraídos. La lluvia se deslizaba por su rostro contraído y le inundaba los ojos y nariz. El viento azotaba sus ropas empapadas, adhiriéndoselas al cuerpo. De pronto advirtió que se acercaba demasiado a las ventanas iluminadas, y con gran esfuerzo pudo apartarse de ellas. Su avance era cada vez más penoso, pues el viento parecía empeñado en desplazarlo hacia los rectángulos de luz en el suelo.

—¡Maldita sea! —jadeó.

«Es demasiado para mí —se dijo—. No soy tan joven y fuerte como antes. Es demasiado».

Pero sus piernas eran dos piezas mecánicas en movimiento que actuaban a impulsos independientes de su voluntad, insensibles al dolor y agonía del resto de su cuerpo. Estas le llevaron al lado en sombras y se detuvieron allí.

Conlon dejó escapar un hondo suspiro y que la escala se deslizase lentamente de su torturado hombro hasta caer de golpe sobre el suelo mojado, y él mismo se desplomó también. Luego se deleitó con la caricia refrescante de la lluvia. Su boca estaba seca por el gran esfuerzo. Abrió los labios y el agua penetró en ella.

Deseó permanecer allí hasta que el cansancio desapareciese, pero lentamente se esforzó en ponerse en pie otra vez. Miró las ventanas iluminadas y volvió a recrearse en la frescura del agua que era un bálsamo sobre su cuerpo caliente y cansado. Finalmente se agachó y cogió la escalera según había aprendido de un especialista en arreglar tejados.

«Todos los trabajos tienen su secreto —se dijo—. Incluso levantar una escalera cuando no hay quien te ayude».

Arqueó el cuerpo y sus manos sujetaron los peldaños. El esfuerzo le obligó a entreabrir la boca y proferir un largo y profundo suspiro. De repente los músculos de su cuerpo parecieron cuerdas tensas de arco y los de sus brazos se convirtieron en duras bolas al luchar con la escalera empeñada en desasirse de sus manos para estrellarse contra la casa y atraer a sus moradores. Cuando logró dominarla, sus piernas eran dos postes clavados en la tierra mojada y resbaladiza.

—¡Cristo sea alabado! —murmuró.

Observó un instante la solitaria ventana superior del edificio y avanzó lentamente con la escalera suspendida.

—Calma, Conlon —susurró—. Con calma se logra todo, muchacho.

Lenta, muy lentamente, consiguió que el extremo de la escalera descansara en el alféizar de la ventana. Un nuevo suspiro abrió sus labios.

—Buen trabajo, muchacho.

Entonces corrió decidido hasta el lugar donde tenía aparcado el coche, abrió la puerta de atrás y dijo:

—Vamos, pequeña.

La ayudó a saltar a la lluvia, y cogió la caja con las vituallas. Los ojos de Helen miraron desesperados a los suyos, pero él sacudió la cabeza y la invitó a seguirlo.

La lluvia arreció mientras corrían hacia la escalera. Cuando llegaron el corazón pugnaba por taparles la garganta. Se quedaron juntos en la oscuridad, y volvieron sus cabezas para ver las ventanas iluminadas.

Conlon sintió la mano de Helen sobre la suya. La dejó allí un instante, y luego sacudió el brazo y se volvió de cara a la escalera. Estudió un instante los escalones, apretó los labios, y subió peldaño tras peldaño hasta que su rostro estuvo a nivel de la ventana.

Entonces buscó la linterna en su bolsillo trasero y se alumbró. El foco de luz penetró la oscuridad de la habitación, mostrándole los objetos familiares. Sintió un punzante dolor.

—Dave —susurró—. ¡Dave Grimes!

Y lo vio allí sentado a la mesita, jugando a los naipes, y el revólver... Apagó la luz, y, con ella, se esfumaron los recuerdos.

Volvió la linterna a su bolsillo y se sacó un largo cortaplumas, cuya gruesa hoja introdujo entre el marco y la ventana. Trabajó lenta y constantemente, hasta que la hoja se afianzó en el interior del marco. Entonces presionó hacia arriba y la ventana empezó a levantarse. Cuando estuvo lo suficiente alta, introdujo sus dedos y empujó con todas sus fuerzas.

La lluvia penetró a través de la ventana abierta.

Conlon descendió lentamente. Ya en tierra, observó a Helen cuyo pelo aparecía hecho un estropajo, tenía el rostro mojado y blanco de tan pálido. Sus ojos miraban con la fijeza del terror, y su cuerpecillo resultaba aún más frágil. Hubiera bastado con un leve empujón para derribarla sobre el mojado suelo.

Semejante visión le recordó el espectáculo de un perro azotado por la lluvia, en cuyos ojos se reflejaba el mismo terror y en su cuerpo tembloroso, el desánimo.

Conlon ahogó la lástima que había dentro de él y la golpeó rudamente en la espalda. La cabeza de Helen se bamboleó como sacudida por fuerzas encontradas en un mismo punto, abrió la boca y lágrimas de dolor aparecieron en sus ojos.

—¡Arriba, maldita sea! —susurró Conlon, empujándola hacia la escalera—. Tienes que subir.

Helen asintió, como si por vez primera entendiera lo que se esperaba de ella. Empezó a escalar. Conlon sujetó la caja debajo de un brazo y siguió tras la aturdida

mujer.

Mediado el ascenso, Helen se detuvo y dejó que su cabeza cayera contra uno de los peldaños. El corazón de Conlon empezó a latir precipitadamente, pues temió que se desplomara antes de que pudiera llegar a su lado y sostenerla. Pero Helen alzó de nuevo la cabeza y siguió adelante.

Poco después se hallaban en el interior de la oscura habitación. Conlon dejó la caja sobre la mesa y encendió la linterna. Luego, sin decir palabra, le mostró los objetos y el pequeño cuarto de aseo en un extremo.

—Camina como un gato —susurró—. El suelo tiene cámara aislante y no te oirán desde abajo; sin embargo, camina como un gato, y mantente alejada de la ventana. Adiós.

Mientras bajaba vio el blanco y rígido rostro de Helen, en la oscuridad, mirándole.

VI

Conlon dejó las secciones de la escalera en el suelo del garaje y le quitó el lodo. Después se dirigió al interior de la casa.

Sarah le aguardaba.

—Pareces rendido, Conlon.

—Lo estoy.

—Mejor que te quites las ropas.

—Sí —suspiró.

Se despojó de la empapada americana y se dejó caer sobre una silla. Su cuerpo temblaba de escalofríos. Sarah le ayudó a descalzarse.

—¿Cómo está ella?

—Asustada.

—¿Quién no lo estaría?

—Es duro, Sarah.

—No podría serlo más.

—No, desde luego que no.

Conlon se apoyó en el respaldo de la silla. La fuerza de la lluvia había remitido y solo se oía un suave repiqueteo sobre las paredes y tejado de la casa. Pronto amanecería y la tormenta habría desaparecido. Conlon empezó a olvidarse de la noche y de cuanto había sucedido.

—Ponte esta ropa, antes de que cojas una pulmonía de muerte.

Sarah había pronunciado las palabras con ternura, y, no obstante, recordaron a Conlon la borrascosa noche. Abrió los ojos.

—¿Qué ocurre, Conlon?

¡Muerte! Esa había sido la palabra que acababa de traerle a la realidad. Pensó en Cardell, en Scofield y en Sarah.

—Nada, querida. No ocurre nada.

Se levantó y se puso el batín.

—Estás pensando en ella.

—Sí.

Pero la verdad era que le preocupaba su esposa, también amenazada. El mayor daño que podían hacerle era a través de ella. Y no se le había ocurrido pensar en eso hasta entonces. Un escalofrío desagradable recorrió su cuerpo.

—Hay una mirada extraña en tus ojos.

—¿Extraña?

—¿En qué piensas?

Le sonrió y pasó su grueso brazo alrededor de su cintura, atrayéndosela.

—Pensaba en que me vendría bien una taza de café.

—¿Eso es todo?

—Una taza de buen café.

—¿Es todo lo que piensas decirme?

—También que fuiste una tonta al casarte conmigo.

—Todas las mujeres son tontas, Conlon.

—Estoy de acuerdo en eso.

—¿No me lo dirás?

Le hacía gracia que Sarah hablase con acento irlandés, pues ello ponía en sus labios una sonrisa a la vez que le transmitía una cálida sensación. Sin embargo, esta vez se sonrió tristemente y dijo:

—Te agradecería ese café, Sarah.

—Como gustes —respondió, amable.

Mientras contemplaba cómo hacía la infusión y el gracioso modo de inclinar la cabeza sobre el hornillo, Conlon pensó en que volvería a salir a la noche antes de echarse a descansar un rato. Descanso que tanta falta hacía a su derrengado cuerpo y espíritu atormentado.

Se acordó de la asustada mujer sola en la habitación, si bien le preocupaba infinitamente más la otra que tenía delante abocada a una lucha amarga; una lucha que solo acababa de empezar.

—Tómalo despacio, Conlon. Está que arde.

—No tengo tiempo, Sarah. He de salir otra vez.

Su esposa le miró inquisitiva mientras se acomodaba al otro lado de la mesa descansando sus pequeñas manos sobre el mantel florido. Conlon cubrió afectuoso la pequeña mano con las suyas.

—Tengo que irme.

—Bébetelo el café y saboréalo.

Sarah contempló en silencio cómo sorbía el negro líquido, y luego preguntó:

—¿Salió todo bien?

—Perfecto.

—¿Dónde la llevaste?

Conlon se interrumpió para fijar sus grises ojos en ella.

—No te lo diré.

—¿Por qué no?

—Será mejor para ti que no lo sepas.

—¿Para mí?

—Para ti.

Los ojos de Sarah se endurecieron. Su pequeña y graciosa barbilla se levantó ligeramente y las aletas de su nariz temblaron.

—¡Quiero saberlo!

Conlon sacudió la cabeza y se levantó.

—Cuando todo haya terminado, Sarah.

—¡Conlon!

—No te lo diré, chiquilla.

Mientras se vestía la oyó entrar en la habitación, pero no se volvió para no encontrarse con su mirada.

—Te obligué a esto, Conlon. Tengo derecho a saberlo.

—Está a salvo y eso es cuanto puedo decirte.

—¿Por qué?

Conlon se sentó sobre el lecho y se agachó para atarse los cordones de los zapatos, aparentemente fija su atención en lo que hacía, si bien atento a la presencia de Sarah.

—¿Por qué es mejor que no lo sepa? ¿Qué temes? ¿Has cometido algún error? — insistió ella.

—No. Todo salió bien.

—Todo no salió bien, y tú lo sabes.

Se levantó de la cama y se plantó delante de Sarah. Su sombra se extendió por la pared. Fuera, la lluvia arreció de nuevo.

—Sarah, hablé demasiado. Debí mantener mi boca cerrada. Olvida lo que te dije.

—¡No quiero!

De repente, la voz de Conlon se hizo hiriente. Tal vez la tensión de la noche trastornó sus nervios.

—¡Maldita sea, Sarah! ¡Déjame en paz! Te dije una cosa y ahora no me dejas tranquilo. ¡Déjame en paz!

Los labios de Sarah se adelgazaron y su rostro se tensó.

—Te dejaré en paz.

Conlon alargó una mano, pero ella se había ido de la habitación. Maldijo en silencio. Abrió un cajón del escritorio y sus manos buscaron hasta encontrar unos folletos de propaganda. «St. Petersburg, Florida». Sol, descanso y paz. Sus ojos se entrecerraron dolorosamente.

«Es allí donde debiera estar con Sarah —pensó—. Allí, lejos de esta complicación».

Se guardó los folletos y se acercó al armario, de donde extrajo una maleta. Luego bajó a la primera planta.

—Lamento haberte ladrado, Sarah.

—Pero me has ladrado.

Sarah seguía enojada. Conlon le acarició el pelo, mirándola apesadumbrado.

—No me he comportado como el mejor de los hombres.

—Deja de humillarte, Conlon.

Este se sonrió.

—¿De veras no estás enfadada conmigo?

—Pierdes el tiempo.

La sonrisa se hizo más amplia en el rostro de Conlon.

—¿Me darás un beso cuando regrese?

—Te lo daré, y será un gran beso —dijo Sarah, sin mucho entusiasmo.

Conlon la tomó en sus brazos.

—Lo quiero ahora.

Sarah parpadeó varias veces y Conlon se rio suavemente. La besó antes de depositarla en el suelo.

Mientras conducía través de la lluvia, la sensación de temor volvió a invadirle. Intentó sacudírselo, pero fue inútil. Sabía que desde aquel momento no podía permitirse el más ligero error.

«Tengo que proteger a Sarah y a Helen. Las dos están en peligro. Si cometo una equivocación, todos sufriremos las consecuencias, incluso podemos perder la vida».

VII

Aparcó el coche a un bloque de distancia de la avenida Surf, y descendió con la valija en la mano. Sus ojos escrutaron los edificios que aparecían a oscuras. Consultó su reloj y asintió, seguro de que la hora le era propicia aún. El vecindario no empezaría a dar señales de vida hasta después de una hora.

Conocía bien aquella parte de la ciudad, que tantas veces había recorrido en solitaria ronda. Se quedó un instante mirando los familiares edificios, con sus ladrillos brillantes por la lluvia. Luego se dirigió al que le interesaba, y poco después ascendía sus peldaños, esforzando los oídos para captar cualquier sonido raro. Cuando llegó al primer rellano se detuvo y miró a su alrededor. Una luz tristona proyectaba su sombra encima de la polvorienta alfombra, sobre la baranda de madera y la pared con múltiples desconchones. Los pomos de las puertas brillaban en la oscuridad. El silencio imperaba en la casa.

Su sombra se movió en la pared, rebasó la baranda, dejó atrás la alfombra y se deslizó por el tramo de escaleras. Cuando llegó arriba, cuerpo y sombra se detuvieron ante la primera puerta. Luego se oyó el sonido de una llave en una cerradura, y una puerta que se abre. Conlon se halló de pronto en la habitación amueblada de Helen Matthews.

Cerró lentamente tras él, se encaminó a la única ventana y se asomó al exterior. Vio caer la lluvia sobre el lodo de un patio trasero, cubos de basura que brillaban y los opalescentes ojos de un gato negro, que escarbaba en uno de los cubos en busca de comida, meneando la cola.

«Debes de sentirte hambriento —se dijo—, para estar a la intemperie en una noche como esta».

Sus ojos abandonaron la forma inclinada del gato y, lentamente, escrutó el resto del patio. Captó la forma confusa de un destartado cochecito de niño, con los ejes sin ruedas.

Miró por encima de la valla de madera hasta que se detuvo en la recta pared de un garaje. Una luz brilló en una ventana y Conlon se esforzó en distinguir las formas de los coches aparcados. Los observó un rato y al no ver ninguna figura que se moviera entre ellos, corrió la cortina y se apartó de la ventana.

Su linterna buscó por la habitación, sobre la cama y debajo de ella, y por el desnudo suelo hasta que encontró la puerta del armario, que abrió.

Halló cinco vestidos colgados en perchas de alambre. Los estudió, y luego observó un abrigo de verano. Movié la cabeza pensativo, sacó el abrigo y lo tiró sobre la cama.

La luz enfocó el suelo del armario y sus rayos mostraron una hilera de zapatos de mujer. Conlon seleccionó tres pares de los usados en época estival, los puso junto al abrigo y volvió al armario para elegir cuatro vestidos que añadió al montón.

Cuando cerró el armario se encaminó al tocador. Durante un largo minuto escuchó cualquier posible ruido que procediera del vestíbulo. Luego se agachó y abrió los cajones. Poco después incorporaba al montón encima de la cama varias prendas íntimas de Helen.

El repentino estallido de la lluvia contra la ventana le hizo enderezarse sobresaltado. Suspiró aliviado y puso la maleta sobre la cama. Precipitadamente guardó todas las prendas y cerró la maleta, que depositó junto a la puerta.

Conlon emprendió un trabajo más metódico. Buscó la presencia de cualquier objeto que delatase la existencia de la hija de Helen.

No encontró nada.

Se apoyó contra la puerta, apagó la linterna, y se quedó a oscuras pensando intensamente. Luego extrajo de su bolsillo unos cuantos folletos turísticos de St. Petersburg, los mantuvo en la mano y pensó de nuevo. Finalmente, encendió la linterna y se arrodilló junto a la cama.

Tiró uno debajo de ella. Se puso en pie y caminó hasta el tocador. Abrió uno de los cajones bajos, puso algunos debajo de una caja de medias de nilón, y los restantes sobre la caja. Cerró el cajón.

Luego se aproximó a la ventana, levantó la cortina y miró al exterior. Los cubos brillaban en la lluvia y el gato se había marchado. Al otro lado de la valla, una luz brillaba en el garaje repleto de coches alineados.

Conlon se apartó de la ventana, recogió la valija y se fue de la habitación. Bajó furtivamente las escaleras y salió a la calle. Ya en su vehículo acomodó la maleta en el portaequipajes. Luego permaneció un instante quieto, reflexionando bajo la lluvia.

Repentinamente su mandíbula se endureció en un gesto de firme decisión. Subió al coche y condujo de nuevo hacia la avenida Surf, desierta a tan intempestiva hora. Aquella soledad le recordó el bullicio durante la época veraniega, cuando los vendedores ofrecen a gritos desde perros calientes hasta muñecas.

Ahora todo se reducía a unos tablones empapados y a calles mojadas. Lejos, el océano rugía sombríamente. Las farolas hacían la amplia calle más desolada que nunca.

Entró el coche en uno de los vacíos aparcamientos y lo dejó en la oscuridad. Seguidamente caminó presuroso y sus zapatos hicieron crujir la grava mojada hasta pisar pavimento duro. Allí se detuvo un instante para observar los alrededores. Luego continuó su camino hasta la primera casa.

Las luces callejeras brillaban en la otra acera. Conlon se detuvo a mirar la oscura casa, buscando una de las ventanas. Rápidamente subió los peldaños del porche y se introdujo en las sombras.

Desde allí veía la zona de aparcamiento, inmensa y vacía. La única cosa visible era su coche. Se movió raudo en las sombras y abrió la puerta cristalera y penetró en el vestíbulo de la casa. Otra puerta de cristal, provista de cortinas, se interpuso en su camino. Giró el pomo y halló que la puerta estaba cerrada con llave.

Con su linterna alumbró la pequeña hilera de nombres en la pared del vestíbulo, y tan pronto leyó el de Lilian Wallace, tocó el timbre bajo él hasta que se encendió una luz en el vestíbulo y vio la figura de una mujer que bajaba las escaleras y se detenía detrás de la puerta. La mujer tenía labios gruesos y grandes ojos redondos que miraban temerosos.

—Soy Conlon.

La mujer se sobresaltó.

—Abre la puerta, Lil.

Ella pareció reconocerlo.

—Abre.

La puerta se abrió sin ruido, y Conlon penetró en el interior.

—¡Conlon!

La casa se hallaba rodeada del más profundo silencio. La mujer vestía una fina bata alrededor de un amplio y blando cuerpo. Tenía senos ampulosos y lacio el pelo castaño, despeinado.

—Sube arriba —dijo.

—¿Qué ocurre?

—Vamos.

Conlon inició la subida de las escaleras alfombradas sin esperar a Lil, que lo siguió. Al pasar por delante de una de las habitaciones del primer piso oyó los profundos ronquidos de un hombre, y se sonrió. Se trataba de Ed Stokes, que alquilaba habitaciones a mujeres como Lil, por elevadas tarifas. Ya en el último piso, vio abierta la puerta del apartamento de Lil, y penetró en él sin más cumplidos. Tan pronto como la mujer estuvo dentro cerró suavemente. Un rápido vistazo le sirvió para comprender que Lil vivía mejor que Helen. Aquello era un apartamento con una pequeña antesala que daba a una habitación grande, una pequeña cocina adosada en la pared y el resto amueblado como sala de estar. De una pared colgaba la fotografía de los yankis de Nueva York, campeones del mundo en 1958. Los ojos de Conlon expresaron disgusto. Seguidamente inspeccionó el cuarto de aseo.

—Estoy sola —dijo Lil.

—Quería asegurarme.

—¿Qué sucede?

No contestó. Se fue a la ventana y miró el coche bajo la lluvia. El solar destinado a aparcamiento seguía desierto. Cuando se volvió de cara a Lil, la luz de la lámpara de la mesilla de noche hizo brillar su pelo y rostro mojados.

—Hace mucho que no nos vemos, Conlon. ¿Qué sucede?

Se acercó lentamente a ella.

—¿Cuándo viste a Helen Matthews por última vez?

—¿A Helen? ¿Por qué?

—Contéstame.

—¿Está en apuros?

—Quizá.

—¿Qué clase de apuro?

Conlon observó su rostro, tratando de captar la más pequeña reacción. Sobre un canterano había una muñequita de tela, con la cabeza caída hacia delante y los ojos fijos. Recordó haberla visto años atrás, en el mismo mueble y con la misma expresión.

«El tiempo no cambia —se dijo—. Solo la gente».

—¿La cogieron en alguna redada?

—Hace meses que no ha habido ninguna redada, y lo sabes.

Lil movió lentamente la cabeza, sujetándose con una mano la bata. Había restos de pintura en sus gruesos labios, como si se hubiera pasado sobre ellos el dorso de una mano antes de acostarse, y residuos de polvos seguían adheridos a su rostro.

Conlon recordó los comienzos de Lil, siempre muy compuesta. Solía andar con felino ritmo, mientras sus tacones pisaban fuerte sobre las aceras. En sus ojos había dureza y frío desdén. En cambio, ahora estaban apagados y el desdén se había convertido en cinismo.

«La gente cambia», pensó.

—No lo entiendo, Conlon. No sé qué pretende.

—Todavía no has contestado a mi pregunta.

—La vi anoche.

—Ahora empiezas a ser razonable. ¿Iba acompañada?

—Sí.

—¿Una cabeza calva, bien vestido?

Asintió.

—¿Dónde los viste?

—En casa Pat, en la avenida Surf.

—¿Qué hora sería?

—Sobre las siete —de pronto elevó el tono de su voz—. Quiero saber qué ocurre.

Conlon la empujó suave, pero firmemente, hacia una silla. Cayó sobre ella, y sus pupilas le miraron temerosas.

—Mantén la voz baja y contesta mis preguntas.

Lil observó en silencio el duro rostro de Conlon y no se movió. Con una mano se sujetaba la bata, y con la otra parecía aplastarse su abultado regazo.

—¿Había alguien cerca de ellos?

—El lugar estaba muy concurrido. Siempre sucede la noche del martes de Carnaval. Usted lo sabe.

—Lo sé. Pregunto si había algún conocido por allí.

La voz de Lil se convirtió en un susurro. Sus labios temblaban.

—¿Se refiere a la tropa de Cardell?

—Sí.

La mano en el regazo empezó a temblar y la otra sujetó la bata con más firmeza.

La luz de la lámpara alumbró el cambio de color de su rostro.

—¿No estará en jaleo con Cardell?

—No contestaste mi pregunta.

Lil empezó a levantarse.

—Si tiene líos con él, no diré ni una sola palabra.

Conlon la empujó de nuevo hacia la silla, si bien con más energía. Su mirada se había endurecido.

—¿Quién había allí?

—¡Déjeme sola! Nunca se portó así conmigo. Siempre fue un tipo decente, con un gran corazón.

Conlon miró la muñeca. Tenía rostro huraño con señales de cansancio. De pronto alargó sus brazos y sujetó fuertemente por los hombros a Lil.

—He cambiado.

—Por favor. No quiero mezclarme en esto. No, si es asunto de Cardell.

—¿Quién estaba allí?

—Por favor. Evítame complicaciones. Hay algo que huele a podrido. Conlon, tenga corazón.

Conlon apretó su agarre.

—¿Quién?

—Angie —susurró Lil.

Conlon aflojó la presión de sus dedos. Lil se inclinó hacia delante sin que sus pupilas se apartaran de él. Su mano dejó de sujetar la bata, quedando al descubierto su amplio y blanco escote.

—Angie —repitió Conlon.

Se fue a la ventana y miró de nuevo el coche. Pero su mente estaba concentrada en Angie. Vio su rostro delgado y oscuro, la pequeña nariz y los crueles ojos negros. Era un tipo alto y flexible que se movía como un gato. Se trataba del asesino a sueldo de Cardell.

Cuando miró a Lil, esta mantenía la bata caída.

—Cúbrete. No soy uno de tus hombres.

Ella le miró disgustada mientras se tapaba.

—¡Nunca lo serás!

—Gracias.

La miró fijamente y ella apartó los ojos.

—¿Dijiste a Cardell que Helen quería marcharse?

—¿Marcharse?

—¿Lo dijiste?

Lil denegó con la cabeza. Conlon permanecía atento a sus reacciones. De pronto alzó amenazadora una mano y la mujer apartó la cabeza, temerosa.

—¡Mientes!

—Lo juro, Conlon. Lo juro por mi madre.

—Nunca tuviste madre.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no me deja sola?

—Cuando me digas la verdad.

—¡Dije la verdad!

—No te creo.

Conlon acercó un grueso puño a su rostro, manteniendo los hombros inclinados, casi cubriéndola.

—Temes a Cardell y a Angie —continuó—. Mejor te irá si empiezas a temerme a mí.

Lil respiraba entrecortadamente y le temblaban los labios.

Conlon esperó un instante. El único ruido en el apartamento lo producía la lluvia que chocaba incesante en las ventanas y paredes. Luego habló quedo.

—Te encuentras acosada por mí y por Cardell. Elige lo que más te convenga, pero ¡rápido!

—Estoy al margen. No sé nada. Estoy al margen, se lo juro. ¿Por qué no se va y me deja sola?

—Estás cogida. Nada tienes que ver con esto, pero estás cogida. Desde luego, no eres parte actora y, sin embargo, quizá tengas la culpa de todo.

—No sé nada. No sé nada —murmuró, desesperada.

Conlon denegó enérgicamente.

—¡Conlon...!

No terminó la frase. Sus ojos suplicaban.

—El calvo murió asesinado esta noche, Lil. ¿Comprendes ahora cuál es tu parte?

—¿Lo asesinaron?

—Sí. Y tú lo viste con Helen esta noche del martes de Carnaval.

Lil intentó levantarse de la silla, pero Conlon no se lo permitió.

—¿Cuándo hablaste a Cardell de Helen?

La mujer tenía la boca abierta y el labio inferior temblaba grotescamente. El mundo daba vueltas en la silenciosa habitación.

—¡Asesinado! —repitió ella.

—¿Cuándo, Lil?

Esta movió la cabeza, sin que salieran palabras de sus labios. Sus ojos se habían oscurecido de terror. Conlon se inclinó más sobre ella.

—Lil.

Pronunció el nombre en tono amenazador. Lil intentó volver la cabeza, pero le agarró la barbilla e hizo que lo mirara.

—Habla.

—No... no sé...

—¿Se lo dijiste?

—No... no lo sé.

—¿Por qué se lo dijiste?

Lil se encogió en gesto fútil, y lo miró.

—Quizá, quizá estaba ebria. He bebido demasiado últimamente. Ya sabe cómo es, Conlon. Una se pone tonta. He bebido otras veces y me sucedió eso. ¡No lo sé, Conlon! ¡No lo sé!

Conlon se esforzó en rechazar la tentación de golpear su tembloroso semblante. Se apartó de ella que, sentada, lo miraba fijamente, como figura sin espíritu, aterrada.

—¡Maldita seas! —exclamó él—. Sabías el daño que harías a Helen. Conoces a Cardell y lo que hace cuando una de vosotras intenta marcharse. ¡Lo sabes!

Ella susurró:

—Lo sé.

Conlon se giró bruscamente:

—¡Así y todo se lo dijiste!

Lil golpeó los brazos del sillón mientras le corrían las lágrimas por las mejillas. Lloraba sin apenas sonido, entrecortadamente. Él la contempló pensando en la otra que también había llorado.

—¿Quién sabe por qué hace una las cosas? —dijo ella—. ¿Quién sabe qué veneno entra en una? Le dije que estaba bebida. Quizá fue solo un desahogo. Quizá quise que Helen gustara el condenado dolor que tengo almacenado dentro de mí. ¿Quién lo sabe?

—¿Quién lo sabe? —repitió amargamente Conlon.

Lil se frotó el rostro y repentinamente dijo desafiadora:

—Soy una cualquiera. ¿Qué espera de mí?

—He conocido a otras que fueron decentes —respondió él.

—Ninguna es decente. Todas somos iguales. Cuando se llega al final, todas somos iguales. ¿Acaso cree a Helen mejor que yo?

Conlon no respondió. Los ojos de Lil se iluminaron con un destello cínico y triunfante.

—Helen es una cualquiera. ¿Y qué es una cualquiera, sino una embustera, una ladrona y todo cuanto pueda decirse?

Conlon respondió suavemente, pero despreciativo:

—Dije que he conocido a otras que fueron decentes. No eran embusteras ni ladronas, simplemente mujeres que se habían perdido. Pero también he conocido a otras que son como tú. ¡No hay nada más bajo que tu clase!

Lil le escupió.

—¡Váyase al infierno!

Conlon se secó el salivazo, y luego la abofeteó con fuerza. El chasquido resonó en la habitación.

—Conforme. El primer acto ha terminado. Has hecho tu escena. Ahora, pequeña Judas, será mejor que hables.

Lil se hundió en el sillón con el rostro enrojecido. La mirada de terror volvía a aparecer en sus ojos.

—Hay una gran trampa en marcha y tú te hallas en algún lugar de ella. Mejor que hables.

—Le juro que no sé nada.

—Tú sabías que Helen estaba en la habitación con el sujeto. Fuiste al vestíbulo y la telefoneaste.

—¿Qué?

—Esa es tu parte en la trampa. La hiciste salir de la habitación, mientras Angie entraba a robar.

Lil intentó hablar, pero Conlon siguió implacable:

—Angie es silencioso como un gato. Sabía que al sujeto le gustaba beber. El plan era perfecto. El hombre estaría tendido en la cama sin preocupación alguna. Solo que falló algo. El calvo aguantaba el licor demasiado bien. Y Angie tuvo que matarlo.

—Está equivocado. Está completamente equivocado.

Conlon siguió como si nadie le hubiese interrumpido.

—Primero pensaron en una trampa de robo. El sujeto armaría alboroto cuando descubriera el expolio. Y Helen sería la única sospechosa. Claro que hasta cierto punto la cosa salió mejor de lo que Cardell había planeado. Helen camina hacia la silla eléctrica.

Lil sacudió desesperadamente la cabeza. Pero el rostro de Conlon permaneció impasible como una roca.

—Es así como Cardell da sus pequeñas lecciones. Pero esta vez no se saldrá con la suya. Y cuando yo acabe, tú le acompañarás entre rejas.

—Conlon, le juro que nunca hice una llamada por teléfono.

Este se sonrió sin apenas expresión. Lil le sujetó la manga de su americana. En sus ojos había súplica.

—No sé nada de esa llamada telefónica. Dije a Cardell que Helen quería marcharse. Se lo dije. Pero le juro que eso es todo.

—Según tú, una cualquiera es una embustera, ¿verdad?

—¿No me cree? Es cierto que no ayudé a tenderle la trampa. Incluso ignoraba los manejos de Cardell. También ignoraba que hubiesen matado al calvo.

—Ahora lo sabes —aseveró fríamente Conlon.

—¿No me cree?

—¿Puedo?

Lil empezó a hablar, pero se encogió de hombros y se quedó silenciosa. Conlon se encaminó a la ventana y miró de nuevo hacia su coche. Ella observó su enorme estatura mientras le temblaban las manos sobre el regazo.

—Le ayudaré, Conlon. Le demostraré que no tuve nada que ver con ello.

Conlon no se molestó en mirarla.

—¿Sí? —Su voz era sardónica.

—¿Cómo lo mataron?

—De un tiro.

—Entonces no fue Angie.

—No.

—Le retiraron el permiso de armas. Cardell tiene dificultades con algunos políticos. Angie solo lleva cuchillo estos días.

Conlon se volvió.

—¿Hasta que le concedan el permiso?

—Así es —respondió rápidamente Lil.

—¡Vaya!

—Eso prueba que está equivocado. Angie no pudo matarlo.

—No está mal la coartada —respondió Conlon—. Solo que según mi opinión lo mataron con su propio revólver.

—¿Llevaba uno?

—Y Cardell lo sabía. Helen se lo dijo.

Lil guardó silencio.

—Cardell organizó bien el trabajo. Pero necesitaba que alguien sacase a Helen de la habitación, y tú fuiste la elegida.

—Conlon, por amor de...

Lil vio la mirada indiferente de Conlon y las palabras murieron en su garganta.

—No creo nada de cuanto digas. Angie lleva un revólver con o sin permiso, y un cuchillo también. Siempre lo hizo. Es tan bueno con lo uno como con lo otro. Realmente, es un angelito.

—¡Entonces, crea lo que le dé la gana!

—Eso está mejor —respondió Conlon, que, de repente, caminó hacia ella, asustándola más—. Voy a darte una oportunidad. Te dejaré sola. Pero si dices una sola palabra a Cardell o a la policía, si les dices que estuve aquí, o que me intereso en este asunto...

Lil lo interrumpió:

—No diré nada. Se lo juro.

—¿De veras?

—Conlon...

—¡Cállate! Recuerda lo que te digo. La policía vendrá, pero tú no sabes nada. En cuanto a Cardell, lo mismo.

Los ojos grises de Conlon brillaron acerbamente.

—Desobedece —añadió—, y me cuidaré de ti como nadie lo hizo antes.

El rostro de Lil se convirtió en espejo del terror.

VIII

Cerca ya de su casa, notó en su bolsillo el disco de plástico. Aparcó el coche junto a la acera y se quedó pensativo, con el motor en marcha.

Acercó el disco a las luces del tablero y leyó en voz baja el nombre: «Hotel Baxter, Nueva York. Habitación 309».

—Tendré que echar un vistazo. Luego no me será fácil.

Durante unos segundos observó el cielo. La lluvia remitía y por el este el firmamento empezaba a clarear. Puso en marcha su automóvil y se dirigió de nuevo a la ciudad.

Mientras conducía pensó en Lil y se preguntó cuánto tiempo tardaría en decir a Cardell lo sucedido. De sus labios escapó un suspiro mientras sus ojos taladraban la oscuridad.

«Tienes que arriesgarte, Conlon —se dijo—. Has de ser decidido y esperar lo mejor. Quizá no vaya. Quizá el temor agarrote su lengua y mantenga cerrada la boca. Quizá...

»Sin embargo, más pronto o más tarde Cardell y Scofield sabrán que me intereso. Esperemos que sea más tarde. No hay otra solución... ¡que se vayan al infierno!».

No obstante, la idea siguió fastidiándole hasta aparcar el coche delante de un hotel y entrar en una cabina telefónica.

La voz de Sarah puso una sonrisa en sus labios.

—¡Conlon!

—Hola, Sarah.

—Te aguardo.

—Lo sé, chiquilla. Todo va bien. No te preocupes.

—¿Estás seguro?

—Desde luego.

Conlon miraba la calle mientras hablaba. El cielo era ya gris oscuro. La mañana había desplazado a la lluvia. Pronto la ciudad estaría llena de tráfico y gente presurosa hacia su trabajo. Muy pronto se vería engullido por la vorágine de la vida, con su colorido y mareante ajeteo. Sería como si resucitase la ciudad. Sería, en fin, otro día.

Mientras, en la habitación de un hotel un hombre yacía muerto con un agujero de bala en el pecho desnudo.

—¿Cuándo volverás a casa? —pregunto Sarah.

—Dentro de una hora.

—¿Dónde estás?

—En la ciudad.

—¿En la ciudad?

—Tengo que hacer una comprobación, Sarah. Volveré pronto, no sufras. Tómallo

con calma, chiquilla.

Siguió una pausa, y Conlon se la imaginó en pie junto al teléfono con su rostro pequeño y delicado trastornado por la preocupación. La luz del alba acentuaría el gris plata de su pelo oscuro y suave.

Deseó rodearla con su fuerte brazo y borrarle la huella del tiempo y la preocupación. De pronto le oyó decir:

—Lo tomare con calma, Conlon. No te preocupes por mí. Haz lo que sea y regresa pronto.

—Gracias, chiquilla.

—Adiós, Conlon.

—Adiós, Sarah.

Junto a su vehículo halló a un policía. Conlon entrecerró los ojos como si intentara penetrar la causa.

—¿Estoy mal situado? —preguntó.

—¿A usted que le parece?

—Por eso lo pregunto.

El policía miró el pacífico rostro de Conlon y respondió ceñudo:

—¿Acaso ignora usted que está en zona reservada a carga y descarga?

—¡Oh! —exclamó Conlon.

De repente le invadió el deseo de echar atrás la cabeza y reírse. Pero se reprimió y aguardó callado. Sabía que el agente iba a proceder según la regla. Conocía muy bien la rutina: pedir la licencia, pinchar los nervios del infractor al revisar cachazudamente el permiso, decirle unas palabras de reprimenda, devolverle el documento y dejarlo marchar.

Pero se engañó.

—¡Vamos, lárguese antes de que lo multe!

—Lo siento mucho, agente; gracias.

—Eso es lo malo. Primero lo hacen mal y luego lo sienten.

Conlon observó como el policía se alejaba, pensando en los muchos años que él mismo había hecho aquella ronda.

Sus ojos miraban tristes la figura azul, que desapareció al doblar una esquina.

«Espero que no acabes del modo que yo», pensó desmayadamente.

Volvió a poner en marcha el coche y se incorporó al creciente tráfico. Condujo sin vacilaciones, deteniéndose a menudo ante los semáforos. Finalmente, giró a la derecha en la calle Cuarenta y Dos, para dirigirse a la Gran Central Station. Volvió a girar a la izquierda, y dejó el coche en una zona de aparcamiento, caminando hacia el hotel Baxter. Pero se detuvo a pensar un momento. Luego dirigió sus pasos a una farmacia y entró en una cabina telefónica. Marcó el número del hotel Caliph. Mientras aguardaba se situó de espaldas al establecimiento para así impedir que nadie viera sus manipulaciones.

Una voz soñolienta contestó al otro extremo del hilo. Conlon se puso el pañuelo

en la boca y dijo:

—¿Tommy? ¿Tommy Rogers?

—Yo mismo.

—Aquí Cardell.

La voz soñolienta del empleado nocturno se volvió respetuosa y vivaz.

—Diga, señor Cardell.

—¿Cómo van las cosas?

—Bien, señor.

—Eso me gusta.

—Fue una gran noche. El hotel está lleno.

—Cosas del martes de Carnaval.

—Así es. Hay mucha actividad.

—Bien, bien.

—¿Puedo hacer algo por usted, señor?

—Sí.

—Dígalo.

—¿Sigue Helen Matthews en la habitación ochocientos catorce?

—Anoche estaba. Pero ignoro si continúa en ella.

—¿No lo sabe?

—Pudo regresar a su casa. ¿Quiere que lo compruebe? Será un instante.

—No.

—Lo sabré en seguida.

La voz de Conlon se volvió brusca.

—¡Dije no!

—Como usted diga, señor Cardell. No quise enfadarle. Solo intentaba serle útil.

—Cuando lo necesite lo hará.

El empleado se humilló.

—Lo sé, señor Cardell. Lo sé. Lo dije sin ninguna intención. Excúseme.

—No entren en esa habitación.

—Cumpliré su orden, señor.

—Dígale a Frank cuando le releve, que se abstengan de entrar. No quiero que nadie la moleste.

—Se lo diré, señor.

—Y otra cosa.

—Diga.

—Si alguien le pregunta, mantenga la boca cerrada.

—Sí, señor.

—Quienquiera que sea.

—Descuide, señor Cardell.

—No lo olvide —y acentuó su amenaza—: O pasará a hacerle una visita cualquier noche.

El empleado no respondió. Conlon se imaginó la palidez del empleado.

—Diga lo mismo a Frank.

—Se lo diré.

—Adiós.

—Adiós, señor Car...

Conlon colgó el receptor, cortando así la temblorosa voz. Salió de la cabina y se encaminó a la acera. Desde allí observó el letrero del hotel Baxter. Al otro lado estaba el inmenso edificio de la estación. La gente madrugadora empezaba a salir a la calle. La ciudad se despertaba aprisa.

Conlon cruzó la entrada y se halló en el vestíbulo. Miró a su alrededor, atento a las personas sentadas o en movimiento. Luego se fijó en los ascensores. Mientras cruzaba el enorme vestíbulo, dio gracias a Albert Marsh por haberse alojado en un hotel tan concurrido. Esto facilitaba sus desplazamientos. En semejante hora, en un hotel más pequeño, hubiera sido tan visible como un pulgar vendado.

Sin prisas entró en uno de los ascensores.

—Tercer piso, por favor —dijo.

—Sí, señor.

—Se presenta otro día frío.

—Eso parece. El verano toca a su fin.

—De hecho hemos tenido demasiado tiempo caluroso. Un poco de fresco nos sentará bien.

—Tiene razón, señor.

—Nueva York es un lugar duro en verano. Por eso odio venir en esta época del año. En mi tierra se respira mejor.

—¿De dónde es usted, señor?

—Del norte.

—Entonces le gustará volver a casa, ¿verdad?

El muchacho le sonrió al abrir la puerta. Conlon le saludó con una inclinación de cabeza y salió. Las puertas del ascensor se cerraron.

Observaba el largo corredor cuando se abrió una puerta, dando paso a una pareja que se dirigieron hacia él. Conlon miró el número de la habitación más cercana, el 326.

La habitación de Marsh estaría hacia el final. Caminó hacia la pareja, sin precipitarse.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días —contestaron.

La pareja siguió su camino hacia los ascensores, y Conlon no se detuvo hasta llegar a la habitación 309. Rápidamente puso la llave en la cerradura, abrió la puerta y penetró en la estancia, que cerró.

La habitación era mucho mayor y mejor amueblada que la del hotel Caliph. Una maleta se hallaba abierta sobre el banco de equipaje, que era de aluminio. La luz de la

mañana a través de las dos ventanas hacía brillar las patas del banco. Rápidamente corrió las cortinas. Luego dio un vistazo al cuarto de baño.

El cubrecama, de color beige, estaba pulcramente colocado sobre el lecho. Nadie había dormido allí aquella noche. Conlon recordó el cuerpo tendido sobre un blanco lecho en otra habitación del hotel.

«Si te hubieras quedado en la cama que te pertenecía, Albert Marsh, estarías en pie aquí ahora, y no yo».

Entonces sacó del bolsillo de su americana un par de guantes que llevaba consigo. Eran los blancos guantes de policía que usara tantas veces. Se los había traído consigo como medida de precaución por si le eran necesarios.

Abrió la puerta del armario y examinó la ropa alojada en su interior. Dos trajes, un abrigo, un sombrero de verano, y tres pares de zapatos. Indiscutiblemente Marsh fue un hombre ordenado. Los trajes colgaban de sus perchas, y los zapatos aparecían simétricamente dispuestos.

Conlon se acordó de nombres como Barton, Cranston y Lewis mientras registraba. Estos aparecieron de nuevo en los trajes, y otros lentes guardados en el bolsillo interior de una de las chaquetas.

John Barton, Waterbury; para las gafas.

Cranston, Waterbury; para los trajes, corbatas, camisas y sombreros.

Harold Lewis, Hunt; para los zapatos.

Conlon supuso que Albert Marsh debió de ir siempre a los mismos establecimientos, durante muchos años. Parecía ser hombre de hábitos inalterables. Tal vez un sujeto pacífico y ordenado que llevaba una vida tranquila y metódica.

Pero estos individuos son los que silenciosamente acaban de cuando en cuando en el dormitorio de mujeres como Helen Matthews, durante su estancia en otra ciudad. De regreso a casa, vuelven a la vida quieta y ordenada.

Semejantes reflexiones hicieron que Conlon perdiera algún tiempo. Finalmente, registró de nuevo los trajes. No encontró nada. Cerró la puerta del armario y se encaminó al tocador. La parte superior estaba libre. Abrió los cajones y los registró. Cuando hubo acabado, volvió a colocarlo todo en su lugar, cerró el último cajón y se quedó pensativo.

Nada, excepto el nombre de Cranston en las camisas y ropa interior.

Conlon inspeccionó la maleta, incluso sus bolsillos laterales. Halló algunas tarjetas a nombre de Marsh, un billete de tren para Hunt, Connecticut, y un papel plegado.

Volvió a dejar las tarjetas y el billete, y abrió el papel que resultó ser una carta.

Albert:

Solo recordarte que no olvides recoger los dos suéters para Elizabeth y para mí. Los venden en los almacenes Arnold Constable, y temo que se agoten. Procura acordarte y cómpralo en cuanto puedas. Que tengas un viaje de negocios con éxito.

Con amor,

En el membrete podía leerse el nombre de Stella Marsh, grabado en suaves letras azules.

«Yo diría que has estado muy ocupado últimamente para hacer el pequeño favor a tu esposa y Elizabeth —pensó Conlon—. O quizá lo demoraste hasta hoy».

«Pero hoy es demasiado tarde».

Conlon puso la nota donde la encontrara, se enderezó, y, tras mirar a su alrededor, cogió el teléfono.

—Conserjería, por favor.

Acto seguido le respondió una voz de hombre.

Conlon dijo:

—Aquí Albert Marsh, habitación 309.

—Diga, señor Marsh.

—¿Hubieron llamadas telefónicas o mensajes para mí anoche?

—Un momento, señor Marsh; lo comprobaré.

—Gracias.

Mientras aguardaba, estudió de nuevo la habitación. Pero nada quedaba en ella de interés para él.

—¿Señor Marsh?

—Dígame.

—Hay un recado del señor George Lentz.

—¿Maiden Lane?

—Sí, señor. Hace referencia a una entrevista que tenía concertada con usted para hoy a las once. Dice que no podrá ser hasta las doce. Encarece que usted le llame esta mañana.

—Lo haré.

—Telefoné la señora Marsh.

—¡Oh!

—Llamó desde Hunt, Connecticut. Primero lo hizo a las once, y luego a medianoche.

—¿Las dos llamadas desde Hunt?

—Sí, señor.

—¿Algo más?

—No; eso es todo, señor.

—Gracias. Adiós.

—Adiós, señor Marsh.

Conlon puso de nuevo el receptor en su cuna y dio un último vistazo para asegurarse de que todo quedaba en orden.

—Hasta la vista, señor Marsh —dijo quedamente.

Cerró la puerta con llave. Frotó el pomo con sus guantes, se los guardó y se

encaminó al ascensor.

En la calle tiró la llave con su disco de plástico en la primera boca de alcantarilla que encontró.

Segundos después conducía su vehículo hacia casa, deseoso de reunirse con Sarah.

IX

Tendido en el sofá de la sala de estar, soñaba profundamente cuando despertó sobresaltado. Sarah lo contemplaba en pie, junto a él.

—¿Qué ocurre? —preguntó, adormilado.

—Son las diez.

—¿Y qué?

—Son las diez de la mañana; la hora que tú dijiste.

—¡Oh!

Lentamente se incorporó para frotarse los ojos. Luego bostezó cansado.

—¿Cuánto he dormido?

—Una hora.

Se puso en pie y se despezó. El cansancio no le abandonaba. Miró con triste sonrisa de preocupación a su esposa.

—Me hago viejo, Sarah. Han pasado los años en que el reloj no marcaba límite a mi resistencia —suspiró—. Ha pasado el tiempo.

—Aún le puedes al reloj, Conlon.

—¿Tú crees?

—Sí, te creo capaz.

Y de nuevo el deje irlandés de su voz suave y melodiosa lo animó. ¿Hasta cuándo le haría sentir tan grata sensación? Sacudió la cabeza y le acarició el pelo.

—Hay magia en ti, Sarah. Una magia salvaje, chiquilla.

—¿La hay ahora?

—Ahí está.

La besó y se fueron a la cocina. La mesa estaba dispuesta con su desayuno. Se sonrió al sentarse. Sarah lo hizo frente a él, con los codos sobre la mesa.

—¿Cómo va la cosa? —preguntó ella.

—Bien, Sarah, hasta ahora.

—¿Cómo crees que irá?

—Lo mismo.

—¿De veras, Conlon?

—Por supuesto que sí.

Guardaron silencio. Conlon se dijo: «He tenido suerte hasta ahora. ¿Cuánto durará mi buena estrella?». ».

—Tuve puesta la radio mientras dormías.

—¿Nada?

—Ni una sola palabra.

—Eso imaginé. Lo arreglé de modo que nadie irá a aquella habitación durante un rato.

—¿Cómo?

—Hice una llama telefónica. Ahora tú repetirás la llamada, solo para estar seguros.

Sarah esperó atenta, mientras él masticaba pensativo.

—Ve a la salita y llama al hotel Caliph. Pregunta cuáles son sus tarifas. Diles que estás interesada en una habitación.

—¿Para qué, Conlon?

Él se sonrió.

—No es preciso que sepas el porqué. Hazlo sencillamente. Procura enterarte si hay preocupación al otro extremo del hilo.

Sarah le interrumpió.

—Empiezo a entender el porqué.

—Siempre fuiste una chica lista, Sarah. Lástima que no fueras a la escuela superior.

—Entonces no me hubiera casado con un policía.

—Tienes razón.

Al pasar junto a su esposo le alborotó el pelo gris.

—No lo hice tan mal —dijo ella.

—No lo hiciste tan bien.

Sarah se detuvo en el umbral y la mirada de sus ojos hizo que la sonrisa de Conlon se desvaneciera.

—Nunca más digas eso, Conlon.

Él siguió sentado, pero ya no comió más. El recuerdo de su regreso a casa desde la oficina del comisionado, le quitó el apetito. Fue entonces cuando Sarah le vio por vez primera vencido y sin esperanza. Y fue ella quien gritó amargamente: «¡Bastardos, bastardos!».

Nunca le había escuchado palabras semejantes. Conlon miraba ceñudo delante de él, y no advirtió que su esposa acababa de entrar en la cocina.

—Se mostró suave como la seda —dijo ella.

Conlon se volvió, con el rostro endurecido.

—¿Hablaste con el conserje?

—Sí.

—¿Nada anormal allí?

Su voz era cortante. Sarah notó el cambio, pero no hizo referencia alguna a su estado de ánimo.

—Nada. Incluso bromeó conmigo por teléfono.

—Vaya, vaya.

La luz del día, a través de la ventana, enmarcaba sus figuras. Conlon se levantó de la mesa.

—Vamos, Sarah. Nos marchamos.

Ella lo miró.

—¿Nosotros?

—Sí. Vas a ayudarme.

—Muy bien, Conlon.

—Vamos.

—Espera un instante mientras me doy unos toques. No puedo ir de esta forma.

—Estás muy linda —gruñó Conlon.

—Espera un momento. Refrena tus ímpetus.

—Conforme. Te espero en el coche.

—Salgo en seguida.

—Estás muy linda —gruñó de nuevo, y se encaminó hacia el garaje.

Mientras la aguardaba, trató de recordar los emplazamientos de los diversos servicios en el aeródromo Kennedy. Eligió la parte de más animación a aquella hora de la mañana. Con los ojos de la mente vio las carretillas eléctricas para el traslado del equipaje, las cabinas telefónicas y las distintas entradas de edificio que había seleccionado.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó Sarah.

—El mismo que antes.

—Reaccionas como un hombre cualquiera.

Conlon se sonrió.

—Tan linda como el día en que te conocí.

Sin que le abandonara la sonrisa, condujo el coche a la autopista. Poco después, su rostro sereno reflejaba gran actividad mental. Ninguno de los dos habló. El aeropuerto se hallaba a veinte minutos de coche. Pronto, pues, vieron sus edificios extendidos delante de ellos. Unos cuantos aviones brillaban en el cielo.

Conlon detuvo el coche en el borde de la carretera. Señaló el aeropuerto.

—Allí es donde vamos, Sarah.

—¿Sí?

—Cuando lleguemos pondré el coche en la zona de aparcamiento, y esperaré cinco minutos.

Sarah escuchó atenta, con sus ojos oscuros llenos de su esposo. Este le sonrió.

—Relájate.

—Lo estoy.

—Estás más grave que el infierno.

—¿Cuál crees que es tu aspecto?

Conlon no respondió. Sus ojos permanecían fijos en la pista de asfalto, que se extendía ante ellos bajo un cielo cargado de nubes gris plomo. Lentamente se volvió a mirarla.

—Quizá hago mal en mezclarte en esto.

—Pero yo quiero ayudarte.

Nuevo silencio, que rompió ella.

—Me hallo implicada desde el momento en que Helen entró en casa. ¿Olvidas eso?

—Lo sé —respondió Conlon.

Su mano se cerró, y lentamente la abrió de nuevo. Suspiró, y sus ojos grises brillaron decididos.

—Conforme. Mientras yo me quedo en el coche, tú irás al edificio de la TWA. Sarah asintió.

—Al entrar, giras a la izquierda, caminas unos cincuenta pies y encontrarás una fila de cabinas telefónicas, que, de seguro, estarán ocupadas.

—Ya estoy ante las cabinas telefónicas.

—Entras en una de ellas. Asegúrate de cerrar bien la puerta. Pon tu bolso a la altura del auricular —cogió el bolso y le mostró el modo de hacerlo—. Lo aguantas así; te cubrirá la cara y amortiguará el sonido exterior.

—Conforme.

Conlon dejó el bolso en el asiento, y su mano acarició tiernamente la de su esposa.

—Entonces telefoneas a la central de policía.

—¿A la policía?

—Diles que llamas desde la habitación 816 del hotel Caliph. Y que según crees ocurre algo anormal en la habitación aneja a la tuya.

—Habitación 816 —repitió Sarah.

—Eso es. Habla con calma, y cuelga sin dar más explicaciones.

—¿Y luego?

—Luego sales de la cabina del mismo modo que entraste en ella: con naturalidad. Simplemente como si hubieses telefonado al tendero. Camina en línea recta unos cien pies. Llegarás al lavabo de señoras. Entra y permanece allí tres o cuatro minutos. Cuando salgas estaré esperándote.

—¿Y entonces?

—Entonces aguardaremos el movimiento de ellos.

—¿Como en el juego de ajedrez?

—Eso es, Sarah, un juego de ajedrez. Solo que las figuras serán movidas a distancia.

—Lo imagino.

Se miraron en silencio, y Conlon puso en marcha el motor. Su zumbido, bajo y amenazador, llenó el coche. Miró una vez más a su esposa y encaminó el vehículo en dirección al aeropuerto.

Pero Conlon pensaba en las palabras que ella había dicho: «Como en el juego de ajedrez». Esto le recordó las incontables veces que había estado en el parque de la avenida Surf, mientras el sol de la primavera se filtraba entre las ramas de los árboles para posarse en las cabezas de los jugadores de ajedrez. Él no jugaba. Sin embargo, después de tantos años de contemplarlo, llegó a comprender su técnica y a gozar sus mil variantes. Eso hizo que profesase un particular afecto a los jugadores de ajedrez.

Aquellos hombres eran pacíficos y honrados ciudadanos que llevaban una vida

honesto y sencilla. Entre ellos había cálida amistad y raras veces alzaban la voz para expresar disgusto contra uno de ellos. Nunca demostraban alegría al ver batido a su oponente, más bien simpatía y comprensión.

Y lo que más le gustaba era el modo como ellos le hacían participar indirectamente en el juego. Él solo era un corpulento policía con botones de latón que brillaban al sol. Sin embargo, aunque mudamente, le hacían saber que lo querían allí. Y eso le gustaba. Quizá era este el motivo que más le hacía desear la llegada de la próxima temporada, y el momento de encaminarse al parque para consumir con placidez las horas de ronda.

Después de su desgracia, jamás volvió al parque.

Ningún jugador vino a su casa; pero tampoco lo había esperado. Pese a ello, muchas veces deseó volver allí y estarse silencioso contemplando el juego. Sentirse de nuevo parte integrante del grupo, como ellos habían considerado a él, si bien nunca se visitaron en sus respectivos hogares. Pero eso no importaba.

—Hemos llegado, Conlon —dijo Sarah.

—Sí —respondió, distraído.

Conlon estacionó el coche y paró el motor.

—Está muy concurrido —dijo más animado.

—Sí lo está.

—Tómalo con calma.

—No te preocupes, Conlon.

Este la contempló mientras ella buscaba paso entre los coches. El sol iluminaba su pequeña figura. Conlon pensó entonces en Cardell y en Scofield. Empezaba el juego de ajedrez y pronto se realizarían los primeros movimientos.

Sus manos se convirtieron en enormes puños.

X

Sarah salió del lavabo de señoras y buscó a su esposo. Al no verlo su rostro reflejó temor y sobresalto. Pero la localización le produjo alegría y el cambio de su expresión casi le engañó a él.

Sin embargo, Conlon captó su temor, que vino a filtrarse en su propio ser. Esto le hizo maldecirse por haberla traído. Nunca debió complicarla en un caso tan peligroso.

—Hecho, Conlon.

Sarah se sonrió, al mirarle placentera. Conlon puso una mano sobre las de ella, y las sintió frías.

—Vámonos —dijo suavemente.

Se la llevó del atestado vestíbulo. Fuera, el frío les pareció reconfortante.

—Regresemos al coche, Sarah.

—Vamos.

Atravesaron la zona de tráfico, cruzaron el paseo y llegaron al aparcamiento. Allí, Conlon preguntó:

—¿Cómo te fue?

—Bien.

—¿Hiciste cuanto te indiqué?

—Todo.

Sobre ellos un avión descendía en busca de la pista de aterrizaje. Se detuvieron a verlo posarse graciosamente como un enorme pájaro plateado. Su rugido atronó el área donde se hallaban. Pronto desapareció de la vista de ellos y su rugido se desvaneció.

—¿Nombraste el hotel Caliph?

—Tan claro como una campana.

—¿No hubo error?

—Ninguno. Van hacia allí ahora.

—¿Te preguntaron cómo te llamas?

—Colgué.

—Bien hecho, niña.

—¿Por qué regresamos al coche?

—Para que recuperes energías.

Ella se rio suavemente.

—¿Lo necesito?

—¡Vamos! —gruñó Conlon—. No perdamos tiempo.

—No me asusté. ¿Qué hay en ello para asustarse? Solo se trataba de coger un teléfono y marcar un número.

Conlon observó sus ojos alegres y los labios sonrientes y se preguntó si en verdad había visto en ella una mirada de temor. Aquel temor en sus ojos oscuros mientras le

buscaba en el vestíbulo.

—Careció de importancia —le sonrió—. Tienes razón: solo fue una llamada telefónica.

Abrió la portezuela del coche y la ayudó a entrar. Luego abrió el portaequipajes y le mostró la maleta que guardaba allí.

—¿La reconoces?

—Es mía.

¿Cómo no había de reconocerla? La compró ella misma cinco años atrás, para su planeado viaje a St. Petersburg. Desde entonces había permanecido guardada en el armario, sin que fuera usada.

—Ahora es de Helen.

—¿De Helen?

—Sí.

—No lo comprendo.

—Pronto lo comprenderás. Muy pronto.

—Esperaré pues.

Conlon puso la valija sobre el asiento posterior y entró en el coche. Se sacó la pipa, la llenó lentamente, mantuvo una cerilla junto a la vieja cazoleta, y aspiró suavemente. Solo cuando la llama lamió sus dedos tiró el fósforo. Luego contempló el apagado palillo y fumó en silencio.

Sarah permanecía callada a su lado.

«Ocurre lo mismo que con esa cerilla —pensó Conlon—. Uno la aguanta hasta casi quemarse. El acierto está en saber cuándo debe soltarse. Pero a veces uno calcula mal y se quema y tiene que sufrir el dolor que produce. Sin embargo, ¿es justo arriesgar a quienes amamos? ¿Por ejemplo, a Sarah? ¿Incluso a criaturas como Helen?».

Estas divagaciones trajeron a su mente la figurilla de Helen sola en su oscura noche de terror, si bien concluida ya. Pero a la noche había sucedido el día no menos terrorífico. De pronto, en la pantalla de su imaginación apareció su rostro blanco, mirándole fijamente, con el desamparo y súplica de un animalito acorralado. Y él desatendió la patética y silenciosa llamada y se fue escaleras abajo en busca de la lluvia que golpeó su rostro.

—¿Te sientes recuperada? —preguntó.

—¿Del cansancio? —inquirió burlona Sarah.

—Sí.

—Me encuentro perfectamente, Conlon.

—¿No me engañas?

—Digo la verdad.

—Eso es bueno.

Conlon dejó de mirar los bellos ojos de Sarah. En su pecho se había formado un nudo de dolor. «Cuando los seres amados sufren, la vida se vuelve dura —pensó

amargamente—. En realidad, la expulsión del cuerpo no me hubiera afectado tanto de no ser por ella. Yo sabía que no tardaría mucho en rehacer mi vida. Pero nunca podré olvidar el daño que hicieron a Sarah».

Consultó su reloj y, lentamente, sacudió la pipa.

—Bien, chiquilla. Ellos han entrado ya en juego. Ahora nos toca a nosotros mover otro peón.

—¿Cuál, Conlon?

Él señaló el edificio del aeropuerto.

—Otra vez allí.

—¡Oh! —exclamó suavemente Sarah.

—¿Estás dispuesta?

—Sí.

—Vamos —alcanzó la maleta—. Sal del coche y sígueme, Sarah.

—¿Al mismo sitio?

Conlon denegó con la cabeza, y se quedó en pie aguardándola.

—Ahora será el vestíbulo de las líneas aéreas Capitol. Van a Florida. Sale un avión dentro de veinte minutos.

—¿Para Florida?

—St. Petersburg.

—Conlon, ¿no querrás que nos vayamos a St. Petersburg de esta forma?

La cogió del brazo y se sonrió.

—No, chiquilla. No nos vamos a St. Petersburg. Es Helen la que se va.

Sarah se detuvo y lo miró. Pero Conlon la hizo seguir.

—Eso es lo que intento hacerle creer a Scofield.

—Empiezo a comprender.

—Aún no lo comprendes.

—Sí.

Pronto se hallaron en el vestíbulo, y se mezclaron entre la multitud de viajeros presurosos. Conlon señaló una hilera de armarios de equipajes adosados a la pared.

—Coge la maleta, Sarah, y ponla en uno de esos armarios.

—¿En cualquiera?

—En cualquiera, chiquilla. Eso no importa. Luego ciérralo con la llave y guárdatela; me la entregarás después.

—¿Dónde estarás?

—Aquí mismo. Actúa con naturalidad.

—Bien.

Conlon vio como su pequeña figura se perdía entre la gente. Luego observó el movimiento a su alrededor. Todos se hallaban ocupados en sus propios asuntos. Se fijó en la multitud de rostros preocupados, y escuchó los anuncios que se sucedían con inusitada rapidez a través del sistema de altavoces.

En los aeródromos los viajeros se hallan pendientes del avión que ha de

transportarles y de los parientes que vinieron a despedirles. Quizá por eso no advierten nada de cuanto sucede alrededor de ellos. Puede asegurarse que hay una psicosis colectiva: el avión.

Y semejante lugar es un paraíso para los rateros. Allí actúan sin que nadie sea capaz de identificarlos. ¿Nadie?

De repente, Conlon se irguió. Sus ojos se sobresaltaron. Sin detenerse a pensarlo se abrió paso entre la gente hasta llegar junto a Sarah, que se alejaba de uno de los departamentos de equipaje.

—¡Sarah!

Su palidez la sobresaltó.

—¿Qué va mal, Conlon?

Este alargó la mano.

—¡Dame la llave, rápido!

Sarah casi la dejó escapar de entre sus dedos, pero él logró cogerla y se la guardó en un bolsillo.

—¿La depositaste?

—Sí.

—Vamos.

La cogió del brazo y la condujo precipitadamente a través de la multitud. Sus piernas se movían a grandes zancadas y Sarah tuvo que avivar su paso. Conlon no aminoró su marcha hasta que alcanzó un vestíbulo algo distanciado. Allí se detuvo y miró atrás. Sarah, con la mano fuertemente cogida a su brazo, jadeaba. Conlon se volvió a mirarla.

—¿Te acuerdas de Davies? —preguntó Conlon.

Sarah asintió con la cabeza, falta de aliento para hablar.

—Fui un estúpido al no recordarlo. ¡Maldito pequeño olvido mío! Siempre trabaja en el aeropuerto y en las estaciones de ferrocarril.

Pensativo, miró por encima de las cabezas que se movían presurosas.

—¿Te vio, Conlon?

—Me parece que sí.

—¿Trató de acercarse a ti?

Conlon denegó con la cabeza, y sus ojos reflejaron amargura.

—Dejó de hablarme hace unos años.

Davies inició su vida delictiva como simple ratero. Conlon lo había ayudado en infinidad de ocasiones con ánimo de darle «una» oportunidad, como había hecho con otros bribones jóvenes.

—Dejó de hablarme —repitió, si bien en respuesta a sus propios pensamiento—. ¡Al infierno con él! Ya sé que me ha visto, pero seguiremos lo mismo.

Cogió a Sarah del brazo y se la llevó hacia una hilera de cabinas telefónicas. El débil sol penetró por una ventana y caía sobre las puertas de cristal. Conlon abrió una de ellas.

—Entra. Nos queda poco tiempo.

Sarah se introdujo en la cabina y Conlon se quedó fuera, cubriéndola con su cuerpo.

—¡Rápido! —dijo.

—La moneda —pidió Sarah.

Buscó en sus bolsillos y sacó un puñado de ellas. Introdujo una en la ranura.

—¿Qué número?

—¡Maldita sea! ¿Cuál es el número? Seis, siete, uno... ¡maldita sea! No, ese no. Marca siete, uno, cinco, dos. Sí, ese es.

Sarah empezó a marcar, pero de repente se detuvo.

—Conlon, ¿qué digo?

—¿Decir?

La miró perplejo.

—Sí, hombre. ¿Qué digo cuando me respondan?

—¡Maldita sea! Creí que ya te lo había dicho. Me he puesto nervioso.

—Tranquilízate, Conlon.

Él la miró y empezó a sonreírse.

—Tienes razón. Así ganaremos tiempo. Mira, chiquilla, la policía estará controlando todas las llamadas. Quiero que «suenes» como Helen.

—¿Helen?

Conlon asintió, y antes de que ella continuase, dijo:

—No advertirán la diferencia. Tú procura hablar en voz alta y excitada.

—Lo intentaré.

—Lo conseguirás. Di que te pongan con la conserjería, con Frank, el empleado diurno.

—Frank —repitió Sarah.

—Dile que has intentado localizar a Cardell, que no lo has conseguido y que estás asustada. Que solo fue un accidente. Que no tuviste intención de hacerlo. «Por favor, díselo a Cardell. Por favor, Frank, díselo». No des oportunidad a que Frank hable. Hazlo tú sola y dile también que te alejas de la ciudad. Luego cuelgas.

Sarah le miró aturdida.

—Conlon...

—Puedes hacerlo.

—No lo sé. No sé si podré.

Conlon asintió firmemente.

—Lo harás. Mantén el bolso junto al auricular, como lo hiciste la otra vez. Antes de colgar, aparta el bolso, y abre la puerta.

—¿Para qué?

—Así oirán los sonidos del aeropuerto. Seguro que captarán uno de los anuncios de vuelo. Es muy importante, Sarah. No olvides hacerlo.

Sarah lo miró un momento y luego cerró la puerta. Conlon se volvió de espaldas y

simulando estar distraído apoyó su espalda en el cristal, impidiendo así que la vieran desde el exterior.

Mientras Sarah hacía la llamada, sus ojos incansables estudiaban todo rostro que pasaba, atento a descubrir una figura de pelo castaño. Pero no vio a Davies.

Su mayor obsesión era el tiempo. De haber podido precipitarlo, no hubiera dudado en hacerlo. Finalmente miró al interior de la cabina. Sarah se levantaba del asiento, con la mano extendida en busca del pomo de la puerta. Conlon se apartó a un lado. La otra mano de Sarah aguantaba el receptor y gotas de sudor moteaban su frente. Miró ansiosa a su esposo. Este denegó con la cabeza y la obligó a esperar. De pronto anunciaron un vuelo a punto de partir y Conlon asintió. Sarah colgó el receptor.

—¡Gracias a Dios! —susurró ella.

Conlon le ayudó a salir de la cabina.

—Vamos, chiquilla.

—Mis rodillas son débiles y temblonas, Conlon —intentó sonreírse.

Él la acarició tiernamente y la condujo fuera del edificio.

—¿Salió bien?

—Eso creo.

Conlon se sonrió. La brisa separó un mechón de pelo de la frente de Sarah. El color volvía a sus mejillas y la delicada piel empezaba a sonrosarse.

—Llevas un vestido muy lindo, Sarah.

—Es viejo, Conlon.

—Pero muy lindo.

XI

Conlon SE hallaba sentado en el porche, fumando tranquilamente su pipa, cuando un coche se detuvo frente a su casa. Sus ojos siguieron mirando más allá, al sol de la tarde. El día se había vuelto suave y agradable. Lejos, podía ver las centelleantes aguas de la bahía.

Oyó pisadas en las escaleras de madera y no volvió la cabeza. Sin embargo, sus ojos delataron que se hallaba alerta: se habían endurecido.

—¿Conlon?

—¿Y bien?

—¿Le importa que entre?

—Abra la puerta.

—Gracias.

Se abrió la puerta de la verja y entonces miró a Scofield. Detrás de él, Conlon sintió a Sarah que, silenciosa, había llegado desde el portal de la casa.

—¿Qué desea, Scofield?

—Pasaba por aquí y decidí visitarlo.

Conlon estudió lentamente la figura de Scofield: cuerpo alto y bien proporcionado, metido en un traje de estambre azul que le caía como un guante. Tenía naturalidad, y también arrogancia.

—Es un placer, Scofield. Un verdadero placer.

Conlon se fijó en los rasgos finos de su rostro, en la recta y pequeña nariz y en los labios delgados de dibujo perfecto, pero sin apenas sangre. «Labios crueles», pensó. Sus ojos castaños, de mirada casual, podían transformarse en penetrantes. La frente ancha y despejada aparecía recortada por su pelo.

—Lo supuse. Por eso entré.

Tenía voz suave, culta y soberbiamente controlada. Conlon recordó cuánto había odiado aquella voz.

—¿Qué desea, teniente Scofield?

La voz de Sarah sonó aguda y fría. El teniente se giró con una sonrisa en los labios. Conlon observó su fino perfil y el infantil sonrojo de su semblante. Llevaba cinco años sin ver aquel rostro. Sin embargo, se conservaba tan joven como entonces. Scofield tendría el mismo aspecto a los cincuenta y cinco.

—Solo una visita amistosa, señora Conlon.

—¿Desde cuándo es usted amigo nuestro?

Conlon se volvió a ella.

—Calma, Sarah. Deja que se explique, y luego se marchará.

—Eso está mejor —terció Scofield.

Sarah lo miró furiosa, y obtuvo una sonrisa. El teniente sentóse en una de las sillas, cerca de Conlon.

—Nadie le invitó a sentarse —dijo ella.

—¡Sarah! —reprendió Conlon.

Sarah se contuvo ante la voz imperativa de su esposo, que la miró cariñosamente y añadió:

—Entra en la casa, chiquilla.

El rostro de Sarah se mantenía rígido, mientras miraba furibunda a Scofield.

—Vete —apremió Conlon.

Ella vaciló un instante y regresó a la casa. Conlon la siguió con los ojos hasta que hubo traspuesto el umbral, y se volvió pausadamente a Scofield.

—¿Qué le trajo por aquí?

—Vine a charlar un poco.

—Lo sé. Eso ya lo dijo.

—Quiero hacerle unas preguntas, Conlon.

—Ahora es más explícito.

—Unas preguntas y me marcharé. Usted volverá a ser feliz; estoy seguro.

—¿De veras?

Conlon sintió un extraño temblor en sus manos. La tranquila arrogancia del hombre sentado frente a él, incitaba a estrangularlo. Pero el temblor dejó de mortificarle y la calma vino a sustituirlo.

—Espero sus preguntas, Scofield.

Este encendió un cigarrillo, y luego se guardó el encendedor en un bolsillo de la americana.

—Un amigo suyo está en apuros, Conlon.

—¿Un amigo mío?

Scofield le miró a él y después a la tranquila calle sombreada de árboles. El sol de la tarde caía suave sobre las hojas, que crujían al soplo de la brisa. De la parte alta de la calle les llegaban lejanas voces de niños que jugaban.

—No tiene muchos amigos, Conlon. Debiera saber a quién me refiero.

—No tengo muchos amigos —dijo Conlon.

Este sintió que sus manos volvían a temblar. Buscó en sus bolsillos la pipa, la prendió y empezó a fumar.

—Su amigo se ha metido en un buen lío, Conlon. ¿Ha escuchado la radio?

—Tengo televisor —respondió sardónico.

—Es bueno saber que puede permitírselo.

—Puedo.

Conlon miró el umbral y vio a Sarah en pie. Sus mandíbulas se apretaron.

—¡Sarah! Déjalo en paz de una vez, ¿quieres?

—¡Échalo del porche! ¡No lo quiero aquí! ¿Lo oyes?

Los ojos de Sarah llameaban. Conlon se levantó y fue rápidamente hasta la puerta.

—Por favor, Sarah.

—¡No puedo soportarlo! ¡Que se vaya! —exigió, encolerizada—. ¡Tampoco soporto el modo como te habla!

Suavemente la forzó a entrar en la casa, donde la siguió cerrando la puerta.

—Has de comprenderlo, Sarah —explicó en voz baja y tensa—. No hagas que me pierda, Sarah. Eso es lo que él espera.

—¡Lo odio!

—Lo sé, pequeña. Pero has de mantenerte al margen de esto. Si lo provocas y te responde lo destrozaría con mis manos. ¿No lo comprendes?

Sarah desvió sus ojos llenos de lágrimas.

—Por favor, chiquilla. Sé que es duro para ti. Pero has de pensar en Helen.

Y quiso añadir: «Y en ti. Y en mí».

—Lo siento, Conlon —murmuró.

—Quédate dentro, mantén la puerta cerrada y olvídale.

—Mantendré cerrada la puerta, pero no olvidaré.

Conlon volvió con Scofield.

—¿Piensa echarme del porche? —preguntó tranquilo Scofield.

Conlon se puso a fumar su pipa, sin dignarse responder.

—¿Por qué no lo intenta, Conlon?

—Quería hacerme unas preguntas.

—Es usted corpulento. Era uno de los hombres más fuertes del cuerpo. Dave Grimes solía decírselo a todos.

—Las preguntas.

—Según él una vez levantó un barril lleno de cerveza y lo mantuvo en el aire. ¿Es cierto, Conlon?

Este miró fijamente el rostro del teniente.

—Estaba bebido cuando lo hice, Scofield. Debiera de saberlo. Yo era uno de los mayores bebedores del cuerpo.

—Eso tengo entendido.

—¡Eso testificó usted!

—Solo declaré cosas probadas.

Conlon se rio quedamente. Sus ojos grises se mantenían fijos en el rostro de Scofield.

—Es usted un gran detective, teniente. Supongo que por eso le convirtieron en perro de presa.

Conlon vio cómo se afinaban los labios de Scofield y se atirantaba su rostro, y sintióse satisfecho. El teniente Scofield no se atrevería a zaherirle, al menos no esta vez.

—Antes de que terminemos esta entrevista le demostraré lo buen detective que soy —replicó.

—Gasta demasiado tiempo, amigo. Hasta ahora no me ha demostrado nada.

El rostro infantil del teniente empezó a relajarse. Volvía a controlar su voz. Chupó

de su cigarrillo y mostró una sonrisa agradable.

—¿Tiene usted a mano un cenicero?

—No. Use el suelo.

—A su esposa podría no gustarle.

—Le gustará.

Scofield dejó caer el cigarrillo y parsimoniosamente lo empujó con el pie fuera del porche, mientras casualmente preguntaba:

—¿Conoce a Helen Matthews?

—Sí.

—¿Era amiga suya?

—Lo era y lo es.

—¿Venía aquí a menudo?

Scofield se agachó y sopló la ceniza del cigarrillo hacia el borde del porche.

—La señora Conlon no tendrá motivos de enfado.

—Gracias en nombre de ella.

Scofield se apoyó en el respaldo de su silla y miró amigablemente a Conlon. El sol daba en su pelo castaño, arrancándole reflejos cobrizos.

Conlon se dijo: «Pareces una fotografía de la revista *Life* cuando muestra un joven que triunfa en la vida. Eres un ambicioso y no te importa un comino a quien pisas, con tal de llegar a donde te has propuesto».

—No contestó a mi pregunta, Conlon.

Viene a esta casa desde hace años.

—Comprendo.

—¿En qué jaleo se ha metido?

—¿Vino recientemente?

—Conteste a mi pregunta y yo responderé a la suya.

Scofield se sonrió.

—Toma y daca. Acepto. La buscan por asesinato.

—Lo sabía, pero deseaba oírsele decir.

—¿Ah, sí?

—Tengo la impresión de que solo ha conseguido una patada en el estómago, Scofield. Y no todos los días se tiene a mano un caso de asesinato, ¿verdad?

Conlon vio con insana satisfacción cómo el rostro de Scofield se ponía rígido.

Antes de que hablara lo hizo él.

—La buscan por asesinato, y usted ya la ha acusado. Ahora solo le importa echarle el guante.

—Ella misma se ha acusado, Conlon.

—¿Sí?

—Toda la evidencia la señala.

—¿Sí?

Scofield perdió los estribos. Su rostro se volvió pálido de furia. Las delgadas

aletas de su nariz casi temblaron.

—Conlon, ¿qué sabe usted de eso? ¡Maldita sea! ¡Dígamelo de una vez y acabemos!

—¿Decirle qué?

—¡Conlon!

La voz sonó airada. Scofield casi se alzó del asiento; si bien se supo dominar y volvió a sentarse.

—Conlon.

Esta vez lo dijo con naturalidad. La mirada enojada había desaparecido de sus pupilas.

—Conlon, ¿cuándo la vio por última vez?

Este plegó sus grandes manos sobre las rodillas y fumó tranquilamente de su pipa.

—¿Que cuándo la vi por última vez? —contempló cómo el humo se caracoleaba y se perdía en el aire—. Hará unas semanas.

—¿Vino aquí?

—Sí.

—¿Para qué?

—Simple visita. Pasó unas horas con nosotros. Eso fue todo. Una visita.

Scofield permanecía tranquilo y relajado.

«Simulas muy bien, Scofield —se dijo Conlon—. No creo que pueda alterarte otra vez. Pero las cosas van a mi modo. Y eso no es lo que te imaginaste cuando subías los peldaños del porche.

»¿Qué te hizo sacar los pies de los estribos cuando te dije que habías logrado una patada en el estómago? ¿Fue eso lo que te alteró?

»Entonces te golpeé donde más te dolía. No saber encajar una patada de tus víctimas. Sobre todo si es gente como Helen Matthews, o como yo.

»Ves a una persona herida y sangrante y corres a rematarla. Creo que estoy sabiendo más de ti en estos pocos minutos que nunca supe del detective Scofield».

—¿Cuánto rato estuvo aquí?

—Se lo dije. Unas horas.

—¿Cuánto rato estuvo aquí, anoche?

Scofield formuló la pregunta sin cambio alguno en el tono tranquilo que había adoptado. Pero sus ojos vigilaban atentos el semblante de Conlon.

—No estuvo aquí anoche.

—¿Está seguro?

Conlon chupó de su pipa y no respondió. Scofield se sonrió suavemente, sacó un cigarrillo y lo prendió. Sus manos se movían con facilidad. Conlon oyó el chasquido del encendedor, y el porche quedó tranquilo otra vez. La agradable voz del teniente Scofield rompió el silencio.

—¿Dónde estuvo usted anoche, Conlon?

—Aquí.

—¿No salió de casa?

—Llovía demasiado.

—Eso es cierto. Llovió.

—¿Más preguntas?

—Muchas más.

—Siga adelante. Por este sendero no llegará a ninguna parte.

Conlon le vio sonrojarse, si bien, cuando habló, su voz no denotó emoción alguna.

—¿Dónde estuvo usted hoy?

—¿Dónde quiere que estuviera hoy?

—En el aeropuerto.

—¿Kennedy?

Scofield asintió.

—En tal caso estuve allí.

—Lo vieron, Conlon.

Este maldijo a Sam Davies, el carterista. Sin embargo, miró tranquilo a Scofield.

—Fui a despedir a mi abuela.

—No sabía que tuviese abuela.

—Conseguí una.

—¿No sería Helen Matthews?

—¿Por qué? ¿La vieron también en el aeropuerto?

—Creemos que era ella.

—¿Creen o saben? —y añadió rápidamente, endurecidas sus pupilas—: Hace mucho aprendí que existe una gran diferencia. Quizá usted lo aprenda también algún día.

Los ojos de Scofield se encontraron con los de Conlon. El rostro aniñado se hizo agudo y delgado, y los labios una línea recta.

—Quizá, sí —respondió.

Conlon sacudió lentamente la cabeza y miró a las trémulas hojas.

—Nunca lo aprenderá. Tipos como usted no lo aprenden nunca.

—La chica es una asesina, Conlon. Robó a un hombre y después lo mató. Pasé a peine fino aquella habitación. Todo grita que esa golfa es una asesina.

—¿Todo?

Los ojos de Scofield relampaguearon.

—Había huellas dactilares en todos los sitios. Ella cogió el revólver y lo mató. Luego huyó. Imagino que ahora se halla camino de cualquier lugar de Europa.

Conlon escuchaba las distantes pero agudas voces de los niños que jugaban. Le parecieron solitarias y perdidas en aquel momento. Miró al teniente.

—Siempre vemos lo que queremos ver, Scofield. Usted me mira y ve a un viejo policía fracasado. Al policía de vieja escuela que nunca asciende. Pero usted jamás se molestó en saber más de mí. Usted pertenece a la nueva ola: hombres bien formados.

¿Se detuvo alguna vez a pensar que quizá el policía de ñeja estampa tiene algo bueno dentro de sí? ¿Que hacer rondas pone cierto sentido y decencia en él? ¿Que pasear entre la gente le vuelve más hábil cuando empezó? ¿Más hábil y más humano?

—Usted no era más que un borracho —espetó Scofield.

La cabeza de Conlon saltó colérica hacia atrás, sus manos agarraron los brazos del sillón y empezó a levantarse. Pero captó un destello astuto y cruel en las pupilas de Scofield y volvió a sentarse.

—Pasaba más horas en los bares que de ronda. Había demasiados agentes como usted. Sus días han terminado, por suerte para el cuerpo.

—¿Tiene más preguntas que hacerme?

Conlon sentía una gran desazón debido al error cometido. Nunca debió provocarlo. ¿Qué sentido tenía hablar así a un hombre como Scofield? Para el teniente, los viejos policías eran barriles de cerveza. Sin embargo, tenía que decírselo, pues hacía mucho tiempo que lo expuesto solo eran pensamientos que fermentan.

—Conlon, ¿cómo imagina que se cometió el asesinato?

—Ni idea.

—Sin embargo, parece saber mucho.

—Tengo un aparato de televisión.

—Lo había olvidado. ¿Escucha a menudo las noticias?

—A veces.

—¿Lo hizo hoy más que otros días?

—Un poco más.

—¿Por qué?

—Estaba interesado en saber cómo operaba usted, Scofield. Y me gustó advertir la patada que recibía.

—¿Algún otro motivo?

La voz de Conlon fue repentinamente dura. Sus manos temblaban al decir:

—Me gusta ver cómo hace el tonto. ¿No es suficiente motivo?

Scofield le miró los temblorosos dedos y se sonrió.

—Sí que lo es —respondió suavemente.

Para Conlon fue difícil controlar su creciente rabia.

—¡Formule esas malditas preguntas y láguese de aquí!

—Me iré a su debido tiempo.

El viejo policía sintió la necesidad de gritar: «¡Te irás ahora!». Pero se contuvo, y la furia empezó a remitir. Sus manos dejaron de temblar.

—Solo cuando haya acabado —insistió Scofield.

—Entonces, siga.

—¿Sabe dónde está Helen Matthews?

—Ni idea.

—¿Tiene parientes?

—Ninguno que yo sepa.

—Usted la conoce de hace años; he comprobado eso, Conlon. También me he interesado por otras personas que ella conocía, si bien no son muchas. En realidad, era una mujer solitaria —y añadió suavemente—: Como usted ahora, Conlon.

Lejos se oyó el grito de un niño. Fue un grito corto, y cuando Conlon quiso escuchar, solo percibió el suave roce de los árboles.

La voz de Scofield alteró el silencio.

—Tengo una teoría acerca de ustedes dos, Conlon. Una teoría con sentido para mí. Les he dado un nombre. ¿Le gustaría oírlo?

—Escucho.

—Es la teoría de los parias.

—No está mal.

—Eso opiné.

Scofield inhaló humo y dejó que saliera entre las finas aletas de su nariz. Sus ojos castaños miraban calmosos. Añadió:

—Los parias gravitan unos sobre otros, particularmente en momentos de apuro. Yo diría que se trata de una atracción magnética —juntó los extremos de sus dedos índice—. Se atraen así y permanecen juntos mientras dura el peligro que los amedrenta.

Lentamente separó los dedos y, sonriente, miró a Conlon:

—¿Lo entiende?

—Tengo el hilo.

Scofield se rio entre dientes.

—Tiene sentido para usted, lo mismo que para mí. Partiendo de esa premisa, tejo mi tela.

—No está mal.

—Si yo fuera Helen Matthews, ¿qué haría? ¿A quién recurriría si de repente me hallo en peligro? ¿Quién sería el más propenso a creer mi historia? ¿Quién el que mejor podría ayudarme?

—Es una buena teoría, Scofield.

—¿Verdad que sí?

—Intuyo que lee muchas novelas.

—Algunas. ¿Y usted?

—Algunas también.

—Pero no las mías.

—No las tuyas.

—Sin embargo, lee.

—Usted me proporcionó tiempo sobrado. ¿Olvida eso?

—¿Qué ha hecho desde entonces, Conlon? ¿Seguir un curso por correspondencia sobre carpintería?

Los ojos de Conlon relampaguearon.

—Era carpintero antes de ingresar en el cuerpo. Cuando usted aún se soplaba la

nariz en la escuela de párvulos.

—Debió de seguir siendo carpintero.

—Muchas veces pienso en lo mismo, Scofield.

Este pisó la punta del cigarrillo y con el pie lo tiró fuera del pórtico.

—Así, Helen Matthews se puso en contacto con usted, o vino aquí. ¿Contó su sensiblera historia y usted le ayudó a escapar?

—¿Teoriza?

—Teorizo. ¿Dónde está, Conlon?

—La despedí en el aeropuerto. Sobrevuela el océano ahora, camino de Europa.

—¿St. Petersburg?

—¿No está en Europa? —preguntó Conlon.

—Algunos tontos lo creen. ¿Dónde pasó ella la noche?

—En esta casa. ¿Quiere dar un vistazo?

Scofield se sonrió y denegó con la cabeza.

—No es preciso. Estoy seguro de no encontrarla aquí.

—Quizá un tipo listo como usted...

—¿Dónde, Conlon? ¿Dónde está ahora?

—En el avión.

—No. No cogió ningún avión. Ya hemos comprobado eso. Empecemos de nuevo. ¿Dónde está?

Conlon dejó de mirar aquellos ojos penetrantes y observó a través de las ramas de los árboles las aguas de la bahía, que plateaban a la luz del sol.

—Sabemos que estuvo en el aeropuerto esta mañana. Y sabemos que usted también estuvo allí.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Conlon, sin apartar sus ojos de la plácida bahía.

—¿Que ella estuvo allí?

—Sí.

—Tenemos pruebas. ¿Basta con eso?

Conlon volvió lentamente la cabeza hacia él.

—Sus pruebas nunca me demostraron nada, Scofield.

—¿Dónde está ella, Conlon?

—Sus pruebas apestan y su teoría apesta aún más. No sé nada de Helen Matthews. Usted viene aquí a husmear y perder un tiempo precioso, cuando debiera hallarse en amigable charla con Cardell y no conmigo.

Scofield se inclinó hacia delante.

—No es preciso ni necesitamos consejos suyos, Conlon. Hemos comprobado cuanto afecta a Cardell.

—Y no hallaron nada.

—¿Qué esperaba usted que encontrásemos?

—Nada.

—¡Oiga, loco tozudo! Era una chica de Cardell, pero ahí acaba la participación de

él. ¡Fue ella quien asesinó!

—¿Cómo?

Scofield habló tensa, rápidamente, sin alzar el tono de su voz. Las palabras le salieron con ritmo casi mecánico. No obstante, Conlon percibió su cólera.

—¿Cómo? Albert Marsh era un comerciante en joyas de Connecticut. Vino a Nueva York en un viaje de negocios. Anoche se fue a Coney Island y Helen Matthews le hizo picar. Siempre llevaba mucho dinero encima. Pero también tenía revólver y nunca se preocupó por la suerte de su dinero y joyas. Helen Matthews sí se preocupó, y cuando creyó propicia la ocasión, intentó robarle. Solo que la ocasión resultó no ser tan propicia y Albert Marsh quiso saltar de la cama. Para su desgracia, ella fue más rápida en apoderarse del arma. Ya sé que no tuvo intención de matarlo; pero lo hizo.

Se detuvo a observar a Conlon y cuando este le miró fijamente, sin decir nada, continuó:

—Cardell nada tiene que ver con esto. Incluso ella quiso ponerse en contacto con él esta mañana. Quiso decirle que fue un accidente, porque le teme tanto como a mí. ¿Acaso cree usted que a Cardell le gusta tener a una de sus golfas envuelta en un crimen?

—Supongo que no le hace feliz.

—Entonces, ¿por qué nombra a Cardell?

Conlon encogió sus anchos hombros y se sonrió.

—Simplemente, una teoría mía.

—¿Dijo usted a Helen que llamara a Cardell esta mañana?

—¿Yo?

—Telefoné desde el aeropuerto. Usted estaba con ella, Conlon.

—¿Era yo?

En aquel preciso momento oyeron que Sarah abría la puerta. Se volvieron a mirarla.

—¿Qué ocurre, Sarah? —preguntó Conlon.

—Hay una llamada telefónica para él.

Scofield se levantó y se fue silencioso al interior de la casa. Sarah se acercó rápida a Conlon.

—Es una llamada de la central, Conlon —dijo en voz baja.

—Parece que se mueven —comentó él.

Los oscuros ojos de Sarah eran inquisitivos. Conlon sacudió la cabeza y se sonrió.

—No hemos llegado a ninguna parte, chiquilla.

Ella le presionó una de sus grandes manos.

—Ten cuidado, Conlon.

—Lo tengo.

—Su sola presencia me retuerce las carnes.

—¿Eso te hace, chiquilla? —bromeó Conlon.

—No podré aguantar hasta que se marche por su propia voluntad.

—Casi hemos terminado. Ten paciencia.

—Lo intentaré.

Sarah se apartó de su esposo al oír a Scofield que regresaba al porche. Este le sonrió cortés.

—Muchas gracias, señora Conlon.

Sarah pasó por delante de él sin decir palabra, y cerró la puerta. Scofield miró pensativamente a Conlon antes de sentarse. Luego se entretuvo en arreglarse las rayas de los pantalones. Conlon esperó paciente hasta que el otro se dignó hablar.

—¿Dónde estuvo usted esta mañana?

—En el aeropuerto.

—Quiero decir antes.

—En casa.

—Comprendo.

—Durmiendo a pierna suelta, Scofield.

—¿No estuvo por casualidad en la parte alta de la ciudad? Digamos, por los alrededores del hotel Baxter.

—Para mí, esa es la parte baja. La parte alta empieza en...

Scofield le interrumpió:

—Parte alta o parte baja, ¿estuvo usted en el hotel Baxter?

—Jamás estuve allí. ¿Por qué?

—Deje que haga yo las preguntas.

—Las está haciendo.

—Y usted no las contesta.

—He contestado cada una de ellas, Scofield.

—Es usted un embustero, Conlon.

Este lo miró rectamente. Su rostro parecía una máscara.

—¡Usted lo dice!

—Conseguiré más de usted en la central. Allí responderá sin ambigüedades.

Conlon no respondió.

—Lo tendré sentado en una de las habitaciones y le haré sudar un rato.

—¿Por qué no lo intenta? —preguntó fríamente Conlon.

—Usted estuvo en la habitación de Marsh. Telefoneó a conserjería pidiendo los recados habidos. ¿No es así, Conlon?

La mirada del ex policía se hizo penetrante.

—¿Por qué no lo intenta, Scofield? —repitió.

—¿Fue usted?

—¿Por qué no lo intenta? —insistió por tercera vez—. Así veremos lo lejos que llega. Usted me hará sudar, desde luego. Pero al final yo le escupiré a un ojo.

Scofield palideció; su piel se atirantó sobre los huesos de la mandíbula y sus ojos llamearon.

—¡Borracho bastardo!

La mole de Conlon se alzó por encima del teniente.

—¡Salga de este porche antes de que lo eche por encima de la verja!

—¡Lo tengo maniatado, maldito borracho! No pararé hasta lograrlo.

—Hágalo cuando pueda, pero salga del porche ahora. ¡No soporto más su hedor!

Estaba a punto de agarrar a Scofield cuando vio el pálido rostro de Sarah que miraba por una ventana. Eso le contuvo, y retrocedió con los puños apretados.

—¡Le cazaré, Conlon!

—Cuando el infierno se hiele.

—Le cazaré, no lo dude.

Scofield abandonó el porche, haciendo resonar sus pisadas en los peldaños.

Cuando el sonido del coche se hubo perdido, se volvió a sentar Conlon.

XII

Poco después, mientras platicaba con Sarah sentados en la cocina, sonó el teléfono. Conlon fue a la salita a contestar.

—¿Conlon? —preguntaron.

Reconoció la voz en seguida. Desde el principio había esperado oírla, y, cosa extraña, le agradó aquella voz que detestaba.

—Sí, soy Conlon.

—Me gustaría verlo.

—No tengo inconveniente.

—¿Cuánto necesita para venir hasta aquí?

—Unos veinte minutos.

—Le aguardo, pues.

Colgaron el teléfono y la comunicación quedó interrumpida. Conlon acunó el auricular y miró a Sarah, que también había acudido.

—¿Quién era?

Vaciló un momento, resistiéndose a decírselo. Pero Sarah insistió:

—¿Quién era, Conlon?

—Cardell.

—¿Cardell?

Conlon asintió lentamente, y vio temor en el rostro de ella. Las sombras del atardecer caían sobre ellos.

«Será una noche oscura», se dijo Conlon.

—¿Qué quería?

—Verme.

—¿Para qué?

—No lo sé, Sarah. Pronto lo averiguaré.

El semblante atemorizado de su esposa le recordó a la otra mujer. Las sombras que se alargaban parecían anunciarle otra noche de terror. De pronto vio la imagen de Scofield que se paseaba ante la temblorosa Helen. El teniente se le antojó un cachorro de tigre que juega con su presa antes de matarla.

—Lo sabes, Conlon.

—Lo sé. Y eso juega a mi favor —pasó su brazo alrededor de ella y la acarició tiernamente—. ¿No te parece que así es mejor?

—¿Cuánto rato estarás con él?

—Poco. Volveré pronto.

—¡Quiero ir contigo!

—No, Sarah.

—¡Por favor!

Conlon sacudió la cabeza firmemente.

—Esta vez no daría resultado. Estarás muy bien aquí.

—No pienso en mí.

—Pero yo sí. Estarás mejor en casa con alguien que se cuide de ti.

Sarah se apartó y lo miró inquisitiva. Conlon se sonrió.

—Te hablo de nuestro amigo Scofield.

—No lo comprendo.

—Ven.

La condujo a una ventana lateral y levantó la punta de un extremo de la cortina.

—Mira aquel coche.

Conlon soltó la cortina cuando Sarah descubrió el vehículo.

—Scofield tiene dos tipos en ese coche. Uno se quedará a vigilar la casa, por si Helen viene aquí. El otro se encargará de seguirme.

Conlon observó el rostro preocupado de su esposa, que no dijo nada.

—Como ves, nuestro amigo Scofield cuida bien de nosotros. No tienes por qué preocuparte, Sarah.

—¿No me llevarás contigo?

Conlon denegó con la cabeza, amable pero firmemente. Luego le acarició el pelo y se fue hacia la puerta principal. Mientras la abría, Sarah llegó presurosa.

—¡Conlon...!

—Lo sé, Sarah —interrumpió él—. Tendré cuidado.

Cerró la puerta y se encaminó a su coche. Mientras ponía en marcha el motor miró la parte alta de la calle y vio el vehículo azul aparcado bajo la sombra de un olmo. El sol se filtraba a través de las hojas y moteaba de claro y oscuro la carrocería.

De pronto se abrió una portezuela y uno de los hombres bajó sin prisas y se apoyó contra el tronco del árbol. La portezuela volvió a ser cerrada. Conlon se sonrió y pasó lento por delante del automóvil azul. Al girar en la esquina, miró atrás y vio que se ponía en marcha.

—Sígueme, el agua está buena —murmuró.

Aumentó su velocidad y al llegar al puente de la bahía observó en el espejo retrovisor que el otro coche se mantenía cerca. Estuvo tentado de perderlo, y lo hubiera hecho de no convenirle aquella escolta.

«Será una buena noticia para Scofield —se dijo—. Así sabrá que fui a ver a Cardell. Claro que no sacaré agua limpia de este pozo. Será luego, de regreso, cuando me dará el gusto de regalarle esa cola que me ha puesto».

Aminoró la marcha al adentrarse por las oscurecidas calles.

Pronto divisó un letrero de neón, que decía: «Casa Elmo».

Detuvo el coche en el borde de la acera y miró el anuncio. «Casa Elmo». Viejos recuerdos se agolparon en su mente. Elmo procedía de la banda de Al Capone y tuvo la humorada de dar su nombre a la que siempre había sido conocida por «casa Estucada». Sin embargo, solo el nombre quedaba de Elmo. Una noche de invierno Conlon halló su cuerpo con la cara aplastada. Cardell fue su heredero.

—Casa Elmo —murmuró Conlon.

Cardell derribó el edificio y mandó construir otro de ladrillo y dos pisos de altura. En el primero se hallaba el restaurante y en el segundo una sala para banquetes y unas cuantas habitaciones pequeñas. Se preguntó si Cardell estaría sentado en una de ellas, aguardándolo.

Conlon descendió de su coche, miró hacia el automóvil azul, también aparcado a escasa distancia, y entró en el edificio. Un camarero salió a su encuentro.

—¿Mesa?

Conlon miró por encima de él, como si buscara a alguien en la gran sala alfombrada. Los sonidos le llegaron amortiguados. La gente se hallaba sentada a las mesas de blanco mantel y comían en silencio. Conlon, sin ninguna razón que lo justificara, ansió oír voces de niños. Pero no había niños allí. De repente miró al camarero de blanca figura.

—¿Está Cardell?

—¿Cardell?

—Sí.

—Lo siento, señor. No le conozco.

—Yo sí. Dígale que estoy aquí.

—¿Es Conlon su nombre?

Este afirmó con la cabeza mientras escuchaba el suave roce de un tenedor en un plato. La blanca figura se alejó de prisa.

Conlon se acordó de Elmo... y de su rostro aplastado. Pero muy especialmente recordó la mirada en blanco de sus ojos cuando la linterna cayó sobre ellos.

El camarero no tardó en regresar.

—Le espera —dijo.

—¿Dónde?

—Arriba.

—Conforme.

Caminaba ya en dirección a las escaleras cuando el camarero dijo:

—La primera habitación a la derecha.

—Comprendido.

Ascendió los peldaños, sus pies presionaban silenciosos la gruesa alfombra. En lo alto de la escalera se detuvo a mirar. Delante de él se extendía el enorme salón de banquetes, cuyo pulimentado suelo de *parquet* fulguraba. Avanzó unos pasos y repentinamente vio a una alta figura que se le echaba encima. Se detuvo en seco. Al reconocer su propia estampa reflejada en un gran espejo de pared, suspiró aliviado.

—¡Maldita sea! —murmuró.

Se volvió para seguir por un corredor apenas iluminado, y vio la puerta deseada. Conlon se encaminó lentamente a ella, seguido de su propia sombra que, silenciosa, barría con estrafalaria forma las paredes. Ante la puerta se detuvo un instante sin llamar. Cuando lo hizo, el sonido pareció propagarse a lo largo del pasillo.

—Entre —respondieron desde el interior.

Conlon abrió la puerta, y la brillante luz que azotó sus pupilas le indujo a sacudir bruscamente la cabeza.

—Cierre la puerta.

Así lo hizo. La habitación aparecía empapelada en blanco y las luces eran excesivas. En el centro había una mesa de ónice. Cardell se hallaba sentado tras ella, con su bajo y rechoncho cuerpo sólidamente descansado en un sillón de hierro labrado.

—Se ha retrasado.

—Estoy aquí, y eso es lo que importa.

—De acuerdo.

Un cortinaje blanco cubría las ventanas y junto a este se hallaba la alta y flexible figura de Angie. Conlon halló que se parecía mucho a Scofield.

La misma fuerza bruta y agilidad de gato. Solo que uno tenía el refinamiento de la educación y el otro no. Por lo demás, ambos eran iguales. ¡Ambos eran asesinos!

—Siéntese.

El dedo rechoncho de Cardell señaló una silla de hierro. Conlon la acercó a la mesa y se sentó.

Cardell ordenó a Angie:

—Dale una bebida.

—No deseo ninguna; gracias.

Angie se encaminó al bar en un rincón de la estancia. Los ojos de Conlon se detuvieron en el bar y luego en el rostro de Cardell. La sala tenía reminiscencias femeninas y no conjugaba con aquel rostro.

—¿Qué tomará?

Cardell se distinguía por su cara gruesa y rasgos duros. Tenía el pelo negro rizado y la nariz larga y abultada; ojos crueles más bien oscuros, y gruesos labios rojos.

—Le he dicho que no bebo, Cardell.

—Dale *whisky*.

La voz sonó ruda e imperativa. Angie empezó a verter la bebida, Conlon escuchó el sonido del hielo contra el vaso y el licor al caer de la botella.

—¿Qué quería usted de Lil? —preguntó repentinamente Cardell.

—¿De Lil?

—Sí, de Lil.

—Se me ocurrió hacerle una visita.

—No juegue conmigo.

—¿No se lo dijo ella?

Angie colocó el vaso delante de Conlon y volvió a su puesto.

—Le hice una pregunta, Conlon.

—¿Qué puedo decirle? Ya lo sabe todo.

Cardell sacudió lentamente la cabeza. Puso una de sus gruesas manos sobre la

mesa y el diamante que lucía pareció incendiarse al contacto de la luz.

—Lo sé todo, policía. Por eso quise que viniera.

—No soy policía —rectificó suavemente Conlon.

Los ojos oscuros relampaguearon.

—Siempre lo ha sido para mí. Usted nunca me gustó, Conlon. Tampoco me gustan los de su clase.

—Eso me ocurre a mí en cuanto a usted, Cardell.

—¿Es usted duro, verdad?

—No. Si fuese duro seguiría en el cuerpo.

Angie se apartó del cortinaje y se acercó a Cardell.

—¿Por qué no me deja manipularlo? Quedaría reducido a la mitad de su tamaño.

Cardell se volvió a él colérico, como si no le agradase tener a Angie cerca.

—¡Cállate y vuelve a tu sitio! —gritó.

Angie miró malhumorado a Conlon y regresó junto a las cortinas. Mantenía el cuerpo rígido.

La voz de Cardell sonó ahora baja y suave.

—Beba, Conlon.

—Hace mucho que no lo pruebo.

—Por eso quiero que se lo beba.

Conlon miró la cabeza gacha y el diamante que brillaba.

—Dije que no.

La gruesa mano de Cardell cogió de repente el vaso y su rostro se tornó blanco de furia.

—¡Trague, bastardo policía!

Se inclinó adelante, manteniendo el vaso junto a la cara de Conlon. Esperó un segundo antes de insistir.

—¡Beba! ¡Quiero que salga borracho de aquí!

—¡Déjame en paz!

Cardell le miró con una mueca en los labios. Lentamente se reclinó sobre su silla, sin dejar de mantener el vaso en la mano. Sus negros ojos parecían sonreír.

—Le dejaré en paz —dijo muy quedo.

Acto seguido lanzó el vaso contra el pecho de Conlon. El vaso se rompió al chocar con la dura mesa. Conlon se puso en pie y se miró la mancha que se extendía por su camisa, americana y pantalones. Trató de controlarse, pero le fue imposible contener sus manos, que saltaron furiosas y agarraron a Cardell hundiendo los dedos en los carnosos hombros.

—¡Hijo de perra! —gritó.

Cardell luchó vanamente por soltarse, pues Conlon lo mantuvo pegado a su asiento.

—¡Bastardo! ¡Asesino bastardo! —volvió a gritar.

Angie intervino amenazador.

—¡Suéltelo!

Conlon vio la mano armada de Angie. Lentamente soltó a Cardell.

—Ahora permitirá que sea mío —dijo Angie, que se acercó más a Conlon.

Este se quedó erguido a la espera de los nuevos y desagradables acontecimientos. Mientras tanto, el subconsciente le gritaba: «¡Bobo, bobo, bobo!».

De pronto resonó la voz de Cardell.

—¡Aparta!

Angie mantuvo el arma apuntada a la cabeza de Conlon. Sus labios aparecían torcidos por una sonrisa cruel.

—¡Angie! —rugió Cardell.

El guardaespaldas escupió al rostro de Conlon, y, lentamente, volvió la pistola a su funda. Conlon sintió cómo el salivazo se deslizaba por su mejilla. Sus ojos grises brillaron al mirar a Angie.

—Siéntese, Conlon —exigió Cardell.

Conlon se quedó en pie. Los nudillos de sus manos blanqueaban de tanto apretar los puños.

—¡Siéntese! —ordenó Cardell otra vez.

Lentamente se restregó la cara, se miró el dorso de la mano, y volvió a sentarse.

—¡No olvidaré esto! —bramó Cardell.

Conlon no le oyó. Su mente, todos sus sentidos, se hallaban concentrados en el delgado sujeto que permanecía junto a los cortinajes, con la mano en el bolsillo.

—¡Maldito sea! —gritó Cardell.

Conlon volvió a mirar por encima de la mesa. Había gotas de sudor en el rostro de Cardell, cuya voz temblaba de excitación al decir:

—¡Nunca olvidaré lo que hizo! Esperaré el tiempo que sea preciso, pero tenga a buen seguro que le sacaré los intestinos.

Conlon se mantuvo callado.

—Ahora voy a preguntarle. Antes le advertiré que no pienso tolerar engaños, demoras o resistencias. ¿Entendido?

Conlon dejó de mirarle y sus ojos se detuvieron un instante en los trozos de vidrio esparcidos sobre la mesa. Luego suspiró y volvió a mirar a Cardell.

—Entendido. ¿Qué quiere saber?

—Empiece por el principio.

—¿Lil?

—Lil.

—Fui a verla en busca de información. Quería saber unas cuantas cosas acerca de un asesinato.

—Siga.

—Averigüé esas cuantas cosas.

—¿Por ejemplo?

Conlon entrecerró las pupilas.

—Descubrí una gran trampa en marcha.

Cardell plegó sus manos sobre las rodillas y se reclinó. Sus ojos brillaron. En cambio, Angie ni habló ni se movió durante aquel rato.

—Helen no asesinó al sujeto.

Conlon esperó unos segundos atento a la expresión de Cardell. Si bien advirtió cómo se envaraba el cuerpo de Angie.

—No lo hizo —repitió, calmoso.

—¡Siga! —apremió Cardell.

Conlon miró a Angie y se sonrió al decir:

—Su muchacho lo hizo. ¡Su asesino a sueldo!

Cardell gritó imperioso:

—¡Quieto!

La mano de Angie regresó lentamente a su bolsillo, y el arma desapareció como si fuera la cabeza de una serpiente. Cardell miró otra vez a Conlon. Sus ojos aparecían ahora tranquilos.

—Usted supone que Angie lo hizo. ¿Por qué?

—Debiera de saber la respuesta, Cardell.

Este seguía tranquilo. La crueldad de sus facciones se había dulcificado, e, incluso, su voz sonó sin asperezas.

—No se detenga, Conlon.

—Lil fue la encargada de hacer que Helen saliera de la habitación. Entonces, Angie...

Cardell tendió su mano en demanda imperiosa de silencio.

—Un momento, Conlon. ¿Qué insinúa al decir que Lil se encargó de que Helen saliese de la habitación?

—¿Por qué escucha a ese montón de basura? —preguntó irritado Angie.

Cardell replicó alterado:

—¡Cállate!

Se volvió de nuevo a Conlon. En sus ojos había una mirada de asombro, que dejó perplejo y meditativo al ex policía.

—No lo entiendo, Conlon. No lo comprendo en absoluto. Usted habla de una trampa tendida a Helen. También dice que Lil sirvió de gancho. Acláreme eso, pues no lo entiendo.

Conlon se puso a imaginar qué habría dicho Lil a Cardell y si este sería mejor actor de cuanto parecía.

—Usted sabe para qué sirve la cabeza, Conlon. Nunca fue un policía torpe. Por eso no me gustaba. Le sabía demasiado listo para tolerarlo a mi alrededor. Temí siempre que un día me creara problemas. Desde luego, fue un policía listo.

Mientras Cardell hablaba, Conlon recordó a Scofield.

—Porque lo sé inteligente —siguió Cardell—, no me lo imagino equivocado ahora. Sin embargo, lo que me dice carece de sentido para mí.

Cardell miró el rostro irritado de Angie.

—¿Lo tiene para ti? —preguntó.

—¡No lo escuche! —fue la respuesta.

Cardell balanceó su cuerpo, observó un momento a Angie, y dijo:

—Tendrás que escuchar, Angie —se volvió a Conlon y añadió—: Muy bien.

Reanude su conferencia. Tal vez ahora tenga sentido para mí.

—Le dije que Lil sacó a Helen de la habitación.

—¿Cómo?

—Le telefoneó desde el vestíbulo. —Siga.

—Entonces su muchacho se deslizó dentro a robar.

Cardell miró de soslayo la quieta figura de Angie.

—¿Tiene sentido? —preguntó.

El pistolero no respondió.

—¿Escuchas?

—Escucho —dijo ahora.

—Conforme. Pero mantén la mano alejada del bolsillo.

Los rechonchos dedos de Cardell tamborilearon sobre la mesa, antes de volverse a Conlon.

—¿Ha pensado mucho en esto, Conlon?

—Desde luego.

—¿Está seguro de la culpabilidad de Angie?

—Todo le acusa.

—Angie.

Sus negros ojos parecían lejanos, perdidos en meditación. El diamante despedía dardos de luz desde su gruesa mano, que tamborileaba.

—Siga —dijo de repente.

—Esta encerrona fue planeada con un fondo de robo, si bien acabó en asesinato. Helen tenía que aparecer como la única responsable.

—No está mal —dijo Cardell.

—Usted sabía que Helen quería marcharse. ¿Estoy equivocado en eso?

Los ojos de Cardell se iluminaron lentamente. Irguió su cuerpo en la silla, y movió ligeramente la cabeza.

—Empiezo a ver claro en este asunto. Su relato empieza a tener sentido. Bien, siga.

—Usted no permite que nadie le abandone.

—Nadie.

—Luego es lógico suponer que la castigaba de ese modo.

—¿Implicándola en un robo?

—Sí.

Cardell preguntó a Angie:

—¿Empieza a tener sentido para ti?

—Ningún policía tiene sentido para mí.

—Quizá este sí.

El sonrojo cubrió el rostro de Angie, dando a su piel color de vino.

—¡Dispara basura, se lo advierto!

Cardell gritó:

—¡Cállate!

Sus pupilas estudiaron a Conlon, y tras largo silencio comentó:

—Es un poli listo. Siempre lo dije, ¿verdad, Angie?

—¡Un poli listo! —exclamó despectivo Angie.

Cardell se inclinó sobre Conlon y su voz se hizo baja y confidencial:

—¿Recuerda a Elmo?

—Lo recuerdo.

Cardell se rio blandamente.

—Fue liquidado cuando usted hacía la ronda. Pero fue un error. Debí asegurarme y esperar la ronda de otro poli menos listo. Casi me cazó. ¿Lo recuerda, Conlon?

—Sencillamente informé de lo que vi.

Cardell se rio entre dientes.

—Usted vio más que todos ellos juntos. Por fortuna para mí nadie le escuchó —y añadió quedamente—: ¿No se le ocurrió nunca pensar en que tal vez no tuvieron interés en escucharle?

—Lo pensé.

—¿Cómo no se le ocurrió hacerse detective, Conlon? Hubiera resultado un sabueso temible.

—No tuve ambiciones. Quizá se debió a que era feliz siendo un policía torpón.

—Es usted todo un carácter, Conlon.

—Puede que sí —respondió este.

Cardell se sonrió.

—Tráeme una bebida, Angie.

—¿Dos?

—Me oíste. ¡Una! —Y a Conlon—: Según la policía, Helen mató al tipo.

—Podrían equivocarse.

—Podrían. Dígame en qué se equivocan.

—Ya se lo he dicho.

Cardell sacudió la cabeza.

—Me hace usted pensar, eso es todo. Siga, Conlon, quizá me convenza.

—Su muchacho se apoderó del arma, alzó el volumen de la radio y disparó.

—La radio. Un buen truco.

—Bueno cuando uno desea que nadie oiga el tiro.

—Siga.

—Luego se apoderó de la cartera y joyas del muerto y se fue. Ya tenía a Helen cogida en la trampa.

Angie sirvió la bebida a Cardell y se quedó junto a la mesa, tenso el cuerpo.

—¡Infiernos, vete a tu sitio! —rugió Cardell, y, girándose a Conlon—: ¿Qué más?

—Helen intuyó la trampa y huyó asustada.

Cardell bebió ávidamente, dejó el vaso encima de la mesa, secóse los labios con el dorso de la mano, y dijo:

—No hubo trampa.

—Yo estoy en que sí —replicó firmemente Conlon.

—Está equivocado. Yo tenía proyectado encargarme de la golfa; pero no así.

Conlon aguardó silencioso a que el otro acabase el contenido de su vaso.

—Si yo le digo que no hubo trampa alguna, puede creerlo —afirmó Cardell.

—Le creo en cuanto a usted. Pero ¿y Angie?

No hubo respuesta. Cardell jugueteó con su vaso, y luego miró a Angie.

—Aguardo —dijo.

Angie, furioso, señaló a Conlon y gritó:

—¿Es que va a creer a ese bastardo?

—Aguardo, Angie —respondió Cardell.

—No haría nada sin usted, Vince. ¡Lo sabe!

—Ya no sé nada.

—¡Vince!

—Has frecuentado estos días el tapete verde, Angie. ¿Cuánto perdiste?

Conlon vio con lúgubre satisfacción cómo el sudor brotaba del rostro de Angie, que avanzó hacia ellos dos. Pero la áspera voz de Cardell lo hizo detenerse.

—¡Quédate donde estás!

Angie se detuvo como paralizado por los duros ojos de Cardell.

—¿Cuánto, Angie?

—Vince, se equivoca.

—Quizá sí.

—Vince...

—¿Cuánto? —ladró Cardell.

—Uno de los grandes... o dos.

—O tres —dijo Cardell.

Angie, nervioso, se frotó el húmedo rostro y rehuyó la pétrea mirada del otro.

—He tenido noticias de ellos —añadió Cardell.

—Tuve una racha de mala suerte —murmuró Angie.

Cardell asintió.

—Sí —y añadió con más viveza—: Puede ser que aún siga la mala racha.

—Vince...

—¡Cállate! —Cardell se volvió a Conlon—. Usted parece feliz.

—No lo soy.

—Bien, continúe; sabe muchísimo más.

Conlon sacudió la cabeza.

—Quizá no sepa tanto como creí saber.

Cardell se sonrió cínico.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, empiezo a sospechar que esta vez usted no tuvo nada que ver.

La sonrisa amplió la carnosa boca de Cardell.

—¿No dije que usted es un poli listo?

—Lo dijo.

—¿Beberá conmigo?

—No.

—También es testarudo.

—Dejé de beber.

—Solía gustarle.

—Como a otro cualquiera. Ni más ni menos.

—Así que dejó de hacerlo.

—Dejé.

Cardell se inclinó de repente y su rostro quedó cerca del de Conlon.

—¿Quiere saber una cosa? —dijo—. Nunca creí lo que se dijo de usted cuando lo echaron. Yo le conocía mejor que ellos. ¿Verdad que sí?

—Empiezo a creer que sí.

—Un contrasentido, ¿verdad?

Conlon pensó en quienes lo habían crucificado, y en el hombre implacable que se hallaba sentado a la mesa frente a él. ¡Qué amargo resultaba oírle que creía en su inocencia!

—Es un contrasentido —murmuró Conlon.

Cardell golpeó la mesa con el vaso y Angie se acercó raudo.

—¿Qué, Vince?

—Otra bebida.

—Ahora mismo.

Conlon observó cuán aprisa se fue al bar; como si su vida dependiera de ello.

—Conlon.

—Dígame.

—¿Se imagina ya lo que pudo ser?

—Creo que sí.

—Expóngamelo.

Oyeron un vaso que se rompía, y al volverse ambos vieron al pistolero inclinado. Luego, lentamente, se irguió. Sus manos temblaban.

—Se... se me cayó —dijo Angie.

—Ya lo veo —respondió Cardell.

—Se cayó de mis manos.

—Desde luego.

—Prepararé otra.

—No. Se te caería de nuevo. Tus tripas tiemblan.

La palidez cubrió el moreno rostro de Angie, y el temor hizo brillar sus ojos.

—Vince...

—¡Quédate donde estás! No hagas nada. Pero escucha con esas dos orejas que tienes en la cabeza —y más suave—: Mantén las manos sobre el bar, donde yo pueda verlas.

Angie las puso encima de la mojada superficie. Cardell se alzó de su asiento y, lentamente, caminó hasta él. De repente su mano hizo un movimiento relámpago, y le extrajo del bolsillo la pistola.

—No cojas otra, Angie —gruñó.

Cardell regresó de nuevo a la mesa y Angie mantuvo sus manos sobre el bar.

—Muy bien, Conlon —dijo Cardell—. Cuénteme sus nuevas ideas.

—Usted sospecha lo mismo que yo.

—Entonces dígaselo a él.

—Angie tenía necesidad de dinero y aprovechó la oportunidad dejando a Helen en la estacada. Para ello necesitó ayuda de Lil.

—¿Cómo se explica usted la presencia de huellas de Helen en el revólver? Scofield hace mucho teatro con eso.

—Scofield es un necio.

—¿Y si es más inteligente de lo que usted cree?

—Lo dudo.

—¿Qué hay de las huellas, Conlon?

—Olvídelas.

Cardell miró al ex policía y asintió.

—Conforme. Olvidado —señaló a Angie—. ¿Y las de este?

Conlon se sonrió.

—¿Necesita eso una explicación? Es lo suficiente experto para borrarlas. ¿Cree usted que dejaría alguna?

—Admito que no —dijo fríamente Cardell.

Las manos de Angie golpearon el bar. Su voz llegó airada:

—¡Vince, está mintiendo! ¡Ese bastardo miente! ¡No toqué el revólver! ¡Se lo juro!

—Pero estuvo en la habitación —saltó Conlon.

Angie miró furioso a Conlon, y luego sus ojos se volvieron suplicantes a Cardell. Intentó hablar, pero no conseguía que le salieran las palabras. Sus labios se movían silenciosos.

—¡Contéstale! —apremió Cardell.

—¿Cuándo estuvo usted en la habitación, Angie? —preguntó Conlon.

El interrogado miró a otro sitio. Cardell se puso en pie de un salto, y derribó el sillón.

—¡Luego es cierto, rata bastarda! —se precipitó sobre Angie.

—¡Cardell! —gritó Conlon.

Pero este golpeó a su chacal en una mejilla con la culata de la pistola.

—¡Fuiste tú!

Angie se cayó de rodillas, y la sangre brotó abundante de su mejilla.

—¡Obraste por tu cuenta, rata! ¡Por tu cuenta!

El pistolero empezó a gemir.

—Vince, quise hacerlo; pero no lo hice. Se lo juro. No lo hice. Cuando entré alguien había hecho ya el trabajo. ¡Estaba muerto! ¡Se lo juro, Vince!

Cardell le pegó un puntapié en el estómago.

—¡Por tu cuenta! —gritó—. Pronto querrás llevar las cosas por tu cuenta, ¿eh?

Su pie se alzó raudo y golpeó de lleno la cabeza de Angie, que gimió antes de caerse encima de la alfombra. La sangre manchó el color marfil.

Cardell observó un momento la figura quieta, y sin girarse, dijo:

—¡Conlon, quiero ver a la golfa!

Este contempló su mano armada, y no contestó.

—¿Sabe dónde está?

—No.

Cardell se volvió y sus ojos negros taladraron a Conlon.

—¡Miente!

—Pues miento.

Cardell se le acercó. Mantenía la pistola pegada a su costado.

—Puedo hacer que se encoja con presteza insospechada.

—Lo sé.

—Entonces, obedezca.

—No puedo.

Los ojos negros relampaguearon.

—Usted sabe dónde está. Usted sabe demasiado acerca de todo este condenado asunto.

—No mucho. Hay demasiados puntos oscuros —miró la inmóvil figura tendida en el suelo y añadió—: Aún me queda mucho por saber.

—¿Dónde está ella? —Dio otro paso—. ¿O aspira a recibir lo de Angie?

—Eso no le ayudará.

—¿Quiere que llame a mis muchachos?

—Sería inútil, Cardell.

La mano apretó la pistola hasta que los nudillos se pusieron blancos. El cañón enfiló el pecho de Conlon.

—¡Cardell!

La pistola siguió apuntándole.

—Scofield me ha puesto cola. Está ahí fuera, esperando a que yo salga.

Cardell bajó el arma, suspiró, y dijo:

—Siéntese.

Angie empezó a gemir, y su jefe se volvió furioso y le tiró el arma, que fue a estrellarse contra la pared.

—¡Hijo de perra! —gritó—. Lo tenías todo planeado. ¡Ya me cuidaré de ti, ya! — Imitó burlón la voz de Angie—: ¡Vince! ¡Vince! ¡Vince! —Se volvió a Conlon—. ¡Le ordené sentarse!

Conlon obedeció y el otro se inclinó y puso las manos sobre la mesa. Cuando habló, su voz volvía a ser mesurada.

—Conforme. Esta vez no puedo con usted. Pero hay otros medios y ocasiones.

Conlon sintió un frío estremecimiento, quiso controlar su voz y no pudo.

—¿Qué otros medios, Cardell?

—Sabe muy bien a qué me refiero.

—¡No lo sé!

—¿Me traerá aquí a la golfa?

—Le dije que me siguen.

—Entonces iré yo en su busca. ¡No tengo cola!

—No daría resultado.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque no.

—¡Vaya, vaya! —murmuró Cardell.

—¿Qué pretende?

—Solo hacerle unas preguntas. Quiero poner en claro unas cuantas cosas. Eso es todo.

—¿Y después?

—Eso es cosa mía.

Cardell se sonrió al tiempo de sentarse. Hizo bolsa con sus labios y estudió el rostro de Conlon.

—Hay otros medios. ¿Me lo dirá? —añadió.

Conlon volvió a sentir frío.

—¡Cardell!

Este se sonrió.

—Es usted un tipo fuerte, Conlon. Pero tiene un punto débil. Todos lo tenemos. Aprendí eso hace tiempo, en la escuela.

—¡Cardell, no lo intente!

—Tiene usted mujer, Conlon. Ella le hará hablar.

—¡No la toque!

—Depende de usted.

—También tiene cola. No lograría acercarse a ella.

—Llegaré; no lo dude.

Sus ojos brillaron fríamente, preocupando a Conlon. Después de un corto silencio, añadió:

—Como llegaré a usted cuando todo haya terminado, por lo que me hizo antes.

Le espera algo que nunca olvidará, y seré yo mismo, Conlon.

La habitación volvió a quedar en silencio, solo alterado por los débiles gemidos de Angie. De repente, la mano de Cardell golpeó la mesa. La pregunta fue imperiosa:

—¿Dónde está la golfa?

—No se lo diré.

—Entonces, ya puede largarse de aquí.

Conlon siguió mirándole.

—¡Fuera!

Cardell se levantó, cruzó la estancia y recogió el arma.

—¡Lárguese, policía bastardo! ¡Lárguese!

Conlon se puso en pie, y sus ojos grises miraron penetrantes a la rechoncha figura.

—¡Óigalo bien, Cardell! ¡No se acerque a Sarah, ni tampoco ninguno de su podrida gente! —y añadió más mesuradamente—: Hace mucho tiempo que no llevo un arma, Cardell. No me obligue a cogerla de nuevo. Puedo ser peligroso con ella.

XIII

Cuando salió había oscurecido. Conlon miró al detective en pie al otro lado de la calle, penetró en el coche, y lo puso en marcha.

Mientras conducía, cambió sus planes para aquella noche. Se quedaría en casa junto a Sarah, y así estudiaría de nuevo el caso.

¿Mentía Angie al decir que halló muerto a Albert Marsh? Muy bien pudiera darse el hecho de que no fuera él su asesino. En tal caso, entró después que Helen saliera, vio el cadáver, cerró la radio y se marchó.

Helen no se acordaba bien de las cosas. Quizá fuese cierto. ¿Y Cardell, fingía? No; no era posible. Su furia al castigar a Angie no podía ser de ningún modo una mera representación teatral. Luego Cardell no había intervenido ni en el planteamiento ni en la ejecución de la trampa tendida a Helen.

Cuando llegó al cuartel de policía giró a la izquierda. En la siguiente esquina fue a la derecha, y ante él apareció la parte trasera del edificio. Entonces miró por el espejo retrovisor y vio el coche que le seguía a corta distancia.

—Aquí está, delante de tus narices. Mira hasta cansarte y seguro que no verás nada —murmuró.

Conlon aminoró la marcha y observó la oscura ventana del tercer piso. Su visión le hizo sentir un irreprimito deseo de quedarse allí, desafiador. Pero la cordura se impuso y logró alejarse.

Aceleró la marcha y el espejo retrovisor le mostró el otro vehículo en su seguimiento. Frente a su casa descendió de su automóvil, pasó por delante del agente en pie junto al olmo, y llegó hasta el coche que lo había seguido. Se detuvo, y mirando al policía, preguntó:

—¿Se ha divertido?

El hombre no contestó. El otro agente se acercó a ellos.

—¿Su compañero? —preguntó Conlon al primero.

—¿Por qué?

—Por nada.

—¿Qué ocurre, Conlon? —inquirió el segundo.

Este observó a los dos.

—Preguntaba si se habían divertido.

—¡Oh!

El agente que seguía en el coche se rio y dijo:

—¿Qué pasa, Conlon? ¿Lo ponemos nervioso?

—Mejor que se acostumbre a nosotros. Estaremos con usted mucho tiempo —adujo su compañero.

—Por eso me acerqué. Siempre es bueno conocer nuestra sombra. Hay ocasiones en que estas se confunden —dijo Conlon.

—¿Por ejemplo? —quiso saber el que estaba en pie.

«Los muchachos de Cardell también hacen sombra», quiso decir Conlon. Pero se dio media vuelta y se perdió en la oscuridad.

—Conlon —exclamó Sarah.

Este la rodeó con su brazo y cerró la puerta. El desasosiego le invadió al sentirla tan cerca.

—Estoy bien, Sarah.

—Fue terrible la espera. No me gusta esa clase de sensación, Conlon.

La besó tiernamente y no dijo nada. Luego la soltó.

—¡Qué camisa! ¡Qué pantalones! ¡Dios mío! ¿Qué te ocurrió, Conlon?

El recuerdo de lo sucedido lo enfureció.

—Nada, Sarah. Olvídalo.

Ella quiso hablar, pero Conlon, sonriente, se anticipó.

—No, por favor.

—Conlon.

—¡Sarah!

La esposa lo miró, y dijo resignada:

—Como quieras.

—Sí, Sarah —la acarició y se encaminó al sótano—. Subiré en seguida.

—¡Conlon!

Él se detuvo en la puerta con la mano en el pomo.

—¿A qué bajas?

—Necesito una cosa.

—¿El qué?

—Déjame hacer y no te preocupes.

—Algo terrible te ha sucedido con Cardell. Por favor, dímelo.

Conlon denegó con la cabeza.

—Nada, Sarah.

—Es mejor que lo sepa. ¿No lo comprendes? Podré soportarlo si lo sé.

Conlon quiso gritar: «¿Qué puedo decirte? ¿Que Cardell piensa apoderarse de ti? ¿Que intentará poner sus sucias manos sobre ti? ¿Puedo decirte eso?».

Su respuesta fue muy otra.

—Déjalo como está, Sarah.

Encendió la luz y bajó al sótano. Mientras buscaba notó la presencia de su esposa en el umbral.

Pronto halló el arma que había ocultado, regalo de Dave Grimes. Su amigo le hizo aquel obsequio por Navidad, muchos años atrás. Quería que la guardase hasta su jubilación, para así tener una pistola el día en que entregase la suya de reglamento.

Pero después de la desgracia, Conlon la ocultó en el sótano, pensando en que jamás la tocaría de nuevo. Cierta vez estuvo a punto de arrojarla a la bahía y desembarazarse de ella para siempre. Sin embargo, fue incapaz de separarse del

obsequio de su amigo.

Mientras su mano se cerraba sobre la pistola sintió el frío metal. El dedo pulgar derecho presionó el sujetador, y tras un «clic» suave saltó el cargador. En el mismo sitio guardaba una cajita llena de proyectiles.

—Bien —murmuró Conlon.

Se puso la pistola en el bolsillo del pantalón, y su bulto y peso al ascender las escaleras le confortó.

Sarah lo esperaba. Conlon se detuvo en la puerta.

—Te dije que lo dejaras como está, Sarah.

—No puedo.

—Semejante actitud no me ayuda en absoluto. Me obliga a preocuparme por ti. ¿Y tú no quieres eso, verdad?

Sarah permaneció silenciosa. Conlon intuyó que intentaba reprimir el temor que sentía por él, y deseó decirle: «No temas por mí, Sarah. Yo no importo. Eres tú. Solo tú».

—Cogiste la pistola.

—Sí.

—¿Tanto es el peligro?

—¿Es preciso para llevar una pistola? —preguntó Conlon a su vez.

Sarah no contestó.

—Me he encontrado en casos peores.

—Y yo no quiero quedarme sola, Conlon, mientras dure esto. ¡No vuelvas a dejarme sola!

—No lo haré, chiquilla.

—Quiero estar contigo.

—Lo estarás.

Sarah apoyó la cabeza en el pecho de su esposo. Este sintió el pequeño cuerpo cálido y tembloroso, cual pájaro.

«Un pajarillo», pensó. Y el furor hizo presa en él al recordar la amenaza de Cardell. La mantuvo contra sí hasta calmarse. Entonces dijo:

—Todo se resolverá, chiquilla.

Pero ya acostado —mientras ella dormía plácidamente—, sus ojos permanecieron abiertos, mirando la oscuridad. La automática brillaba al alcance de su mano sobre la mesilla de noche.

El reloj señalaba las dos cuando el sonido del teléfono rompió el silencio de la noche. Sarah se despertó sobresaltada.

—¡Conlon!

Él ya había saltado de la cama.

—No te muevas, Sarah.

—Bajo contigo.

El teléfono sonó de nuevo.

—Está bien.

Sarah lo siguió hasta la salita, y se quedó a su lado mientras él cogía el receptor.

—¿Conlon?

Este reconoció instantáneamente la voz. Sus ojos grises brillaron en la oscuridad.

—¿Conlon? —insistieron.

—Sí.

—Soy Scofield.

—Lo sé.

—¿Ha dormido usted bien? ¿Lo desperté?

Conlon no contestó.

—Se me ocurrió que podía charlar un rato con usted.

Conlon, sin decir nada, miró la palidez del rostro de Sarah y los músculos de su mandíbula se estremecieron.

—¿Está ahí?

—Sí, Scofield. Estoy aquí —contestó al fin.

—Imagino que su esposa le hace compañía. Lamento haberla despertado a esta hora tan intempestiva.

—¿Qué desea?

—Oh, solo charlar.

—Diga lo que sea, antes de que le cuelgue el aparato.

Conlon oyó la tranquila risa de Scofield.

—No colgará. Le conozco demasiado bien.

De nuevo Conlon miró el angustiado rostro de Sarah y no contestó.

—Charlé con Cardell esta noche. Fue una conversación muy interesante.

—¿Sí?

—Nunca se saca mucho de un hombre como Cardell. Sin embargo, a veces se consigue más de lo que se espera.

—Pero usted no le sacó nada —replicó duramente Conlon.

—Tiene razón. No pude sacarle nada puesto que Cardell no tiene nada que ver con el asesinato.

La falta de respuesta le obligó a seguir:

—No obstante, creo que tiene algo con usted.

—¿Sí?

—¿Qué es ello, Conlon?

—¿Por qué no se lo pregunta a él?

—Me gustaría oírlo de usted.

—¡Puaf! —exclamó Conlon.

Scofield se rio.

—Conlon, parece que no está usted de humor esta noche.

La risa dio paso a una voz dura y exigente.

—Cardell está dispuesto a ir por usted. No hace ningún secreto de eso. Usted le

gusta tanto como a mí.

—Ha logrado una buena amistad, Scofield.

—¿Verdad que sí?

Sarah se abrazó al recio cuerpo de su esposo.

—Ambos acabarán en el mismo sitio —pronosticó Conlon.

—¿Dónde?

La cínica sonrisa hirió los tímpanos de Conlon.

—¿Le importa decirme dónde está Helen Matthews? —preguntó Scofield.

—No.

—Cardell quiere verla también. No le hace muy feliz que una de sus chicas esté envuelta en un crimen.

—¿De veras?

—Sería preferible que yo la encontrase antes, ¿no le parece?

—¿Verdad que sí? —se burló Conlon.

—Creo que sí.

—No sé dónde está.

—Él podría encontrarla.

—No la encontrará.

—Lo va a intentar, Conlon.

—Bueno.

—Usted no es de su agrado.

—Ya me dijo eso.

La odiosa risa empezó de nuevo y Conlon sintió que el vello se le erizaba.

—Scofield, bastardo, sea breve y acabe de una vez.

La respuesta fue una carcajada.

—¡Scofield! —gritó Conlon.

—¿Lo tengo maduro, verdad? —preguntó Scofield.

Conlon no contestó.

—Acabará a su debido tiempo y usted escuchará hasta el final. Aún no sabe por qué le llamé.

—Siga.

—Conlon, dígame qué ve en esa golfa. ¿Qué le induce a correr ese peligro por ella?

Conlon miró a Sarah antes de responder.

—No lo comprendería.

—Quizá sí.

—Imposible.

—Parece como si se hubiera entendido con ella. No sería el primero, ¿verdad?

—Desde luego que no.

—Sin embargo, no hay tal cosa, puesto que su esposa le secunda.

—Tiene usted cerebro de detective —se burló Conlon.

—¿Cuál es la causa?

—Pregúnteselo a ella cuando la encuentre. Quizá se lo explique.

—La encontraré; no lo dude.

—Suerte, Scofield.

—Gracias.

Después de breve silencio, la voz de Scofield produjo frío en los huesos de Conlon.

—Primero dejaré que Cardell se las entienda con usted un rato. Eso lo ablandará. También sé que sus métodos son más efectivos que los míos.

—¡Scofield!

—No me deja otra elección. Está solo ahora. Le quito la cola, amigo.

—Le sabía cruel, pero nunca lo imaginé hasta ese punto.

—¿Quiere decirme dónde está ella?

Conlon miró a Sarah.

—Le doy un minuto de tiempo.

Sarah puso una mano sobre el auricular.

—¿Qué dice, Conlon?

—Quiere a Helen.

—¿Y si no se la das?

Conlon guardó silencio, y ella añadió:

—Comprendo, entonces seré yo quien sufra las consecuencias.

—¡Sarah!

—Hace demasiado que te conozco, y sé lo que temes. Es lo que pueda ocurrirme lo que te preocupa.

—Sarah, por amor a Dios...

Los ojos de Sarah llamearon mientras arrancaba el teléfono de sus manos.

—¡Sarah!

Pero ya había colgado con fuerte golpe.

XIV

No perdieron ni un minuto más. Se vistieron y poco después estaban en un hotel ubicado en el centro de la ciudad. Conlon se pasó el resto de la noche sentado junto a Sarah, con la pistola en la mano. «Tendrán que matarme antes de tocarla», se dijo.

—Intenta dormir un poco, Sarah.

—Sabes que no puedo, Conlon.

—Entonces intenta descansar.

Sarah quiso responderle; pero él sacudió la cabeza y dijo suavemente:

—Por mí, Sarah; hazlo por mí.

—Lo haré por ti, Conlon —murmuró.

Conlon vio destellos de plata en su oscuro y suave pelo, y el pequeño y delicado rostro sobre la blanca almohada y deseó gritar. No obstante, dijo:

—Descansa, chiquilla.

Las horas se le hicieron interminables y sus oídos se esforzaron a cada ruido. Cuando el gris de la mañana llegó a través de las ventanas, Sarah dormía.

Conlon se inclinó sobre ella hasta rozar su pelo. Luego se enderezó.

—¿Qué hora es, Conlon?

El sol inundaba la habitación cuando ella se despertó. Conlon miró su reloj y se sonrió.

—Cerca de las diez, Sarah.

—¿Tanto he dormido?

—Te acostaste muy tarde.

Sarah vio que aún tenía la pistola en la mano. La sonrisa que se había iniciado en sus labios murió rápidamente.

—Quítale importancia, chiquilla.

Conlon se inclinó sobre ella y le alborotó el pelo. De repente Sarah le cogió la mano y se la llevó a los labios. El beso lo recordó el que Helen le diera también.

—Estás pensativo.

—Sí, pensaba en Helen.

—¡Pobrecilla! —exclamó Sarah.

—Levántate, chiquilla. Tenemos unas cuantas cosas que hacer.

—Tú mandas.

—¿Qué te parece un paseo por Connecticut?

—¿Hace buen tiempo?

—Hace buen tiempo.

—¿No quieres descansar un rato?

—Habrá tiempo de sobra, querida. Solo que más tarde.

Mientras Sarah se vestía, Conlon hizo una llamada.

—¿Cardell?

—Sí.

—Soy Conlon.

—Lo sé. ¿Qué desea?

—He pensado mucho.

—¿Ah, sí?

—Estoy dispuesto a ver las cosas a su modo.

Sarah lo miró sobresaltada. Pero él denegó con la cabeza y se sonrió.

—Escucho —apremió Cardell.

—Estoy dispuesto a entregarle a Helen Matthews. Mi esposa es primero.

—Siga.

—Pero hay un pequeño problema.

—¿Cuál?

—Scofield espera la oportunidad de ponerme los grilletes. Hasta ahora no ha conseguido ni la más pequeña prueba de que haya prestado ayuda a Helen.

—¿Y bien?

—Hay una valija en un armario de equipajes en el aeropuerto Kennedy. En ella están las cosas de Helen. El armario es el número 313.

—Siga.

—Si Scofield logra hacerse con la maleta me tendrá debajo de su bota. Nada me salvará entonces de ir la cárcel, convicto de ayudar a huir a un asesino.

—Me encantaría verlo en la cárcel, Conlon. Cuando haya acabado le aplastaré su enorme cara.

—Usted quiere a Helen Matthews, ¿no?

—La quiero.

—Entonces saque de allí la valija.

—Aun no sé que pretende.

—La maleta es mía, Cardell. ¿Lo comprende ahora?

Cardell no contestó de inmediato. Conlon miró a Sarah, y sus ojos chispearon. Tapó con la mano el auricular y con acento irlandés dijo:

—¡Estás lindísima con ese vestido, Sarah!

El acento irlandés de ella hizo que Conlon se estremeciera de placer.

—Te casaste con una chica guapa, William Conlon.

La voz de Cardell volvió a oírse y Conlon se alertó:

—Trescientos trece, ¿verdad?

—Ese es el número.

—El trece presagia mala suerte.

—Lo sé.

Cardell se rio.

—¿Y la llave?

—Las cosas se pusieron demasiado calientes para conservarla. No tendrá ninguna dificultad en la cerradura.

—Pero exige tiempo y trabajo especial.

—Sin duda. Ha de realizarse cuidadosamente. Cuando el lugar esté más concurrido será el momento oportuno.

—Guárdese los consejos, Conlon.

—Como prefiera, Cardell. ¿La tendrá esta tarde?

—Puede que sí.

—Entonces le llamaré; usted me dirá qué había en la valija y yo sabré que la conseguí.

—¿Precavido?

—Siempre lo fui. Consiga la maleta y yo planearé cómo entregarle a Helen. ¿Conforme?

—La conseguiré.

—Le llamaré a las cuatro.

—Esperaré aquí. No me juegue una mala pasada.

—Le llamaré. Y otra cosa, Cardell.

—Diga.

—Quite de mis talones a sus perros. Deseo que mi esposa respire a gusto un rato. De otro modo no llamaré a las cuatro.

Cardell contestó después de una breve pausa.

—De acuerdo.

—Hasta las cuatro, pues.

—Bien.

—¿Cómo está Angie?

—¿Cómo supone que está?

Cardell colgó el auricular. Conlon siguió sentado, pensando en Angie. Poco después decía a su esposa:

—Muy bien, Sarah. ¿Nos vamos?

Mientras se desayunaban, Angie estuvo en su mente. Cardell se había cuidado de él, con sus métodos crueles. Estaba muerto.

—¿Qué pasa, Conlon?

—Divago, Sarah.

—No comes mucho.

—Tú tampoco.

Conlon la miró entristecido. Finalmente logró apartar a Angie de su pensamiento. «Se muere como se vive», se dijo.

—Vámonos, Sarah. Perdemos demasiado tiempo.

—Tienes razón, Conlon.

El día era cálido y brillante. El sol acarició sus rostros y Conlon deseó estar en la bahía, con Sarah. Sí, con Sarah en un bote de remos provistos de cañas de pescar, viendo diluirse el humo de su pipa en el aire templado. Luego de un añorante suspiro, dijo:

—Dejaremos el coche en el garaje del hotel y cogeremos un taxi hasta Maiden Lane. Tengo que ver a una persona.

—¿Y Connecticut?

—Aún haremos otra parada antes de ir allá.

El taxi les llevaba hacia la parte baja de la ciudad cuando Conlon abrió su cartera, examinó las tarjetas que guardaba, escogió una y se la entregó a Sarah.

—¿Qué te parece?

Sarah la leyó en voz alta.

—Frank Redding. Compañía de seguros Atlas. Es el joven que estuvo en casa hace un mes.

—Exacto.

—Quiso vendernos un seguro contra incendios, ¿no fue eso?

—Lo recuerdas bien.

Sarah le devolvió la tarjeta, al mismo tiempo que lo observaba, perpleja. Conlon se sonrió y le acarició la sedosa cabeza.

—¿Podré pasar por Frank Redding?

—Eres más guapo.

Conlon se rio entre dientes y volvió la tarjeta a su cartera. Miró por la ventanilla y dijo:

—Quizá un día compensemos al muchacho.

—Ya tenemos un seguro —replicó, ahorrativa, el ama de casa.

—Tendremos un complemento, mujer.

Sarah asintió.

—Será cuando todo haya concluido.

Conlon percibió cómo se quebraba su voz, y no habló nada más hasta después que el taxi se detuvo frente a un edificio. Entonces dijo al chófer:

—Espérenos. Volveremos dentro de unos minutos.

—No me atiese.

—No le atiesaré.

El taxista lo miró fijamente y contestó:

—Esperaré.

En el concurrido vestíbulo, Conlon llevó a Sarah a un ángulo.

—Abre tu bolso.

Conlon la cubrió con su cuerpo mientras dejaba caer la pequeña automática en el bolso. Sarah lo cerró.

—Desde ahora la llevarás tú. Cuando yo suba arriba, te sentarás en la sala de recepción y me aguardarás.

—No tardes, Conlon.

—No tardaré.

Conlon golpeó ligeramente el bolso y sonrió a Sarah.

—Con él te sentirás mejor. Además, ya sabes que si me sorprenden con un arma

encima estoy perdido —y añadió quedamente—: No es nada difícil apretar el gatillo. Recuérdalo, Sarah.

Ella lo miró angustiada, y Conlon la rodeó protector con fuerte brazo.

—Siempre estaré contigo. En realidad, no tendrás que usarla. No te preocupes, chiquilla.

Ya en la sala de espera, Sarah le suplicó:

—No tardes, Conlon.

—Solo un minuto.

Mientras Conlon se dirigía en busca del conserje, rezó una breve oración en súplica de que la suerte no se le girase da espaldas. Y esta le fue propicia. George Lentz, de *Lentz Jewelry Incorporated*, lo recibió.

—¿Señor Redding? —preguntó Lentz.

Luego le señaló una silla, mirándole complacido. Se trataba de un hombre bajo, ya entrado en años. Tenía el cabello blanco y ojos azules. Los rasgos de su rostro eran delicados, la nariz pequeña y fina, los labios bien modelados y la voz grata.

—Lamento molestarle, señor Lentz —dijo Conlon.

—En absoluto, señor Redding. Imagino que su problema es urgente, de otro modo no estaría usted aquí ahora.

Conlon observó el gran despacho, con muebles de roble. Un delgado rayo de luz se filtraba por el resquicio de dos grandes cortinas y formaba una estrecha línea blanca sobre la gruesa alfombra gris.

—Mi presencia aquí está relacionada con Albert Marsh.

—¡Oh! —exclamó Lentz.

—Tenía una póliza de cierta importancia con nosotros.

—Pobre Albert —susurró el hombre.

Conlon esperó un momento.

—Solo haré unas preguntas rutinarias, señor Lentz.

Este no pareció oírle.

—¡Terrible tragedia! —volvió a murmurar.

—Desde luego —corroboró Conlon.

—Tan joven, y morir de modo tan horrible.

El anciano guardó silencio. Conlon preguntó:

—¿Hacía tiempo que lo conocía usted?

—Sí, bastante. Hacíamos algunas operaciones comerciales —suspiró antes de añadir—: Le visitaba en su domicilio de tarde en tarde. Sin embargo, nuestras relaciones eran meramente comerciales.

—Comprendo. Permítame unas preguntas más y habré terminado.

La blanca cabeza asintió.

—Le hereda su esposa, Stella Marsh.

—Albert era un marido ejemplar.

—¿Pese a la causa de su muerte? —inquirió suavemente Conlon.

Los ojos azules del anciano se endurecieron y su voz se hizo más viva y aguda. Sus dedos tamborilearon sobre el escritorio.

—Todos tenemos pequeñas faltas, señor Redding. Vivimos en una época de angustia y tensión. Los negocios, a veces, son difíciles y las facturas siempre han de pagarse. Albert tenía su modo de relajarse y evadirse. No es cosa nuestra juzgarlo.

—Lo siento —exclamó Conlon—. No me propuse criticarlo.

—Albert vivía una vida decente y tranquila. Era un marido devoto. Su esposa conocía sus faltas y no le preocupaban. Lo comprendía.

—Estoy segura de ello, señor Lentz —dijo conciliador el ex policía.

Sin embargo, los dedos del anciano continuaron su repique sobre la mesa y su voz no se ablandó.

—Stella Marsh es una mujer inteligente y comprensiva, y su hermana Elizabeth, una joya. Las dos hacían que el hogar fuera agradable para Albert. Ellas lo respetaban y amaban como se merecía, señor Redding. ¡Me disgustan sus insinuaciones!

—Señor Lentz, le ruego me disculpe. Yo...

La blanca cabeza denegó.

—No puedo disculparlo. Será mejor que se vaya.

Conlon se puso en pie.

—Lo siento.

—Si tiene más preguntas, hágalas por escrito. Procuraré contestarlas. Buenos días, señor.

—Buenos días, señor Lentz.

Ya sentado en el coche junto a Sarah, Conlon se sonrió.

—¿Qué pasa, Conlon?

—Llévenos a la oficina de correos de la calle Treinta y Cuatro —dijo al chófer.

—Sí, señor.

Conlon miró a Sarah.

—He conseguido algo, pese a mis torpes modales.

—¿De Lentz?

—De Lentz.

—¿Cómo?

—Lo enfadé y me dijo unas cuantas cosas.

—Tu explicación carece de sentido. Al menos yo no he comprendido nada.

Conlon se acercó más a ella y le pasó un brazo alrededor de su cintura.

—¿Tuve sentido alguna vez para ti?

—Sí.

—¿Cuándo?

—La primera vez que mis ojos te miraron.

—¡Qué visión más espléndida!

—Lo fue.

—Seis pies y cuatro pulgadas, además de torpe como una tortuga.

—Seis pies y cuatro pulgadas me satisficieron.

—Pero tú abultas menos que un gorrión.

—Sin embargo, hacemos buena pareja.

—Cierto, chiquilla.

Conlon juntó su cabeza a la de ella, y se quedaron así hasta que el coche se detuvo.

—Oficina de correos —anunció el chófer.

—Muy bien. Espere aquí. No le atiesé antes, ¿verdad?

—No, señor.

—Entonces, aguarde. Saldremos en seguida.

Ya dentro sacó la llave que Helen le diera, miró su número y dijo:

—Démonos prisa.

—Tú guías, Conlon.

Sarah tuvo que correr para mantenerse a la par de su esposo. Este se detuvo delante de las cajas.

—Es esta —dijo, señalando una.

Conlon la abrió y sacó un sobre.

—La suerte sigue aliada con nosotros, Sarah.

Cerró el buzón y miró a su alrededor.

—Ocurre lo mismo que en la pesca. Cuando hay racha, nos acompaña un rato.

Se puso el sobre en un bolsillo.

—¿Has recuperado el aliento?

—Un poco.

—Entonces vámonos. Tenemos que salir de aquí lo antes posible.

—¿Ni un segundo más?

—Bueno, te concedo un segundo más.

Conlon se sonrió tiernamente, y esperó.

—Me hago vieja, Conlon. Ya no puedo seguir tu ritmo.

—Lo haces muy bien.

—Gracias. Vámonos ya.

Conlon reprimió su deseo de abandonar lo antes posible el edificio y caminó despacio. Sarah intuyó su intención y la tierna presión de su mano dijo al esposo que se lo agradecía.

Una vez acomodados en el taxi, Conlon preguntó al chófer:

—¿Recuerda dónde nos recogió?

—Sí.

—Llévenos allí.

—Bien.

Recostado en el asiento, sacó la carta.

—Es de la hija de Helen.

—¡Oh! —exclamó ella.

—¿Sabías que tenía una hija?

—Sí. Me lo dijo.

—¿Te dijo algo más?

—Solo que le mandaba dinero de cuando en cuando.

—Scofield tendría suficiente con eso.

—¿Por qué?

—¿Acaso no justificaría que Helen robase?

De repente, Conlon se quedó pensativo.

—¡Conlon! —exclamó Sarah.

Pero no obtuvo respuesta. Su esposo seguía con los ojos fijos en un lugar indeterminado. Ella repitió:

—Conlon.

El mismo silencio.

—¿En qué piensas?

—En nada.

—¡Piensas, y te ruego que no lo hagas!

El tono de su voz hizo que él se volviese a mirarla.

—Empiezas a pensar como Scofield, y por eso dudas ahora de Helen.

Conlon quiso argumentar, pero el enfado de su mujer lo contuvo.

—¡Mata ese pensamiento antes de que tome cuerpo en ti, Conlon! ¡No bajes al nivel de Scofield!

Sarah le quitó la carta, y, enfurecida, la abrió. Después de leerla, se la devolvió. Conlon fijó sus pupilas en el papel escrito:

Querida madre:

No es preciso que me envíes más dinero. Trabajo en una oficina y cobro un buen sueldo. En realidad, no es dinero lo que necesito. Más prefiero verte a ti. ¿No podrías venir a visitarme? ¿Y si yo fuera a verte? Me siento terriblemente sola, y deseo estar contigo.

Cariñosamente,

ALICE.

Conlon volvió a guardar la carta en el sobre.

—No la rompas, Conlon. Guárdala para Helen.

Se la guardó en el bolsillo. Después de un rato miró a su esposa.

—Lo siento, Sarah.

—Es justo que lo sientas.

La voz de Sarah tenía matices de cariño.

XV

Conlon puso el cuentamillas a cero antes de iniciar el viaje. En Hunt, Connecticut, marcaba ochenta y dos millas. Al leer la cifra refunfuñó.

—¿Qué pasa ahora, Conlon?

—Nada. Pero recuerda ese número.

—Ochenta y dos —dijo ella.

—Presiento que nos será útil.

Conlon miró su reloj, y luego de breve meditación, preguntó a Sarah:

—¿Tienes apetito?

—Creo que sí.

—Entonces comeremos antes de seguir adelante.

—Tú mismo.

Conlon guio su automóvil por la calle central de un pueblo pequeño hasta que vio un restaurante. Aparcó allí, pero continuó sentado, mirando a uno y otro lado.

—Un pueblo pequeño, pero lindo y limpio, ¿verdad?

—Resulta agradable.

—Lo es.

—¿A qué distancia nos hallamos de Waterbury?

—Unas ocho o diez millas.

Mientras hablaba, sus ojos seguían a las personas que pasaban. Tocó el bolso y dijo:

—Tenlo a mano, Sarah.

—¿Nos siguen?

—No, pero tenlo a punto.

Miró su reloj y luego la fachada del banco que había en la esquina.

—Cierra a las tres —murmuró.

—¿Quién cierra a las tres?

Conlon se limitó a mover de uno a otro lado la cabeza.

—Me gustaría que me dijese unas cuantas cosas, Conlon. Lo guardas todo para ti.

Él no pareció oírla. Seguía pensativo. Sus ojos iban del rótulo de Harold Lewis, la zapatería, al banco.

—Conlon.

Este se sonrió y dijo:

—Vamos a comer.

—¡Harías gritar de impaciencia a cualquiera! —se lamentó Sarah.

—En este momento, quizá.

—Así es, William Conlon.

Él se rio y la ayudó a bajarse del coche. La suave brisa cogió la falda de su

vestido, girándola. Sarah se agachó, y con la gracia de una jovencita se la sujetó. Los ojos de Conlon destellaron luminosos y blandos a la vez. Aun durante la comida, el gesto gracioso permanecía en su retina y no pudo evitar decirse: «Nunca te abandonaré, Sarah. Nunca, aunque vivieses mil años».

—¿Tienes más apetito, Sarah?

—Me contagio de ti.

—Tal vez se deba a que el sol nos anima.

—Entonces salgamos de aquí.

—Acaba primero.

—Espero que la suerte no se canse de nosotros.

—No se cansará, chiquilla.

Y cuando Conlon entró en la zapatería de Harold Lewis, la suerte seguía acompañándole.

—Es una póliza importante, señor Lewis —dijo Conlon—. Nos gustaría pagarla sin demora.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Redding?

Ambos tomaron asiento en la trastienda. El sol daba en las hileras de cajas y hacía brillar la piel de los zapatos expuestos en los escaparates.

Conlon miró a través de una ventana y vio a Sarah en el coche, con el bolso encima de su falda. Un policía apareció en su campo visual, sobresaltándola.

—¿Hace mucho que conocía al señor Marsh?

—Desde que vino a vivir aquí. Unos veinte años.

—¿Qué tal era como hombre de negocios?

—Solvente.

Conlon observó el corpulento pero tímido tendero, y se sonrió. Luego se inclinó un poco y dijo confidencial:

—Algunas de mis preguntas podrán no tener sentido para usted, pero mi compañía quiere que las haga.

—A nadie le gusta pagar una gran suma de dinero. Lo sé muy bien.

—Eso es cierto. Sin embargo, la señora Marsh recibirá el importe de esta póliza. Es de suponer que el matrimonio se avenía.

—Ciertamente que sí —asintió el hombre.

—Fue trágica su muerte.

—Realmente trágica.

Lewis se inclinó también para hacer más confidencial su charla. Sus ojos castaños brillaban como los del cuervo al divisar la presa. Conlon notó que la piel se le ponía granulosa.

—¿Han averiguado más cosas de él?

—¿Se refiere a otros líos?

—Puede hablar en confianza.

—Lo sé —dijo Conlon, y añadió—: Solía ver a una mujer en Nueva York.

—¡Ah! —exclamó el tendero.

Conlon aguardó a que Lewis saborease la noticia. Luego se sonrió.

—¿Cree usted que la señora Marsh sospechaba algo?

—Ni lo más mínimo. Nadie lo sospechaba. Por eso nos sorprendió a todos. De una cosa estoy seguro: ella no hubiera soportado esa clase de humillaciones.

—¿No?

—No. Se hubiera divorciado en el acto.

—Comprendo.

—Stella Marsh es pacífica, pero orgullosa. Su hermana Elizabeth es de la misma pasta. Son iguales.

—Sé que Marsh vivía entregado a las dos.

—Cierto. Siempre iban juntos.

Lewis encendió un cigarrillo y exhaló el humo por las aletas de la nariz. Ningún ruido alteraba la paz en el local.

—¿Discutió usted con alguna de ellas? —preguntó Conlon.

Su interlocutor alzó la cabeza.

—¿Cómo sabe usted eso?

El otro se sonrió.

—Pura imaginación.

Lewis se miró su cigarrillo y murmuró:

—No me gusta esa pregunta.

—Es mi trabajo.

—Sí, supongo que sí.

El tendero suspiró y miró, excusándose, a Conlon.

—En realidad no tuvo importancia.

—La póliza será pagada de todos modos. Puede usted creerme. Solo estoy interesado; eso es todo.

—A veces a los hombres nos gusta murmurar más que a las mujeres. ¿No le parece?

—Somos peores —se rio Conlon, que pensó: «Me fastidiaría tenerte de vecino».

—Sucedió hará unos diez años. El señor Marsh gastaba siempre un ocho y medio D. Entonces no tenía en existencia ese tamaño, y le di un ocho y medio E. Estaba seguro de que su pie lo admitiría. Y, desde luego, no advirtió la diferencia. Siempre confió en mí y nunca se molestó en comprobar el tamaño.

—Pero ella sí.

—Un año más tarde. ¿Creerá usted eso? ¡Tardó un año! Al clasificar sus zapatos en el armario, comprobó que había diferencia en el tamaño.

»Se enfureció conmigo. Estábamos en plena temporada y la tienda se hallaba a rebosar de clientes. ¡Y no tuvo piedad de mí!

—¿No tuvo piedad? —preguntó Conlon.

—Ninguna. Además, obligó a su marido a que dejase de comprarme. Tardé

mucho tiempo en persuadirle a que viniera de nuevo.

—Así son ciertas personas —suspiró Conlon, que se levantó—. Sí, a veces son ingratas, ¿no le parece?

Conlon estrechó la húmeda mano del tendero y le dio las gracias. Caminaba hacia la puerta cuando se detuvo a preguntar:

—¿Tenía el señor Marsh cuenta en el banco de la esquina?

—Todos los comerciantes de aquí la tienen.

—Gracias, muchas gracias.

Conlon se acercó a Sarah con una amplia sonrisa en sus labios.

—¿Sigue la buena suerte?

—Más que nunca, Sarah.

—¿Acabaste ya?

—Resta muy poco y presiento que el día será fructífero.

Condujo el coche hasta la esquina y aparcó allí.

—Limitate a seguir sosteniendo el bolso —dijo.

—Lo hago.

—Eres buena chica.

Una vez más sus ojos escudriñaron la calle. De repente sus facciones se quedaron rígidas. Acababa de reconocer a un hombre en pie en la acera.

—¿Algo va mal, Conlon?

—Nada.

Durante unos segundos dudó entre dejar quieta la pistola en el bolso o ponérsela en el bolsillo. Finalmente decidió lo primero: «Es uno de los muchachos de Cardell, desde luego —se dijo—. Lo he visto antes. Luego, Cardell también juega sucio. No le llamaré a las cuatro: este ladrador le dirá dónde está su presa».

—Sarah.

—Dime.

—Mira al otro lado de la calle. ¿Ves a un tipo de pie cerca del restaurante?

Sarah asintió.

—Sí; ahora está cruzando la calle en esta dirección. ¿Irás al banco?

—No puedes acompañarme, Sarah. Tu presencia quizá les extrañe.

—Muy bien —dijo ella.

—Quiero hacer una pregunta, la más importante de todas. ¿Comprendes?

—Sí, Conlon.

—Ten el bolso en tu falda y la mano dentro de él. Recuerda las instrucciones.

Conlon entró en el banco. Mientras hablaba con el gerente, su pensamiento estaba en Sarah, sola en el coche. Le era difícil concentrarse en lo que el gerente le decía.

—Preferimos que su compañía nos escriba, señor Redding. Nosotros contestaríamos aquellas preguntas que fueran aceptables.

—Lo sé, señor Carter. Pero algo urgente nos lo impidió.

—¿Algo urgente?

—Sí. Por ello hice este viaje especial. Para nosotros el tiempo, en este caso, es factor importantísimo.

—¿Tan urgente es? —preguntó el gerente.

—Lo es y afecta al beneficiario.

El gerente alzó sus grises cejas.

—¿Se refiere a la señora Marsh?

—Es todo cuanto puedo decir. Incluso he dicho más de lo que debiera.

El otro inclinó la cabeza, pensativo, y murmuró:

—La señora Marsh.

—Somos una firma establecida de antiguo, señor Carter. Usted lo sabe. Por favor, tenga confianza en nosotros.

Conlon advirtió satisfecho que había vencido. El gerente preguntó:

—¿Qué quiere usted saber?

—¿Tiene la señora Marsh una caja de alquiler en este banco?

—Sí.

—¿Cuándo la utilizó por última vez?

Carter abandonó su pequeña oficina. Conlon oyó como los pasos resonaban en el suelo de granito.

Su primer impulso fue levantarse e irse del banco. Pero se dominó y continuó sentado: «Solo resta esperar —se dijo—. Si he tocado la tecla equivocada, habré de tener paciencia, pues de ningún modo podré arreglarlo. Si sospecha que soy un impostor...».

Los pasos que regresaban interrumpieron sus pensamientos.

—Acabo de comprobarlo, señor Redding.

—Gracias, señor Carter.

—Estuvo aquí ayer.

—¿Ayer?

—A primera hora de la mañana. ¿Algo más, señor Redding?

—No, muchas gracias.

—Espero haber sido de utilidad.

—Lo ha sido.

Cuando la luz del sol le dio de lleno sintió la frialdad del sudor en su cuerpo.

—Aún está allí, Conlon —dijo Sarah.

—Mejor. Marchémonos.

En la primera gasolinera se detuvo y esperó que llegara el empleado.

—La señora Marsh me ha dicho que usted revisa su coche.

—¿Marsh?

—Albert Marsh.

—Se ha equivocado, señor. Lo hace dos bloques más arriba.

—Gracias —respondió Conlon, y se marchó.

Por el espejo retrovisor vio el coche azul que seguía a corta distancia. Reconoció

al conductor y sus labios se apretaron. Luego entró en la estación de servicio y el otro coche pasó lentamente.

—Llene —dijo Conlon.

—Sí, señor.

—¿Es usted el dueño?

—Sí.

Conlon se sacó la tarjeta y la mostró al hombre.

—¿Seguros?

—Sí.

—¿De qué se trata, señor Redding?

—La señora Marsh me ha informado de que usted atiende su coche.

El hombre asintió.

—Según sabemos, la familia solo tiene un vehículo.

—Un «Chrysler» grande.

Conlon se sonrió malignamente.

—La señora Marsh me envía. Hizo una reclamación y hay un pequeño malentendido que intentamos aclarar.

—El coche es nuevo. No hay nada mal en él. La última vez que lo revisé marcaba quince mil de rodaje.

Conlon volvió a sonreírle.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará unas semanas. No, fue el martes pasado.

—En tal caso, cinco días.

—Eso mismo.

—¿Está seguro de las millas?

—Unas quince mil.

Conlon le ofreció un billete de cinco dólares.

—¿No tendría usted a mano la cifra exacta, por favor?

—Quizá sí.

El hombre se sonrió antes de coger el billete de cinco dólares. Luego entraron juntos en la oficina de servicio, donde el dueño consultó su pequeño archivo.

—Aquí está —dijo.

Conlon leyó la ficha.

—Cambio de aceite y engrase. Catorce mil novecientas treinta y dos millas.

—Eso es.

—Gracias —dijo Conlon.

—No comprendo qué ha podido reclamar —el hombre se rascó la cabeza con mano grasienta y miró perplejo a Conlon—. No recuerdo ni un mal rasguño en el coche.

—No se esfuerce en comprender a las mujeres —se rio Conlon.

—Tiene razón, amigo.

—Gracias por todo, y cómprese unos cigarros.

—Así lo haré.

Conlon le estrechó la mano y se fue. En la calle quiso comprobar la presencia del coche azul, pero había desaparecido.

—Quizá se haya marchado, Conlon —dijo Sarah.

—Solo por un rato, chiquilla.

Conlon vio en sus ojos un destello de temor. Su fuerte mano presionó la de ella.

—Aún nos queda algún tiempo, Sarah. Cardell no hará nada todavía. No te preocupes.

—¿Cómo nos encontró aquí?

—No fue casual —suspiró y añadió suavemente—: El muchacho lleva con nosotros desde que abandonamos nuestra casa.

—¿Lo sabes desde entonces, Conlon?

—Digamos que lo sé desde ahora.

—¿Qué haremos?

—Espera que lo llame a las cuatro. Y ya casi lo son.

—¿Lo harás?

—He jugado mi carta, Sarah. Ya no hay por qué llamarle. Me valí de la maleta para ganar tiempo.

Se encogió de hombros y no habló durante un rato. La carretera se extendía ante ellos como una cinta bruñida por el sol.

—¡Estoy tan cerca! —exclamó Conlon.

—¿Sí?

—Sí, Sarah —y añadió con firmeza—: ¡Al infierno con Cardell! No intentará nada hasta que haya oscurecido. Así es como operan las ratas. Mientras, haré buen uso del tiempo que nos queda.

Se acercó a la cuneta, hizo un giro de ciento ochenta grados y regresó a Hunt.

—Vamos a casa de Marsh. Veremos su coche.

—¿Su coche?

—Sí.

—Había ochenta y dos millas desde el centro de Nueva York a Hunt, ¿verdad?

—Ochenta y dos.

—Calcula otras quince o veinte hasta Coney Island. Esto hace unas cien.

—Eso es, Conlon.

El acento irlandés llegó suavemente a sus oídos y le liberó de la preocupación. Se rio suavemente.

—¿Puedes almacenar otra cifra en tu linda cabeza, chiquilla?

—Lo intentaré, William Conlon.

—Novecientas treinta y dos.

—¡Oh! La cifra es demasiado grande para una cabeza tan pequeña como la mía. Los ojos de Conlon chispearon alegres.

—Sí, es pequeña. Y, sin embargo, tan bella que el mundo canta al verla.

—¡Oíd a mi hombre! —se rio Sarah.

Al oír su risa, Conlon se preguntó si alguna vez le había parecido vieja. Aquel timbre le caldeaba ahora más que el primer día, años atrás. Deseó decirle qué sentimientos despertaba en su corazón, pero no halló palabras adecuadas. Por ello se limitó a mirar su delicado perfil, tocado por el sol.

Pronto vieron la casa de Marsh.

—Esa es —dijo Conlon.

El edificio parecía un lugar tranquilo al sol de la tarde, corridas sus cortinas. Un camino de losetas conducía a la puerta blanca y parda. El llamador de bronce brillaba. Conlon divisó el «Chrysler» en el extremo alejado de la casa.

—Nuestra suerte sigue en pie —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira el coche. Quiero que te acerques a él mientras yo estoy en la casa.

Sarah lo miró.

—Utilizo el recurso de la póliza de seguro por última vez, Sarah. No creo que dé resultado; si bien me abrirá las puertas de la casa y podré ver a Stella Marsh.

—¿Qué hay en el coche?

Conlon ni oyó la pregunta.

—Tendré suficiente con verla —añadió—. Solo con eso sabré si tengo razón. Siempre me guie por la primera impresión. Quizá lo deba a la práctica de tantos años haciendo la ronda. Ver sus caras y hablarles, ayuda a conocer a las personas.

Sarah le tocó un brazo.

—¿Qué hay del coche?

Pero él siguió mirándola sin verla.

—Si Scofield hubiera hecho la ronda tanto tiempo como yo, sería un hombre distinto. Por eso concibe una idea y ya no la suelta. Helen Matthews es una asesina y él corre tras ella como un caballo que solo ve la pista. Scofield no se para ni una vez para mirar a su alrededor. Es un hombre de ideas; pero siempre equivocadas.

Él mismo asintió con la cabeza a sus palabras.

—Equivocado. Una vez leí un libro sobre un hombre que enloqueció. El pobre enfermo se imaginó que la gente quería perjudicarlo, y por más que le decían fue inútil. Un día su hermano fue a visitarlo y le llevó un pastel y el hombre se imaginó que estaba envenenado. Así se comportó hasta que los médicos le ayudaron a desechar semejante idea.

Conlon guardó silencio durante breves minutos.

—Scofield se aferra a la idea de que yo estaba borracho. Por desgracia, mis actos se ajustaban a su idea. Lo mismo ocurre con Helen. Es todo un hombre de ideas fijas; inamovibles diría yo.

Miró la casa y señaló con el dedo.

—Allí es, Sarah. Estoy seguro.

—¿Y el coche, Conlon?

—¿El coche? ¡Ah, sí! Lo había olvidado.

—Lo sé —exclamó Sarah, con sonrisa juguetona en sus ojos.

Conlon se rio entre dientes y señaló el automóvil.

—Limítate a leer el cuentamillas.

—¿Y luego?

—Apréndete de memoria la cifra que marca ahora.

—Muy bien.

—Luego me esperarás.

—¿Esperarte?

Sarah dejó de sonreírse y un ligero temblor se acentuó en sus labios. Conlon abrió el bolso y después de comprobar si pasaba algún coche, sacó la pistola con la culata vuelta hacia su esposa.

—Cógela.

Sarah vaciló.

—¡Cógela! Acostúmbrate a ella.

La cogió.

—Empúñala con mano firme.

Los pequeños dedos presionaron la culata.

—Manténla con el cañón hacia abajo y apoya el dedo índice sobre el gatillo. Suavemente, Sarah.

Conlon observó cómo lo hacía.

—Eso es todo. Un ligero apretón y se dispara.

Sarah lo miró sonriente.

—No temo en absoluto, Conlon.

Los grises ojos de este llamearon.

—¿Qué pasa? —preguntó Sarah.

—Acaba de ocurrírseme lo fácil que es para una mujer matar a un hombre, si está determinada a hacerlo —y añadió lentamente—: Al menos para cierta clase de mujer.

—Y tú consideras que Stella Marsh es esa clase de mujer.

—Bien. Manos a la obra.

Sarah volvió a guardar la pistola en el bolso. Conlon la miraba preocupado mientras lo hacía.

—Empiezo a pensar que sospechas de mí, Conlon —dijo ella.

—Tú no eres de esa clase de mujer, Sarah.

—Deberías sonreír al decirlo.

—No estoy de humor para sonreír, chiquilla. Vamos.

Cuando cruzaron la calle, Conlon la detuvo.

—Tu misión es el coche. Una vez realizada, me esperas junto a aquel árbol —lo señaló.

Sarah asintió.

—Y mientras aguardas, mantén abiertos los ojos, y la mano dentro del bolso.

—No me hagas esperar mucho, Conlon.

—Lo procuraré.

Conlon la acarició y contempló como se alejaba. Luego se encaminó a la casa, levantó el picaporte y golpeó la madera de la puerta.

El sonido rompió el silencio circundante. Conlon esperó un par de minutos, y se disponía a llamar de nuevo cuando abrieron la puerta. Tuvo que mirar hacia abajo para ver las facciones de una bella mujer.

—¿Stella Marsh?

—Sí.

Stella se quedó junto a la puerta medio abierta; sus grandes ojos miraban inquisitivos. Eran negros con una suavidad profunda y limpia. El resto de su cara parecía moldeada alrededor de ellos: las negras cejas arqueadas; la ancha y pálida frente, y el abundante pelo negro. Tenía la pequeña nariz recta y los labios quizá demasiado rojos y llenos. No obstante, era la blancura de su piel lo que los hacía parecer demasiado rojos. Su cuerpo era grácil y armonioso. Ciertamente, no podía decirse que fuera joven, si bien su llamativa belleza resplandecía.

—Lamento molestarla, señora Marsh. ¿Puede concederme unos minutos?

—¿De qué se trata?

Conlon le entregó su tarjeta. Mientras ella leía observó una figura en el vestíbulo en sombras, detrás de Stella. Era otra mujer.

—¿Seguros Atlas? No comprendo.

—¿Puedo pasar, por favor?

Stella le devolvió la tarjeta y denegó con la cabeza.

—No, señor Redding.

—Se trata de un asunto relacionado con su marido, señora Marsh.

Mientras hablaba sus ojos miraron a la otra mujer, y vio su temblor.

—¿En qué sentido afecta a mi marido?

—Tiene suscrita una póliza en nuestra compañía.

Conlon creyó advertir cierta burla en las pupilas de Stella.

—¿A cuánto asciende la póliza?

—Cincuenta mil dólares.

Stella alzó algo su voz al dirigirse a la mujer que se hallaba detrás de ella.

—¿Tenía Albert alguna póliza en *Seguros Atlas*?

—No.

—¿Y bien, señor Redding?

—Es cierto. Mi compañía me manda para hablar con usted de ella.

—Entonces su compañía se equivoca.

—Eso no es posible.

—Pues lo es.

La otra mujer dijo:

—No lo dejes pasar.

—No lo dejo.

—Pero vine desde Nueva York para entrevistarme con usted. Lo menos que puede hacer es concederme unos minutos.

—Ya se los he concedido.

Conlon se puso la mano en su bolsillo interior, y dijo:

—¿Puedo entrar y mostrarle la póliza?

—¡Que no entre, Stella!

—No entra, Elizabeth —respondió Stella, que miró a Conlon—. ¿Quiere hacer el favor de marcharse?

Los grandes ojos negros miraban intranquilos. La voz era pausada y totalmente controlada. No obstante, Conlon presentía que sus nervios estaban a flor de piel, y que si obraba acertadamente, la esposa de Marsh estallararía, mostrándole lo que había venido a ver.

—Es usted muy injusta. No guarda la más mínima consideración hacia un semejante. Le dije que vengo desde Nueva York.

—¿Quiere irse? ¿O prefiere que mi hermana llame a la policía?

—¡Llámela! —exclamó Conlon.

Los negros ojos empezaron a inquietarse.

—¡Le he dicho que se vaya!

Conlon interpuso un pie entre la puerta y el marco.

—No quiero.

—¡Elizabeth!

—¡No, Stella! ¡Dile que se vaya!

—¡Elizabeth, obedece!

Los negros ojos mostraron irritación y la voz dejó de ser controlada.

—¡Maldita seas, Elizabeth! ¡Haz lo que te digo!

—Stella, por favor —suplicó su hermana.

Conlon apartó el pie.

—Me iré.

Luego observó los llameantes ojos y el rostro blanco y rígido.

—¡Bastardo! —gritó Stella.

Y su linda mano se alzó con fuerza y pegó de lleno en la cara de Conlon. La puerta fue cerrada con un violento golpe.

—Gracias —dijo Conlon.

Cuando este se reunió con Sarah debajo del árbol, su rostro aparecía rojo por el bofetón. Pero había una sonrisa en sus labios.

—Aún tenemos suerte, Sarah.

—¿Qué te ha sucedido en la mejilla?

Conlon acentuó su sonrisa.

—Recibí un tratamiento de belleza.

Antes de que Sarah preguntase de nuevo la condujo hacia el automóvil de ellos.

—¿Conseguiste la cifra?

—Sí.

—¿Cuál?

—Quince mil trescientas...

—¿Trescientas? —interrumpió Conlon.

—Trescientas ochenta.

—Bien —murmuró—. Muy bien.

Condujo en silencio, pensativo. De cuando en cuando miraba el espejo retrovisor.

Sarah rompió el silencio.

—¿Y ahora qué, Conlon?

Este tardó un momento en contestar.

—Ahora intentaremos perder a ese sujeto.

Sarah se volvió a mirar. Detrás de ellos venía el coche azul.

—Dame la pistola, Sarah.

XVI

Condujo a través de las calles de Waterbury seguido del otro automóvil. Una vez casi logró despistarlo entre el tráfico del atardecer. Y estaba a punto de sonreír a Sarah cuando esta dijo:

—Ahí lo tenemos.

Conlon entrecerró los párpados.

—Creí haberlo perdido.

—Se hace tarde.

—Lo sé, chiquilla.

—¿Y Cardell?

—Viene hacia aquí ahora. Su levantaperdices intentará algo para servirnos en bandeja al amo.

—¿Qué haremos?

—Me cree desarmado, Sarah. Eso juega a nuestro favor.

Sarah miró atrás.

—Ese sujeto no intentará nada aquí. Al menos no en la ciudad.

Conlon sacudió la cabeza.

—Aquí no. Pero sabe que más pronto o más tarde procuraré escapar. Una vez fuera de la ciudad, hará su trabajo. Tiene un buen coche, Sarah, y el nuestro no puede competir —y añadió sardónico—: Será mejor que llame a un policía.

Sarah no contestó, y Conlon le golpeó suavemente las rodillas.

—Fue un chiste malo.

—Fue un mal chiste, Conlon —dijo ella.

El coche azul no se despegaba. Conlon recorrió varias calles más y tuvo que detenerse ante un semáforo. Miró por el espejo y gruñó enojado. Luego sus ojos se fijaron en los escaparates de las tiendas. El muriente sol caía rojo. De repente recordó algo, y si bien la luz había cambiado, no se movió. Los otros coches hicieron sonar sus bocinas.

—¡Conlon! —exclamó Sarah.

—¡La armería! —dijo él—. ¿Por qué no la habré recordado antes? Debe de estar en Waterbury. Marsh realizaba aquí la mayoría de sus compras. Recuerda que iba siempre a las mismas tiendas.

—La luz, Conlon.

Asintió, sin oírla, y prosiguió en voz baja:

—Sí. La mayor parte de sus compras las hacía aquí. Cranston se halla al otro lado de la calle. Allí es donde se vestía. Barton, el óptico, también tiene un establecimiento en Waterbury. Y no...

—Conlon...

—No hay armería, Sarah.

El sonido de las bocinas se incrementó.

—Regresemos, Sarah. Primero me desembarazaré de ese tipo y luego regresaremos aquí antes de que cierren las tiendas.

Pisó el acelerador y el coche se disparó. Conlon guio hacia las afueras de la ciudad. Después de un rato preguntó:

—¿Por qué sonaban las bocinas con tanta insistencia?

—Por nada, Conlon, por nada.

En la autopista aumentó la velocidad.

—Sarah.

—Dime.

—Mira si está detrás de nosotros.

—Está, Conlon.

—Estupendo.

Esperó la oportunidad de un cruce. Pasó a toda velocidad uno y se preparó para el siguiente.

—¿Sigue pegado al nuestro?

—Sí.

—Magnífico.

Vio el cruce, aumentó la velocidad y, a punto de alcanzarlo, giró de repente el volante tanto como pudo. El coche obedeció casi sobre dos ruedas, y empezó a patinar. Sarah gritó asustada. Iban rectos a un árbol cuando Conlon pudo deshacer el patinazo. Su pie hundió el acelerador al máximo y el polvo del solitario camino se alzó violento a su paso.

El coche azul seguiría un buen trecho por la autopista antes de que su conductor lograra retroceder para reanudar la caza.

—Conseguí sorprenderlo. Sarah.

—Y casi nos matamos, Conlon.

—Solo casi.

Giró en una curva sin visibilidad y aminoró la marcha, frenando en seco.

—No te muevas, Sarah.

Saltó del coche, buscó precipitadamente una piedra de regular tamaño, la cogió y se agachó detrás de su vehículo.

Pronto, en la quietud del atardecer, oyó el motor del otro automóvil que se acercaba. Conlon aguardó tenso. El coche apareció a toda velocidad en la curva, y, de repente, chirriaron sus frenos.

—Muy bien, bastardo —murmuró Conlon.

Tiró con fuerza la piedra a una ventanilla del coche azul, y corrió hacia él con la pistola en la mano.

—¡Salga de ahí, bastardo! ¡Salga de prisa!

El conductor le miró atónito. Conlon le obligó a descender. La sangre manchaba la frente y barba de aquel. Luego le registró los bolsillos hasta encontrar su arma, que

arrojó entre los árboles que lineaban la carretera.

—Bien —dijo—. Ahora está desarmado.

El sujeto era corpulento y de rostro endurecido. Conlon se guardó su automática.

—Yo tampoco la tengo. Estamos iguales.

Lo atacó fieramente con toda su contenida furia. Cada vez sentía crujir sus puños en la dura carne de su adversario. Finalmente se contuvo al oír los gritos de Sarah.

—¡Conlon! ¡Que lo matarás!

El hombre se desplomó de rodillas y cayó de cara al suelo. Conlon se volvió silencioso, abrió la capota del coche y sus manos tiraron del tubo de cobre que partía del carburador, arrancándolo. Luego se encaminó a su propio coche, y observó el pálido rostro de Sarah.

—Regresamos a Waterbury —dijo.

XVII

En la tienda no había clientes cuando Conlon y Sarah entraron. El empleado los miró enojado.

—Estoy a punto de cerrar —dijo.

Conlon se sonrió y miró a su alrededor. Vio un rifle del dieciséis que le hizo añorar los días de caza con Dave Grimes. Era un «Winchester».

—¡Qué bonito! —exclamó—. ¿Verdad, Sarah?

—Sí, Conlon.

—¿Por qué no viene mañana? —preguntó el empleado—. He tenido un día largo. El amo está enfermo y yo atiendo solo la armería.

—Me sobra con un par de minutos. Estoy interesado en una de sus armas.

—¿No podría aguardar a mañana? La venta de un arma precisa de más de dos minutos. Usted lo sabe.

Conlon se sacó la cartera, y extrajo el último billete de veinte dólares que tenía.

—Quiero hacerle unas preguntas.

—¿Unas preguntas? —repitió extrañado el otro.

—Si me da respuestas satisfactorias el billete es suyo.

—¿De qué se trata?

—¿Conoce usted a los Marsh, de Hunt? Albert Marsh.

El joven le miró preocupado.

—¿Qué desea saber de él?

—Conseguiré el billete si me demuestra que le vendió un arma.

El empleado seguía mirando a Conlon. Fuera, la oscuridad se había adueñado de la calle y el alumbrado público ardía ya.

—¿Le vendió alguna?

—¿Es de la policía?

Conlon sacudió la cabeza.

—¿Por qué quiere saberlo? —preguntó el empleado, que miró a Conlon y a Sarah.

—Por favor, díganoslo —intervino ella—. Nos sería de gran ayuda.

Sarah le miró suplicante.

—Y se llevará a casa veinte dólares que no esperaba —añadió Conlon.

El joven vaciló.

—No quiero líos.

—No habrá líos —contestó rápida Sarah—. En cuanto salgamos de aquí, olvídenos. Jamás volverá a vernos ni sabrá de nosotros.

Conlon se abstuvo de intervenir.

—Por favor —insistió Sarah—. Contéstele y nos iremos.

Su voz temblaba, casi rota. El joven seguía mirándola. Al fin dijo:

—Se la vendí.

—¿Qué le vendió?

—Un «Winchester». Solía ir a la caza del venado. Fue un rifle del dieciséis, igual que ese —lo señaló.

—¿Y armas cortas? —preguntó Conlon.

El vendedor asintió.

—Sí; un «Smith and Wesson» del treinta y dos.

—¿Solo uno?

—No.

Sarah vio brillar los ojos de Conlon.

—También una pequeña «Luger» automática; tamaño de bolsillo.

—Tamaño de bolsillo —repitió Conlon.

—Sí. Fue la única que pudimos conseguir. Se ven pocas de esas ahora.

—No sabía que las fabricasen ya.

—Eso creía Marsh también. Le gustó y la compró.

—¿Cuándo?

—Hace unos años.

Conlon le entregó el billete.

—Gracias —dijo.

—¿Es cuanto quería saber?

—Eso es todo.

Ya en el coche, Conlon dijo tiernamente:

—Lo hiciste muy bien, Sarah.

—¿Sí?

—Nadie podría resistirse por mucho rato ante tu persuasión.

Sarah se sonrió.

—Comprendí que significaba mucho para ti, Conlon.

—Muchísimo, Sarah. Es algo así como el broche que cierra un epílogo.

Puso en marcha el coche.

—¿Y ahora, Conlon?

—Ahora voy a ver a Stella Marsh. Cuando acabe con ella, incluso Scofield me creerá.

—Ya es de noche.

Conlon sabía que ella pensaba en Cardell. Condujo en silencio. Después de un rato dijo:

—Aún llevo un arma, Sarah.

Su mano buscó la de ella y la apretó fuertemente.

—Lo haremos pese a todo, Conlon.

—Lo haremos.

Cerca de la casa de Marsh, aminoró la marcha y condujo hasta el árbol. Pero continuó sentado, mirando hacia una ventana iluminada.

—Conlon.

—¿Qué Sarah?

—Alguien se nos acerca.

Y vio la figura.

—Tu bolso. ¡Ábrelo!

Dejó caer la pistola dentro del bolso.

—Hola, Conlon.

—Hola, Scofield.

—¿Sorprendido de verme?

—No.

Scofield se apoyó de modo casual en la portezuela y se sonrió.

—¿Ha tenido un día atareado? —preguntó.

—Algo.

—Yo también.

Saludó a Sarah.

—Su aspecto es excelente, señora Conlon. El aire de Connecticut parece probarle. La mirada glacial de Sarah le hizo reír. Se volvió a Conlon.

—Tengo entendido que ha visitado a los Marsh.

—¿De veras?

—Está usted tan equivocado como de costumbre. Y se está enfangando en nuevos problemas, Conlon. Más de lo que ya estaba.

—Lo ignoraba.

Los dedos de Scofield tamborilearon sobre el coche.

—Pero lo está, Conlon. Lo está.

—Dígame uno de esos problemas, Scofield.

—Hay el asunto de una valija. Alguien me la mandó a la central, Conlon. Hemos identificado la ropa que había en su interior.

—¿De Helen Matthews?

—¿Cómo lo adivinó?

—Mi mente de policía torpe.

—¿Y la valija?

—No sé.

—Nosotros esperamos saberlo muy pronto. Se trata de una maleta para señoras —sonrió a Sarah—. ¿No será suya, señora Conlon?

—Responderé yo, Sarah —dijo Conlon.

—Muy bien, hazlo.

Conlon miró a los ojos de Scofield.

—Fue comprada hace unos años. Necesitará mucho tiempo para encontrarle la pista.

—Un día o dos.

—Eso es mucho tiempo para mí.

—Quizá sí. ¡Ah, se me olvidaba! La señora Marsh está muy alterada con su visita. No la moleste más.

—Si usted lo dice.

—Lo digo. Y por si le interesa... su amigo Cardell le busca. Lo perdí en mi camino hacia aquí.

—Sí, Scofield. Usted lo perdió —dijo Conlon irónico.

Los ojos del teniente brillaron en la oscuridad, pero en sus labios había una sonrisa.

—Los estamos buscando, Conlon. La policía de Connecticut está alertada. Encontramos a Angie, tendido en los prados de Canarsie.

—¿Angie?

—No estaba muerto cuando lo hallamos. Habló.

—¿Habló? Esas ratas mueren con la boca cerrada. Querrá decir que lo hizo hablar.

—Quizá sí —y añadió tranquilamente—: Como ve, Cardell me gusta tanto como usted, Conlon. Ahora sé que lo tengo. Y usted no tardará mucho.

—Pero no por asesinato.

—Desgraciadamente para mí, no por asesinato.

Conlon se rio.

—¿Puedo seguir ahora?

—¿Le importa decirme dónde está Helen Matthews?

—Es usted un necio, Scofield.

—¿Sí?

—Tuvo un día laborioso. ¿Cómo? ¿Intentando encontrar a Helen?

—Y reuniendo evidencias contra ella. He comprobado los informes del laboratorio. Le he concedido más escapatorias de las que usted hubiera dejado. Todo indica que es culpable —su voz se alteró—. ¿Quién es el necio, Conlon?

—Una vez leí que no hay necio tan necio como un necio educado, Scofield. Usted tropezaría con un asesino y no lo reconocería. —Conlon señaló la casa—. Si aparta sus ojos de Helen Matthews un segundo, verá lo que busca. Pero no lo hará.

—¿Stella Marsh?

—Stella Marsh.

Scofield se rio.

—¿Y habla usted de necios?

—Puedo demostrárselo. ¿Quiere acompañarme?

Scofield palmeó fuerte contra el coche. Luego chilló:

—¡Oiga, desgraciado borracho! Usted tiene la culpa de que matasen a Angie. Contó a Cardell una fantástica historia. Le dijo que Angie se valió de Lil Wallace para tender la trampa a Helen Matthews. Y se da el caso comprobado de que Lil no estuvo cerca del hotel aquella noche. La interrogué después de hablar con Angie.

—Gracias por decírmelo —exclamó fríamente Conlon—. Encaja muy bien.

—¡Encaja! ¡No hay peor necio que un borracho! Sobre todo si fue policía de ronda. ¡Encaja! ¿También encaja Stella Marsh? La noche del crimen se la pasó en casa acompañada de su hermana. No salió para nada en toda la noche.

—Gracias otra vez. Esperaba que Stella dijera eso —y añadió suavemente—: Resulta curioso cómo dos sujetos pueden mirar la misma cosa y verla distintamente.

—¿Verdad que sí? —se burló Scofield.

Conlon lo miró severamente y contestó:

—Sí. Incluso aunque tropezara en ella. ¿Puedo irme?

Scofield se apartó del coche.

—Empiezo a pensar que yo le intereso más que Helen Matthews.

—Cuando le coja, Conlon, ni su madre lo reconocerá luego.

—Cuando me coja.

Conlon puso en marcha el automóvil y se alejó de la tensa y delgada figura que lo miraba enfurecido.

—Dijo unas cuantas cosas difíciles de encajar —exclamó Sarah.

—Sí, chiquilla.

—Hay ocasiones en que es mejor encajarlas.

Conlon se limitó a suspirar.

—¿Y ahora, Conlon?

—Tendré que alejarme un rato de la casa. Buscaremos un sitio donde ocultarnos y luego volveré a intentarlo.

—¿Quieres verla?

—A las dos, Sarah. Sé que puedo hacerlas confesar. Lo sé, Sarah.

—¿Y luego?

—Llamaré a la policía.

—¡A Scofield, no! —exclamó ella.

Conlon se rio.

—Él ni entonces me creería —denegó con la cabeza—. No, él no. Llamaré a la policía de Connecticut.

Conlon siguió a través de las oscuras y desiertas calles de Hunt.

—Nos alojaremos en un hotel hasta las primeras horas de la mañana —dijo Conlon—, y entonces iremos a ver a Stella Marsh. ¿Tienes dinero?

—Quince dólares.

—Hay suficiente.

Conlon se sonrió.

—¿Nos lo estamos gastando todo, verdad?

—Lo gastaremos si es preciso, Conlon.

—Lo gastaremos, pequeña.

Cuando se disponía a golpearle cariñosamente las rodillas, un turismo salió disparado de un cruce y bloqueó la carretera. Conlon, instintivamente, usó los frenos. Y con vertiginosa celeridad pensó en la pistola que estaba en el bolso de Sarah. Pero

antes de que pudiera moverse, oyó la voz de Cardell.

—Bien, Conlon.

Este volvió la cabeza y vio un revólver que le apuntaba. Detrás del arma se hallaba el rostro duro y cruel de Cardell.

—Salga fuera. Usted también —dijo a Sarah.

Los obligó a acomodarse en los asientos interiores del otro vehículo. Conlon reconoció los duros rostros de sus dos acompañantes y supo que no tendrían piedad.

—Poned su coche a un lado de la carretera —ordenó Cardell.

Luego sentóse junto a Conlon y Sarah, con el revólver en la mano.

—Es usted un tramposo —dijo.

Conlon oyó su coche que era apartado a un lado de la carretera y no contestó. Después le llegaron los pasos sobre la grava, y una voz que dijo:

—Listo, Cardell.

—En marcha, pues.

El turismo arrancó a gran velocidad, con los faros penetrando la tranquila noche. Conlon puso su mano sobre la de Sarah.

—Deja las manos donde yo pueda verlas —ordenó Cardell.

—Usted no cumplió su palabra —dijo Conlon—. Yo no estaba obligado a respetar nuestro acuerdo.

—Eso ya no importa.

Conlon retiró su mano y miró el pálido rostro de Sarah, y luego el bolso.

—Aún no estamos vencidos, chiquilla.

—Lo estará cuando acabe con usted —dijo Cardell.

Conlon miró al frente y quiso decir con el pensamiento a Sarah: «Aún tenemos una posibilidad, chiquilla, si coges la pistola en el momento oportuno. Solo que debe de ser en el momento oportuno. Y ha de serlo, Sarah».

El conductor preguntó:

—¿Es seguro el sitio elegido, Cardell?

—Será tan bueno como otro cualquiera.

—Conforme.

El otro sujeto permanecía silencioso. Conlon lo recordaba muy bien. Una vez lo detuvo por golpear a un hombre que no podía pagar un préstamo de Cardell.

«No olvida eso —pensó Conlon—. Le gustará quitarme de en medio».

—Hace una buena noche —dijo el chófer.

—Sí —respondió Cardell—. Hace una buena noche. Realmente es buena.

—¿Qué le habrá sucedido a Jerry? —preguntó el chófer—. Supuse que estaría siguiendo a este sujeto.

—Este sujeto es un tramposo, muy capaz de perder a la gente —Cardell miró a Conlon—. ¿Cuándo logró despegárselo?

—No sé de qué me habla.

Cardell le hundió en el costado el cañón del revólver.

—¿Cuándo?

—Hacia las siete —dijo Sarah—. En Waterbury.

Cardell se sonrió.

—Tiene más sentido que usted, Conlon —y añadió lúgubrementemente—. Lo tendré en cuenta.

—¿La dejará tranquila? —preguntó Conlon.

—La dejaré tranquila.

El tercer hombre junto al conductor miró atrás. Sus ojos brillaron en la oscuridad.

—Quiero mi oportunidad con él.

—Tendrás tu oportunidad —aseveró Cardell.

De cuando en cuando la luz de una casa solitaria parpadeaba. Y eso hacía que Conlon se sintiera más desesperanzado. Se esforzó en vencer su desánimo y anheló fervientemente presionar entre las suyas las manos de Sarah.

—Jerry es una gallina clueca —dijo el conductor.

—Se mantuvo el tiempo suficiente en la estela de este tipo para que supiésemos dónde estaba. No critiques a Jerry —repuso Cardell.

—No lo critico. Solo digo que...

—¡Cállate!

Todos guardaron silencio. Conlon se preguntó cuán más lejos irían. De repente dijo el conductor:

—Ahí está, Cardell.

—Aminora y gira hacia allí. No apagues las luces. Las necesitaremos.

—Entendido.

El automóvil se salió de la carretera y continuó hacia un pajar. Más allá, el campo se perdía en la noche. Cuando el motor dejó de funcionar, Conlon solo oyó el intermitente «cricri» de un grillo. Segundos después, Cardell ordenó:

—¡Salgan!

El coche se hallaba junto a la parte trasera del pajar, oculto a la carretera. Sus faros alumbraban una desnuda pared.

Cardell hizo seña con su revólver.

—Junto a la pared, Conlon. ¡De prisa!

Este miró a Sarah, y dijo:

—¡Cardell, óigame!

—¡A la pared!

Los otros se acercaron.

—Scofield le sigue la pista —dijo el ex policía.

—¿Scofield?

—Sí. Hallaron a Angie.

—¡Déjese de cuentos!

—Es verdad. Y Angie habló. Le irá mejor seguir adelante y buscar un sitio donde ocultarse.

—No me dice la verdad. Como tampoco me la dijo por teléfono esta mañana.

—Es un tramposo —intervino el chófer.

—Lo sé —respondió Cardell—. ¡Váyase a la pared, Conlon!

El tercer hombre se abalanzó contra Conlon y lo golpeó duramente. Sarah chilló al ver que salía sangre de la boca de su esposo.

—Así, Eddie —animó Cardell—. Es el cambio de la moneda.

Eddie empujó violentamente a Conlon, que fue a chocar contra la pared. Cardell se volvió a Sarah.

—Usted se queda aquí y mira un rato.

Le arrebató el bolso y lo tiró a la hierba. El bolso quedó abierto.

—No lo necesita, señora. Por aquí no pasa ningún autobús.

—¡Déjenlo! —rogó Sarah—. ¡Por favor!

—Claro que sí —murmuró Cardell.

Pero hizo una seña a Eddie. Conlon procuró fortalecerse contra los golpes que recibía, animándose a sí mismo: «Tengo que aguantar. ¡Tengo que aguantar!».

Como de muy lejos oyó que le preguntaban:

—¿Tiene bastante, Conlon?

De pronto advirtió que estaba de rodillas y Cardell en pie ante él.

—¿Me dirá ahora dónde está la golfa?

Conlon quiso mirar el rostro de Cardell y los faros lo deslumbraron. Parpadeó sin ver.

—¿Dónde está?

Mientras Cardell le pegaba, él vio la pequeña figura de su esposa, con el horror reflejado en sus ojos. Pese a ello, sus labios no pronunciaron palabra alguna.

—Es duro —dijo Eddie.

—Dale un poco más. Luego la trabajaremos a ella.

Entonces empezó la peor de las agonías para Conlon. Y cuando parecía llegar al límite de su resistencia, una explosión resonó en la noche. ¡Sarah tenía la pistola!

—Déjenlo —gritó—. ¡Déjenlo!

La neblina se disipó ante los ojos de Conlon, que vio claramente a su esposa. Ella miraba el grupo de hombres, y el arma se hallaba firmemente sujeta en su mano. Conlon pensó que había dejado de ser un pajarillo, como siempre la llamara.

—¡Conlon! —exclamó Sarah.

Este se apoyó contra la pared. La sangre corría por su maltratado semblante.

—Conlon —repitió ella—. Conlon, ven a mi lado.

Conlon terminó de ponerse en pie y caminó inseguro. Ya a su lado, vio el coraje y determinación que reflejaban sus encendidas pupilas.

—¿Te queda algo de fuerza, Conlon?

—Aún me queda un resto, chiquilla.

—Quítales las armas.

Conlon se sonrió, orgulloso de la presencia de ánimo que mostraba ella. Muy

pronto, aquellos indeseables perdieron sus garras y sintiéronse como desnudos a la luz de la luna.

Conlon tiró los revólveres a la hierba.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Sarah.

—Algo mejor, chiquilla.

Sarah disparó una vez más por encima de las cabezas a la pared del pajar, y dijo:

—Devuélveles lo que te dieron.

Las fuerzas se le multiplicaron a cada paso que daba. Se irguió ante ellos. Sus golpes duros, demoledores, abatieron al chófer, que se quejó de dolor.

Conlon se volvió a Eddie.

—¡Mereces la muerte!

De repente se agachó, lo alzó en sus brazos y lo estrelló contra la pared.

—Le propongo un trato —dijo Cardell.

Conlon se le encaró.

—Cuando esté en el infierno —fue su respuesta.

Cardell quiso hablar, pero el puño derecho de Conlon llegó firme a su boca.

—Conlon —jadeó Cardell, sangrantes los labios—. Escúcheme.

—Le escucho.

Levantó su rodilla, que incrustó con violencia en el prominente estómago de Cardell, cortándole la respiración. Al mismo tiempo que se doblaba, los grandes puños de Conlon salieron disparados, rompiéndole la carne de su ancha cara. Cardell gimió primero, resbaló y luego se quedó silencioso en el suelo.

Conlon volvió junto a Sarah.

—Hecho —dijo.

—Ahora me siento mejor —respondió ella.

Conlon suspiró.

—No es difícil disparar, ¿verdad?

Sarah le entregó la pistola sin decir palabra, y empezó a llorar como si su corazón se rompiera. Conlon la estrechó fuertemente y observó iracundo a los hombres caídos.

—¡Conlon! —sollozó Sarah.

Él comprendió que la agonía de Sarah había sido mayor que la suya. Su fuerte mano se cerró sobre el arma como si quisiera aplastarla.

—¡Bastardos! —gritó, elevándose su voz en la noche—. ¡Sucios bastardos!

De pronto se oyeron coches en la carretera. Los faros alumbraron el pajar y varios hombres corrieron hacia allí. Uno dijo:

—Es Cardell.

—Sí, lo es —confirmó otra voz.

Conlon vio a Scofield, apartó a un lado a Sarah y avanzó con el arma en la mano.

—¡Merece la muerte, Scofield! —exclamó, alterado.

—¡Entregue esa pistola! —exigió el teniente.

—¡Prefiero enterrarla en sus intestinos!

Pero vio otras armas que le apuntaban y, lentamente, dejó caer la suya sobre la oscura hierba. Scofield miró el maltratado rostro de Conlon y se sonrió:

—Compruebo que Cardell tuvo una pequeña charla con usted.

—La tuvo, y no fue pequeña.

—¿Es suya la pistola?

—Lo es.

—Le está prohibido, Conlon.

—Son muchas las cosas que me están prohibidas.

Scofield cogió la pequeña automática, y acarició la culata con sus dedos.

—Esto es mejor de lo que yo esperaba, Conlon. Mucho mejor —llamó suavemente—: ¿Capitán Walters?

Conlon vio cómo el capitán se alejaba de Sarah para acercarse a ellos. Walters observó a Scofield y luego a él. Sus ojos miraban fijos.

—¿Eso le hicieron? —preguntó.

—Sí.

Scofield interrumpió:

—Capitán Walters, lleva un arma.

—Bien —respondió Walters.

Pero siguió mirando a Conlon. Sus ojos eran viejos y tenía las cejas blancas, y su rostro aparecía surcado por muchas arrugas.

—Si le parece bien, lo cachearé —propuso Scofield.

—Lo haré yo —replicó suavemente Walters.

Conlon pensó en la carta de Helen y tuvo una sensación de desmayo. Walters la sacó de su bolsillo.

—Permítame que la lea —pidió Scofield.

—Hágalo.

Conlon miró a Sarah y vio angustia reflejada en sus pupilas. Scofield leyó la misiva.

—Tiene una hija —exclamó.

—Scofield —dijo Conlon.

—Dígame.

—Sé lo que hay en su mente. Le pido que no lo haga. Se lo suplico.

—¿Me suplica, Conlon?

—Sí, ¡maldita sea! Si trae usted a esa chica de la costa, matará a dos personas.

—¿Le importa eso, Conlon?

—La hija no sabe nada de la madre. Ignora la vida que lleva.

—Pues lo sabrá. Tengo el propósito de hacerle unas preguntas acerca del dinero que le ha enviado.

—¡Scofield! —gritó Conlon.

Y el teniente gritó igualmente al preguntar:

—¿Dónde está Helen Matthews?

Conlon miró a Sarah y en sus ojos halló la respuesta. Se volvió y denegó con la cabeza.

—¿Dónde? —insistió Scofield.

—Lo ignoro.

El rostro de Scofield se volvió blanco de furia.

—¡Dígamelo o se lo sacaré a golpes!

Y le dio un bofetón.

—¡Dígamelo! ¡Dígamelo! —gritó, frenético.

—¡Quieto! —ordenó Walters.

—¡Lo sabe! —gritó Scofield—. ¡Lo sabe!

Walters lo miró fríamente y dijo quedamente:

—No me gustan sus métodos, teniente Scofield. No me gustan en absoluto. La señora Conlon me ha relatado ciertas cosas que no quiero tolerar.

—¡Es una embustera!

—Permítame que sea yo el juez. Y mientras siga tan alterado, recuerde que soy yo quien da las órdenes.

Scofield se quedó silencioso.

Y Conlon oyó decir a Sarah:

—Capitán Walters, solo pedimos una oportunidad. La oportunidad de ver a Stella Marsh —su voz se rompió en un sollozo—. Acabamos de pasar por el infierno.

Los hombres permanecían callados a su alrededor.

—Solo una oportunidad —repitió Sarah.

El capitán Walters rompió el silencio.

—Se la concedo, señora Conlon.

XVIII

—¿Cuándo estuvo usted en Nueva York, señora Marsh?

—La última vez hará ocho meses —respondió Stella.

—Quizá sí —replicó Conlon.

Este observó a la otra mujer sentada en un extremo de la habitación. Era más baja que su hermana, y más delgada. Sus ojos castaños iban rápidos de uno a otro lado.

«Tú eres la más débil —se dijo—. Trabajaré contigo más tarde». Se volvió a Stella, y recordó el ramalazo de temor en sus ojos al verles de pie delante de la puerta.

—¿Viajó mucho últimamente?

—En absoluto.

—Pero sí por los alrededores, ¿verdad?

—Algo.

Stella miró al capitán Walters, que se hallaba en pie y silencioso cerca de ella.

—¿Tengo que seguir contestando a sus estúpidas preguntas?

—Por ahora, sí.

—¿Muchas más?

—No muchas, señora Marsh.

El capitán miró a Scofield, que se había acomodado en un sillón, y tenía sus largas piernas extendidas. Luego sonrió a Sarah y dijo:

—Siga, señor Conlon.

Walters captó la gratitud de Sarah.

—La última semana, señora Marsh —continuó Conlon—, ¿hizo muchas compras?

—Algunas.

—¿Usó el coche?

—A veces.

—¿Unas cincuenta millas?

—Quizá sí.

—¿No lo ha utilizado más durante la semana pasada?

—Eso es todo.

—Así restan unas cuatrocientas millas.

—No le comprendo.

Conlon miró a Walters mientras hablaba.

—Señora Marsh, lo comprobé en la estación de servicios y en su cuentamillas. Hay cuatrocientas millas de las que no me habla.

Conlon vio a Walters interesado.

—¿Está seguro, señor Conlon? —preguntó el capitán.

—Puede comprobarlo más tarde. En la estación de servicios tienen un fichero.

—Conteste, señora Marsh —ordenó Walters.

—No sé de qué me habla.

Conlon la miró directamente a los ojos.

—Lo sabe. De aquí a Coney Island, ida y vuelta, hay doscientas millas. Hizo el viaje dos veces. Una vez, cuando siguió a su marido. Y otra, cuando lo mató.

Conlon oyó el respingo de Elizabeth. Pero Stella lo miró fríamente, algo más sonrosada su blanca piel.

—George Lentz me contó que usted comprendía muy bien a su marido. Desde luego que sí, señora Marsh. Usted lo comprendía y lo odiaba.

—¿Está usted loco?

—También me dijo que usted conocía sus pequeñas debilidades. Lo creo; asimismo creo que lo despreciaba. Harold Lewis, de Hunt, me desveló otra de las facetas de su carácter. Y eso me ayudó a conocerla mejor.

Elizabeth se puso en pie y gritó visiblemente conturbada:

—¡No quiero oír nada más!

—¡Siéntese! —ordenó el capitán Walters.

La joven se hundió de nuevo en su sillón, y la luz de la lámpara hizo brillar sus trémulos labios.

Walters indicó a Conlon que continuase.

—Albert Marsh tenía dos armas. Con una de ellas lo mataron. ¿Dónde está la otra, señora Marsh?

Esta le miró con indudable rencor.

—Tenía una. ¡Solo una! ¿Lo ha oído bien?

—Dos, señora Marsh. Las compró en Waterbury. ¿Dónde está la «Luger»?

—No hay «Luger» ninguna. No la compró.

Conlon la observó silencioso. En la estancia había gran expectación. Incluso Scofield se mantenía inclinado hacia delante.

—¿Prefiere que sea yo quien lo diga? —preguntó Conlon.

—¡Nunca tuvo una «Luger»!

—En la mañana siguiente a la muerte de su esposo, usted visitó el banco de Hunt.

Conlon vio en sus grandes ojos sobresalto, primer signo de temor que mostraba. Se aproximó a ella y habló rápidamente.

—La pistola se halla en la caja fuerte que usted tiene alquilada en el banco. ¿No es verdad, señora Marsh?

—¡No!

—¡Sí! Allí guarda también la cartera, el reloj y la sortija con un brillante.

Los largos dedos de Stella agarraron los brazos del sillón, y su cuerpo quedó suspendido.

—¡Le digo que no!

—¡Confiese de una vez! Cuesta muy poco abrir la caja y demostrar con su contenido que tengo razón.

—¡No encontrarán nada! ¡Nada!

—¡Stella!

Esta se volvió furiosa a su hermana y gritó:

—¡Cállate, Elizabeth! Déjale que hable. ¡Que hable cuanto quiera!

—Muy bien —respondió Conlon—. Déjeme hablar y que pruebe cómo mató a su marido. Hacía mucho tiempo que usted aguardaba su oportunidad, y el viaje de negocios a Nueva York se la proporcionó. El día de su marcha le da un tierno beso y una nota de encargos: «Compra un par de suéters para mí y Elizabeth». Todo era amor y miel. Nunca le dejó entrever lo que ardía dentro de usted.

Los allí reunidos esperaron tensos a que Conlon prosiguiese.

—Usted conocía el hotel donde se hospedaba. Esperó en su coche y lo siguió hasta Coney Island. Sabía que la gran animación durante las fiestas de Carnaval le ayudaría a espiarlo entre la multitud. Usted fue testigo de su encuentro con Helen Matthews, y de cómo entraban en el hotel Caliph. Los siguió hasta verlos trasponer la puerta de la habitación. Eso era suficiente para la primera noche. Luego regresó a Hunt.

Elizabeth lo interrumpió:

—¡No quiero saber más! ¡Por favor!

—¡Cállese de una vez! —gritó Walters.

—Usted conocía muy bien a su marido —continuó Conlon—, según George Lentz. Por tanto, sabía que volvería a encontrarse con Helen Matthews, y precisamente en el mismo hotel. Y usted cogió la «Luger» y se fue a Nueva York. Lo siguió de nuevo desde su hospedaje. Era la noche del martes de Carnaval, la última, y decidió que también fuera la última noche de Albert Marsh. Los vio comer en un restaurante y luego irse al hotel Caliph, a la misma habitación.

La cabeza de Stella cayó hacia delante; parecía no escuchar.

—La última, noche de Carnaval en Coney Island tiene algo de orgía callejera. El vestíbulo del hotel era una casa de locos. Y eso le facilitó introducirse en una cabina telefónica y llamar a la habitación. Usted elevó la voz para contrarrestar los ruidos y pidió a Helen que bajase al vestíbulo. Pero no utilizó ningún nombre. Simplemente le hizo creer que se trataba de un asunto urgente.

Conlon se calló un momento, miró a Scofield y de nuevo a Stella Marsh. La arrogancia y sangre fría que Stella prodigaba antes había desaparecido.

—Cuando Helen estuvo en el vestíbulo, usted subió rápidamente a la habitación. Con la «Luger» apuntó a su marido, aumentó el tono de la radio, le quitó su revólver y disparó una sola vez. Bastó con una sola vez. Tan pronto lo vio caído sobre la cama, dejó el arma homicida en el suelo, y, rápidamente, se apoderó de la cartera, el reloj y la sortija, y se marchó de la habitación con los guantes y la «Luger» ocultos en su bolso. No dejó huellas, ni pistas. Fue un trabajo perfecto: Helen Matthews sería culpada. Sí; una mujer a quien usted no conocía, ¿qué importaba que la destrozasen los lobos?

Sus ojos encolerizados fueron desde la cabeza inclinada de Stella Marsh a su hermana. Su voz resonó baja y amarga:

—Y usted es tan culpable como ella —dijo a Elizabeth—. Usted se quedó aquí para montar la coartada. Fue usted quien telefoneó al hotel Baxter aquella noche, en nombre de Stella. El conserje registró las llamadas, hechas desde Hunt, Connecticut.

Elizabeth miraba a su hermana, que se había desmayado.

Conlon miró colérico a Scofield, y dijo:

—Usted verificó estas llamadas y se tragó el anzuelo hasta los intestinos mientras que a mí me hicieron pensar. En eso radica la diferencia entre nosotros dos. Yo buscaba un criminal, y usted ya lo tenía.

Scofield, pálido, no contestó.

—En cuanto a las huellas dactilares en el revólver, le diré que yo mismo obligué a Helen a imprimirlas. Las señales de lucha en la habitación también es obra de Helen. Quise ayudarla un poco, Scofield. Sabía, y no me he equivocado, cuál sería su reacción.

»Somos distintos, Scofield. A mí no me importa lo que sea una persona o de dónde procede. Para mí es un ser humano mientras no compruebe otra cosa. Helen Matthews siempre fue un ser humano para mí. Para usted era una cualquiera.

Conlon suspiró.

—Y ahora le diré dónde está Helen Matthews. Cuando regrese a la central váyase directamente a su propio despacho, Scofield. Luego mire el techo. Y mire con atención. Porque sobre su mismísimo techo, en el apartamento del tercer piso, el que está cerrado, allí está Helen Matthews.

XIX

Se hallaban en la pista del aeropuerto, y el sol les daba de lleno. Sus ojos miraban a la mujer en pie junto a la puerta plateada del avión. La mujer alzó una mano y la agitó.

—Adiós, Helen —gritaron ellos.

La puerta se cerró. Conlon se volvió lentamente y miró a Sarah.

—Empezaré una nueva vida, junto a su hija.

—Lo hará —respondió Sarah.

—Estoy seguro.

El rugido del avión se alzó sobre cualquier otro ruido. Conlon y Sarah lo escucharon emocionados.

—Ya no es una paria —dijo Conlon.

Sarah se sonrió y le cogió una mano.



JAY BENNET (nacido en la ciudad de Nueva York , el 24 de diciembre de 1912, fallecido el 27 de junio de 2009 en Cherry Hill, NJ) fue un escritor estadounidense dos veces ganador del Premio Edgar de los Mystery Writers of America. Bennett ganó el Edgar a la mejor novela juvenil en 1974 y 1975. Fue el primer autor en ganar un Edgar en años consecutivos. Un tercer libro, *The Man Skeleton* (Franklin Watts), fue nominado en 1987.